



UN DÍA LLEGARÁ MI DUQUE

TAMARA
Gill

LAS INCONTROLABLES WOODVILLES

UN DÍA
LLEGARÁ MI
DUQUE

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

Un día llegará mi duque
Las Incontrolables Woodvilles, Libro 5
Copyright 2021 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Si él no le entrega su corazón, ella tendrá que robárselo...

Tatum Chance, duque de Romney, no quiere saber nada del amor. Por eso, casarse era lo último que tenía planeado. Pero cuando ven a una inocente señorita tropezar por error en su habitación mientras él está sumergido en la bañera, se queda con pocas alternativas. Bueno, puede que lo hayan obligado a casarse, pero nadie puede hacer que entregue su corazón, ni siquiera su nueva esposa. No importa lo terriblemente tentadora que sea...

Millie Woodville no deseaba nada más que encontrar un matrimonio por amor cuando llegó a Londres para una temporada. En su lugar, se encontró casada con un hombre gruñón, pendenciero y perturbadoramente apuesto. Pero Millie no es de las que se rinden fácilmente, así que hará lo que sea necesario para sacar el máximo provecho de su nuevo matrimonio. Su marido la adorará. Aunque tenga que convertirse en una seductora para lograrlo...

¿Terminará esta batalla de voluntades —y corazones— en un felices para siempre o en la devastación?

CAPÍTULO ÚNO

1809 Finca Blackhaven, Surrey

MILLIE WOODVILLE FULMINÓ con la mirada la espalda del Duque de Romney mientras este se alejaba a grandes zancadas del salón de la nueva casa de su hermana en Surrey. Estaban allí para una fiesta de una semana antes de regresar a Londres para comenzar la temporada.

Sus padres, sin embargo, no lo harían, ya que habían decidido volver a Grafton para asegurarse de que su pequeña finca siguiera funcionando sin problemas. Aunque no necesitaban estar en Londres. Con cuatro de sus cinco hijas casadas y emparejadas muy arriba en la nobleza, su mamá y su papá estaban, de hecho, bien situados.

—¿Por qué te desagrada tanto el duque? —le preguntó Paris Smith, su mejor amiga desde que tenían edad suficiente para gatear y acercarse la una a la otra.

Millie entrecerró los ojos ante la mera idea del hombre.

—Es tan engreído y sabelotodo todo el tiempo. ¿No le has oído hablar? Lo sabe todo, solo tienes que preguntarle y él mismo te lo dirá.

Paris se rió, cubriéndose la boca con su taza de té antes de dar un sorbo.

—Sin embargo, es mortalmente guapo, lo que suaviza un poco el aguijón de su boca. ¿No estás de acuerdo?

Eso era cierto, para fastidio de Millie. El hombre con su cabello oscuro que parecía tan suave como la seda. Probablemente se lo lavaba a diario. Los dandis solían hacer ese tipo de cosas.

Aunque, en realidad, no podía llamarlo dandi. Era demasiado masculino, tosco y duro en los bordes para ser tan delicado. Pero le molestaría si lo llamara así, y eso era suficiente.

Irritar al hombre fastidioso.

Paris se aclaró la garganta.

—Parece disfrutar mucho discutiendo contigo, Millie. ¿Crees que lo hace simplemente para estar cerca de ti, para hablarte?

Millie se burló.

—No lo creo. No le he dado ninguna indicación de que alguna vez quisiera hablar con él o escuchar sus opiniones. Incluso cuando las da tan a menudo. —Como su discusión de hoy sobre

el Derby de Kiplingcotes y si esa carrera de caballos era o no la más antigua de Inglaterra.

Todo el mundo sabía que lo era, aunque Romney parecía pensar que, como corrían por tierras de cultivo, pistas y caminos, no era lo mismo que una verdadera carrera de caballos como el Royal Ascot.

Una idea tan snob y ducal.

Y cómo se atrevía a creer que sabía qué revistas de moda leían las mujeres más que la mayoría. El hombre era un cabeza hueca y necesitaba dejar de hacer el ridículo.

—¿Sabes adónde ha ido? —preguntó Paris, mirando la puerta por la que había desaparecido el duque.

—A darse otro baño, seguro. Siempre está tan limpio, y usa guantes. ¿No te parece curioso?

—Creo que después de oler al señor Thompson en el baile campestre del mes pasado en Grafton, la higiene debería ser la máxima prioridad para algunos hombres. Me parece bastante agradable que Su Gracia huela tan bien.

—Sándalo con un toque de lirio, creo —dijo Millie sin pensar.

Paris le lanzó una mirada de complicidad. Sus labios se crisparon divertidos.

—¿Has hecho un estudio de ello, Millie Woodville? ¿Hay algo más detrás de tu molestia con Su Gracia que no le estás contando a tu mejor y más antigua amiga?

Millie se rio, negando con la cabeza.

—Por supuesto que no. Nada de eso. Por muy agradable que sea mirarlo, y seré la primera en admitir que creo que sus rasgos angelicales son impresionantes, es simplemente tan... tan... irritante.

—Bueno, al menos después de esta fiesta en la casa, no tendrás que tener nada más que ver con él —dijo Paris.

—La semana no puede terminar lo suficientemente pronto. —Agarró las manos de Paris, apretándolas—. Estoy tan contenta de que vayamos a tener una temporada juntas y de que Ashley haya accedido a patrocinarnos a ambas. Lo pasaremos de maravilla, y no estaré tan nerviosa haciendo mi reverencia a la reina contigo allí.

—Yo también —sonrió Paris—. Será la mejor temporada hasta ahora, y que ambas encontremos el amor.

—Oh sí, esa es la prioridad por encima de todo lo demás —asintió Millie. Un matrimonio por amor tan grandioso como el que habían encontrado sus hermanas. Eso era lo que quería, y nada más serviría.

Tatum Chance, Duque de Romney, se deslizó en la bañera, con un dolor insoportable en la cadera después de su paseo a caballo por la finca Blackhaven esa mañana. Había querido ver la finca ducal durante algunos años, pero el duque y su hijo habían estado distanciados. No fue hasta hace poco que habían llegado a una tregua, y la casa y las tierras se habían abierto de nuevo a la sociedad.

También duque, disfrutaba viendo qué avances en la agricultura empleaban otras fincas. Sin

mencionar que valoraba la supervisión de las casas de los arrendatarios, todas las cuales parecían estar en buenas condiciones, limpias y ordenadas. Era lo que quería para su finca y utilizaría sus métodos para mantenerse al día con el mantenimiento si funcionaba, lo que parecía estar sucediendo aquí.

Su cadera le envió un dolor agudo por la pierna, y masajeó la articulación, tratando de aliviar el dolor. El recuerdo de por qué estaba herido le hizo contraer el estómago, y apartó el recuerdo, sin querer pensar en Eleanor o su hijo nonato.

Era culpa suya su malestar actual. En casa, a menudo usaba un bastón para ayudarse a moverse. Aquí, sin embargo, en la finca Blackhaven, no podía. No sin despertar el interés de los demás sobre qué le pasaba, y necesitaba parecer en forma y saludable, no una pobre excusa de duque que no pudo mantener el amor de su prometida y de su hijo nonato.

Ciertamente no necesitaba darle a la señorita Millie Woodville más excusas para odiarlo o burlarse de sus anormalidades. Qué mocosa odiosa y sabelotodo si alguna vez había conocido una. Lo había llevado al punto de la distracción hace solo una hora. El Derby de Kiplingcotes siendo la carrera de caballos más antigua de Inglaterra, ¡por favor!

La mujer era absurda.

Agarró el jabón de lirio, frotando sus manos y pies antes de dejar que el agua caliente aliviara sus doloridos huesos. Un baño siempre ayudaba a su dolor, y una vez terminado, tomaría una tisana y descansaría el resto del día.

Los sonidos apagados de los invitados yendo y viniendo de sus habitaciones flotaban hacia su cuarto. Un piano sonaba en algún lugar de la casa, y de vez en cuando se escuchaban risas.

Había disfrutado su tiempo aquí, viendo a amigos que no había visto desde la última temporada, y era bueno ver a Howley felizmente establecido con la señorita Ashley Woodville. Todas las hermanas, incluso la amenazante Millie, eran demasiado hermosas para describirlas con palabras.

Si tan solo la pequeña diablilla supiera cuándo dejar de discutir.

Cuán diferente era a cualquier persona que hubiera conocido en el pasado. Eleanor nunca discutía con él; durante un tiempo, pensó que había encontrado a la novia perfecta para ser su duquesa. Cuán equivocado había estado. Las mujeres, concluyó el día que fue humillado en Gretna, no eran de fiar, ni siquiera las francas como la señorita Woodville.

La puerta de su habitación se abrió de golpe y una risa femenina que conocía tan bien como la suya propia llenó su cuarto.

—Me cambiaré y te veré junto al río —gritó la señorita Woodville por encima de su hombro a su amiga antes de cerrar la puerta de su habitación. Dejándolos solos.

Completamente solos.

Tatum recuperó el sentido y luchó por ponerse de pie, estirándose hacia una silla cercana que sostenía su toalla.

La señorita Woodville jadeó, y él se estremeció, sabiendo que ella se había dado la vuelta y

lo había visto. Todo él. Cada pequeña parte desnuda de él.

—¿Qué estás haciendo bañándote en mi habitación? —acusó ella, sus ojos abiertos recorriéndolo, pero deteniéndose cuando su atención se posó en su miembro.

—¿Tu habitación? —dijo él, cubriendo su pene con la mano y buscando torpemente su toalla—. ¿Estás segura de que esta es tu habitación, señorita Woodville, y no estás equivocada por primera vez en tu vida? Sé que sería algo novedoso para ti estar equivocada, ya que siempre tienes razón, pero siempre hay una primera vez para todo.

—Oh, eres tan irritante. Sería de ayuda si te fueras y —hizo un gesto hacia su atuendo, o falta de él—, necesitas cubrirte e irte.

Un punto que estaba tratando de lograr. Cubrirse, eso era. Dejar su habitación, no lo haría—. Esta es mi cámara —Salió de la bañera, luchando por envolver la toalla alrededor de sus caderas y cubrirse. Se dirigió hacia ella, si tan solo para erguirse sobre la mujer e intimidarla un poco. Maldición, era bonita y seductora y correcta.

Ella miró alrededor, y él vio el tono enfermizo de gris al que cambió su semblante en el momento en que se dio cuenta de su error—. Oh, cielos. Esta es tu habitación. Debo irme antes de que me vean.

Ella giró y abrió la puerta de golpe, y tanto él como la señorita Woodville se encontraron cara a cara con el señor y la señora Woodville junto con Lord y Lady Bridges. Habían viajado desde Londres especialmente para apoyar a la Duquesa Viuda de Blackhaven en su reaparición en sociedad.

La señora Woodville jadeó y se desmayó rápidamente a los pies del señor Woodville. Sin preocuparse por su esposa, la mirada del señor Woodville alternaba entre él y su hija, claramente incapaz de comprender lo que estaba sucediendo.

—Esto es completamente inocente, y nada indebido ha ocurrido, se lo aseguro, señor Woodville —dijo Tatum, extendiendo su mano cuando tanto el señor Woodville como Lord Bridges dieron un paso amenazante hacia él.

—Papá, entré en la habitación equivocada, eso es todo. No me he arruinado.

Un gemido lleno de dolor vino del suelo, y miraron a la señora Woodville, que estaba recuperando el sentido—. Oh, mi hija. Mi preciosa Millie está arruinada —murmuró antes de desmayarse por segunda vez.

Lady Bridges se inclinó, ayudando a la señora Woodville justo cuando Lord Howley se unió a la refriega y observó la escena.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Howley, clavando en Tatum su inquietante mirada.

—La señorita Woodville entró en mi habitación creyendo que era la suya mientras me estaba bañando. No he tocado ni un cabello de su cabeza. Se lo prometo a todos —dijo Tatum de nuevo, esperando que le creyeran.

—Está arruinada. Mi querida, la más hermosa niña, en quien todos teníamos tantas esperanzas, está arruinada —lloró la señora Woodville en el regazo de Lady Bridges, quien miró

a todos, sin saber qué hacer.

—Mamá, de verdad, no estoy arruinada en absoluto. ¿Ves? —dijo Millie, extendiendo sus brazos—. Estoy vestida, y sabes que una mujer no puede estar comprometida con la ropa puesta —dijo.

Tatum soltó una carcajada ante lo absurdo de esa cita. Estaría más que feliz de explicarle a la señorita Woodville más tarde que lo que dijo era de hecho inexacto. Una mujer ciertamente podría estar comprometida estando completamente vestida, y las miradas burlonas de todos los caballeros presentes probaban su punto.

—No hay nada que hacer. Te han encontrado en la habitación de Romney, y él está desnudo, y tú eres una mujer soltera de buena familia. Deben casarse —declaró el señor Woodville, su tono sin admitir discusión.

—¿Casarnos? —gritaron Tatum y la señorita Woodville al unísono.

La habitación giró, y su vida pasó ante sus ojos. Esto no podía estar sucediendo fue su último pensamiento antes de que su visión se volviera felizmente negra, y el crujido de su cabeza golpeando el suelo fue lo último que escuchó.

CAPÍTULO DOS

MILLIE OYÓ el golpe seco detrás de ella y se giró para ver al Duque de Romney tumbado de espaldas tras desmayarse.

—¡Cielo santo! —exclamó Lady Bridges, y Millie no pudo apartar la mirada de la considerable virilidad que sobresalía entre la pierna del duque y la toalla abierta. Su caída había abierto el pliegue de la tela y dejado al descubierto toda su impresionante... bueno, imponencia.

Cielo santo, desde luego. Se le cortó la respiración y un calor le inundó el rostro, extendiéndose hasta la punta de los pies mientras lo observaba mejor esta vez. Nunca había visto a un hombre desnudo antes que a Romney. ¿Era eso lo que se escondía bajo los cómodos pantalones que los hombres llevaban todo el tiempo?

Se mordió el labio, desviando la atención hacia el vello que rodeaba su sexo, sus muslos, separados por la caída. También parecían musculosos y velludos. Todos sus años montando a caballo sin duda habían dejado al duque en buena forma.

Su padre y Lord Bridges pasaron rápidamente junto a ella, cubriendo a Su Gracia antes de que su padre le dirigiera una mirada severa.

—A tu habitación, Millie. Iremos a hablar contigo en un momento.

Millie no discutió e hizo lo que le ordenaron. Habría una manera de salir de este lío. Sus padres no la obligarían a casarse con el duque solo porque había cometido el error de entrar en su habitación por equivocación.

Salió de la habitación y se detuvo en seco al ver a muchos de los huéspedes de la casa, todos ellos habiendo presenciado su salida del cuarto del duque. Esperaba que no miraran más de cerca y lo vieran tirado en el suelo sin nada más que una toalla.

Ay, Dios mío, la iban a obligar a casarse con él.

Se estremeció ante la idea, llegando al santuario de su habitación, cerrando de golpe la puerta a cualquiera que estuviera mirando. Se suponía que tendría una temporada en la ciudad. Que sería arrebatada por su verdadero amor y se casaría con ese hombre. Siempre había querido encontrar el amor; de hecho, sus hermanas podrían decir que era la más romántica de todas ellas. Por lo que sabía de Romney, no había un solo hueso romántico en su cuerpo. Ciertamente ninguno dirigido hacia ella. Millie caminó de un lado a otro de su dormitorio y miró por la

ventana, con la mente llena de ideas sobre qué podía hacer para salir de este lío.

¿Cómo pudo haber cometido semejante error?

Se giró y miró la puerta cerrada que separaba su habitación de la contigua. ¿Cómo no había sabido que el duque se alojaba en las habitaciones junto a la suya?

Todo era culpa de Ashley. Si no se hubiera casado con Lord Howley, Millie no habría estado en esta monumental casa donde había confundido la ubicación de su habitación.

Sonó un golpe en su puerta y, al permitirles entrar, sus padres se unieron a ella. Sus rostros estaban pálidos y decepcionados, pero no sin preocupación. Al menos su madre ya estaba de pie.

—Querida Millie, ¿qué te poseyó? ¿Cómo pudiste cometer un error tan grave? —preguntó su madre, con lágrimas acumulándose en sus ojos.

Millie negó con la cabeza, incapaz de comprender cómo lo había hecho tampoco.

—Conté mal las puertas. Me dirigía arriba para cambiarme y entré justo cuando el duque salía del baño. Fue un error inocente y no creo que deba ser castigada por ello.

—Ven y siéntate, querida —dijo su padre, tomándola del brazo y llevándola a un pequeño sofá cerca de la chimenea apagada—. Hay mucho que discutir —añadió.

Millie negó con la cabeza.

—No hay nada que discutir. No me casaré con el duque. Ni siquiera me agrada —Señaló hacia la puerta—. Nos habéis visto juntos. No estamos de acuerdo en nada. Es demasiado obstinado y sabiondo, o al menos él cree que lo es —Hizo una pausa—. No podría soportarlo, y mi matrimonio sería miserable. Preferiría estar arruinada que verme obligada a ser su esposa.

Su madre buscó su pañuelo, secándose las lágrimas que ahora corrían libremente por sus mejillas. Millie odiaba lastimar a cualquiera de sus padres, pero no podía hacer algo a lo que su mente gritaba que no. Si se casaran, se matarían mutuamente antes de que terminara la primera semana.

—Ninguno de vosotros tiene elección. El duque se unirá a nosotros en breve y desea hablar contigo. Hará lo correcto por ti y nuestra familia como debe, y tú lo aceptarás, Millie. No hay otra opción.

Millie se quedó boquiabierta, estupefacta. ¡Casada! ¡Con el Duque de Romney!

Tragó la bilis que subió a su garganta ante el mero pensamiento. Era atroz, engreído hasta el punto de la arrogancia. ¿Cómo podría soportarlo como su marido?

Para siempre.

Esta fiesta en la casa se había convertido en una pesadilla.

—No lo amo. No lo conozco ni siquiera me agrada. ¿Cómo podéis forzarne a esto cuando él ni siquiera tocó un pelo de mi cabeza? No me besó. No se acostó conmigo. Nada. Entré en su habitación, me di cuenta de mi error y me fui —mintió. Mejor eso que decir que había discutido con él sobre su habitación antes de irse.

—Que tú y Mamá y Lord y Lady Bridges estuvierais en el pasillo fue desafortunado, pero os prometo, os juro por mi vida, no me quitéis mi temporada. No me hagáis casar con un hombre

que no amo. Mis hermanas son tan incandescentemente felices. Por favor, permitidme encontrar mi felicidad —imploró.

Sus padres la miraron con lástima, y Millie supo lo que estaban a punto de decir antes de que pronunciaran una palabra.

—Está hecho, nuestra querida niña. Te casarás con el Duque de Romney, y con el tiempo esperamos que veas la unión con mejores ojos que ahora —dijo su madre.

—No es tan malo, Millie —intervino su padre—. Es apuesto, atlético, y serás la envidia de todas las debutantes de Londres cuando se enteren de que te has casado con uno de los solteros más codiciados de Inglaterra.

—¿Y si ese soltero no renuncia a sus costumbres de soltero? Me engañará antes de nuestra primera semana de casados.

—Millie —la reprendió su madre.

La boca de su padre se tensó en una línea de desagrado.

—Esperemos que eso no ocurra. Estoy seguro de que hará lo correcto y te será leal. Al fin y al cabo, es un caballero.

—Por lo que he oído de los matrimonios de sociedad, eso importa poco —soltó Millie—. Por favor, no me obligues a hacer esto, Papá.

Su padre se removió incómodo.

—Todo saldrá bien, querida. Tu matrimonio no será infeliz, sin importar cómo haya surgido en un principio.

Millie negó con la cabeza. No se creía ni por un momento aquello. —Creo que todo esto es una completa tontería —añadió—. No me gusta ni estoy de acuerdo con esto. Debe intervenir y ponerle fin. Obligar a una joven a casarse con un hombre simplemente porque entró en su habitación por accidente es un comportamiento escandaloso.

—Y sin embargo, eso es lo que sucederá, y no se dirá nada más al respecto. Te casarás con el duque y salvarás tu reputación. No puedo permitir que mi hija menor sea rechazada por sus amigos. Mereces más que eso, aunque signifique que debas sacrificar todo lo que has soñado, asegurando tu supervivencia en este mundo.

Millie tragó el nudo que tenía en la garganta. Todos sus planes, su presentación ante la reina, las noches en Almacks, su deseo de ser cortejada, seducida, besada, tal vez por el hombre que sería su amado, todo se había esfumado, y solo porque contó mal.

Que el Duque de Romney se fuera al infierno.

Tatum llamó a la puerta de la señorita Woodville y sonrió a su padre cuando este abrió la puerta de su habitación. El caos en el pasillo que lo había despertado había cesado, y ahora estaban solos en el piso de arriba para lidiar con este desafortunado lío.

Un lío que la señorita Woodville había creado por sí sola.

Se le revolvió el estómago ante la idea de estar comprometido. No solo con la señorita Woodville, sino con cualquiera. Después de la crueldad de Eleanor, disfrutaba de su soledad y no

buscaba casarse de nuevo. Tenía una amante que satisfacía sus necesidades. No necesitaba una esposa también. Tenía un hermano felizmente casado que era más que capaz de asegurar la línea Romney. No tenía que casarse o procrear como otros de su clase para mantener la línea familiar.

Si se casara con la furia que tenía delante, todo eso le sería arrebatado. No podía soportar tener otra prometida que no se preocupara por él. Y la señorita Woodville ciertamente lo culparía por la espinosa situación en la que ahora se encontraban.

Siguió al señor Woodville y mantuvo sus ojos en los hombros del caballero, en cualquier parte menos en la señorita Woodville. No hasta que hubiera calmado su temperamento por su atroz error volvería a mirarla.

Tonta pequeña insensata. Cómo se atrevía a engañarlo para forzar una unión entre ellos.

Se sentó en un sofá vacío y se enfrentó a los Woodville. Bueno, tal vez ella no lo había engañado. Ciertamente parecía pensar que su habitación era la de ella. Pero eso no cambiaba el hecho de que ahora se verían obligados a casarse, y como caballero, tendría que aceptar esta farsa.

Se aclaró la garganta, las palabras eran difíciles de pronunciar. Aunque no tuvo la oportunidad de hablar primero.

—¿Quién se baña en medio del día de todos modos? —dijo ella acusadoramente—. No hacía mucho que se había levantado de la cama, y no había salido a cabalgar esta mañana, pues había estado siendo una molestia toda la mañana en la sala de estar. Entonces, ¿por qué tenía que bañarse, Su Gracia? —preguntó.

Él se quedó boquiabierto. Qué demonios. —Disculpe, pero puedo hacer lo que quiera en mi habitación, incluyendo bañarme si siento la necesidad. Usted fue quien entró en mi habitación como si fuera suya y luego me acusó de bañarme en la suya. Usted es la tonta aquí, señorita Woodville. No yo, pero yo estaré pagando el precio por su error, nadie más.

—Ambos estaremos pagando por ese error, Su Gracia, de por vida, no solo usted. No se crea el único molesto por esta monstruosa idea de que nos casemos. No quiero casarme con usted en absoluto. De hecho, preferiría el escándalo y la ruina antes que casarme con usted.

—Esa no es una opción. Para ninguno de los dos —intervino el señor Woodville, con un tono severo.

Tatum fulminó con la mirada a la mocosa que pronto sería su esposa. Era una pieza de trasero atractiva, pero se equivocaría si esperaba un matrimonio natural. Él no tenía interés en acostarse con ella. Nadie quería acostarse con Satanás.

Y el ardor asesino en sus ojos le decía que ella tampoco lo quería cerca.

Suspiró ante la idea de su futuro, uno con el que una vez estuvo contento y al que esperaba con ansias, desvaneciéndose ante él, y todo porque una señorita de campo no sabía contar.

Insensata.

CAPÍTULO TRES

ESTO ERA COMPLETAMENTE RIDÍCULO.

Al día siguiente, sus hermanas, todas las cuales se encontraban ahora en la Finca Blackhaven, se ofrecieron para celebrar su próximo matrimonio con el Duque de Romney.

Millie estaba de pie junto al duque, con una copa de champán en la mano, mientras Julia hacía el anuncio a los invitados, si es que alguno no lo había escuchado ya.

—Muchas gracias a todos por asistir a la primera fiesta en casa de mi querida hermana como mujer casada. Y para continuar con la alegría, nuestra familia se complace en anunciar el compromiso de la señorita Millie Woodville con Su Gracia, el Duque de Romney. Les deseamos a ambos mucha felicidad —dijo Julia, levantando su copa.

Su familia gritó felicitaciones, junto con algunos invitados sorprendidos que no habían oído lo que había sucedido entre ellos.

Millie sorbió su bebida, forzando una sonrisa en sus labios cuando lo que deseaba era fruncir el ceño y lamentarse ante todos. ¿Cómo podía estar pasando esto? ¿Cómo podía casarse con el hombre descomunal a su lado que ocupaba demasiado espacio y aire en cualquier habitación que habitara?

Su copa de cristal chocó con la de ella, y lo miró, su espejo de falsa apariencia dándole algo de paz. Al menos sabía que en esta absurda farsa de compromiso, estaban de acuerdo.

—Gracias a todos —dijo Su Gracia con su habitual barítono profundo que siempre la había hecho preguntarse si usaba ese tono seductor con sus amantes. Las cuales, según todos los informes, había pensado que eran muchas. ¿Renunciaría a ellas, a ese estilo de vida despreocupado, ahora que iba a casarse?

Millie reprimió un gruñido. Por supuesto que no lo haría. Su matrimonio era una unión forzada y ciertamente no un matrimonio por amor. Él no le debía lealtad, y considerando lo mal que se llevaban, era poco probable que alguna vez la desarrollara.

Si ella intentara seducirlo para que cayera en sus encantos, él vería la falsa estratagema que era y lo más probable es que se riera en su cara por lo ridículo de todo. No habían hecho más que provocarse mutuamente desde su presentación. Su matrimonio sería una calamidad.

—Seremos muy felices —finalizó, y antes de que Millie pudiera decir una palabra al

respecto, él inclinó la cabeza y la besó en la mejilla.

Sus cálidos labios tocaron su piel solo por un momento. La conciencia del hombre masculino y viril a su lado la recorrió. Era alto, guapo, sin duda una buena captura, y sería su esposo.

Pero no había amor. Ni siquiera agrado. Qué desastre serían.

La idea de que tendría que compartir una habitación, una cama con el duque, no era algo en lo que hubiera tenido tiempo de pensar. ¿Esperaría que ella se cambiara libremente frente a él, se bañara e incluso durmiera?

Un hombre que le desagradaba.

¿Qué iba a hacer?

¿Podría huir? ¿Había alguien más adecuado para ella en esta fiesta en casa con quien pudiera arruinarse por segunda vez? Alguien mucho más agradable.

—Parece que estás tramando algo. ¿Te importaría contarme? —le preguntó Su Gracia, con su atención puesta en ella. ¿Había estado mirándola todo este tiempo mientras ella pensaba en cosas que hacer para salir de este error infernal?

—Ojalá pudiera tramar cómo salir de esta habitación y de esta casa para alejarme muy, muy lejos de ti. —Lo miró a los ojos—. No podemos casarnos, Su Gracia. Debemos encontrar una manera de detener esta farsa antes de que sea demasiado tarde.

Él frunció el ceño, terminando su champán antes de hacerle un gesto a un lacayo cercano para que le trajera otro. —¿Y qué sugieres que haga? ¿Huir y dejarte a merced de los lobos que te devorarían viva?

—Es un desastre —admitió ella—. Pensar que en cuestión de semanas estaremos residiendo bajo el mismo techo, en la misma alcoba... No puedo imaginar tal situación. Debemos escapar.

Él se rio, y ella lo miró con furia. Sin ver nada que se pareciera a la diversión en su situación.

—¿Semanas? —dijo él—. Intenta tres días. Tu padre ha sugerido que, dadas las circunstancias de nuestra revelación, tal como fue, sería mejor que me casara contigo más pronto que tarde. Han acordado tres días, dos a partir de ahora, así que te sugiero que elijas tu vestido favorito y tengas seleccionadas a tus damas de honor porque nos casaremos en la iglesia de la Finca Blackhaven al final de la semana.

Un escalofrío frío recorrió su espina dorsal.

Este no podía ser su futuro. Esto no podía ser la realidad. Millie se volvió hacia el duque y pudo ver por su semblante severo que hablaba en serio. —No estoy lista para ser esposa, ni tuya ni de nadie que no me ame. —En tres días se vería obligada a yacer con el hombre a su lado. ¿Cómo iba a retirarse por la noche y saber que un perfecto extraño querría estar con ella íntimamente?

Ni siquiera había besado a un hombre. ¿Cómo iba a dormir con uno?

—Yo tampoco estoy listo para tener una esposa, así que estamos iguales en ese aspecto. Sin embargo, no veo cómo vamos a salir de este lío. Tu incapacidad para contar ha hundido nuestros dos barcos, y tendremos que enfrentar esta parodia y lidiar con ella juntos. Para siempre —

prácticamente le escupió, recordándole su error.

Millie no era una mujer que permitiera que la emoción la dominara, pero algo en sus palabras, el significado y la horrible y desgarradora idea de dormir con un extraño, era demasiado. Dejó su copa de champán y salió de la habitación. Había celebrado lo suficiente por un día sus próximas nupcias. Nupcias que se sentían más como si caminara hacia la horca que hacia una iglesia.

La horca, también, sería mucho preferible a casarse con el duque.

Tatum suspiró, sin haber querido ser tan duro con la señorita Woodville como lo fue. Ella salió apresuradamente de la habitación y él sacudió la cabeza ante la realidad que los enfrentaba a ambos. Su futuro era ciertamente sombrío. Ambos tendrían que acostumbrarse a estar juntos, a ser marido y mujer, lo que podría llevar tiempo. Mucho tiempo.

Nunca había arruinado a nadie en su vida, y no iba a empezar ahora con la cuñada de su amigo cercano, Howley. Tenían que casarse, y ella necesitaba reconciliarse con ese hecho.

Dejó su copa y fue tras ella. Tendrían que llegar a algún tipo de acuerdo si el matrimonio iba a ocurrir sin contratiempos o sin más escándalos asociados.

La alcanzó cuando ella se escabullía en el salón de música en la parte trasera de la casa. La siguió hasta el amplio espacio. Los techos dorados hacían juego con el piano de cola, que era igual de elaborado. Un arpa descansaba junto a una ventana, una ubicación perfecta para tocar y soñar si uno lo deseaba.

Ella oyó el chasquido de la cerradura y se volvió hacia él. Lo enfrentó, con las manos en sus caderas decididamente encantadoras, su boca apretada en una línea de disgusto. Él ignoró el hecho de que sus labios tenían una forma hermosa y besable.

—¿Qué haces siguiéndome aquí a solas? ¿No hemos cortejado ya suficiente escándalo? —Se desplomó en un canapé cercano, cruzando los brazos sobre sus pechos acentuados por su posición.

Tatum gimió interiormente y se unió a ella; esta conversación era necesaria antes de que su animosidad llegara demasiado lejos.

—Millie —dijo—. ¿Puedo llamarte por tu nombre de pila? Señorita Woodville suena demasiado formal en la situación en la que nos encontramos ahora.

Sus ojos se entrecerraron, pero asintió. Una pequeña victoria.

—Muy bien, siempre y cuando yo pueda llamarte por el tuyo, sea cual sea. No me gusta ser la única en esta farsa de matrimonio que sea tan formal mientras tú no lo eres.

—Eso es comprensible. Mi nombre es Tatum Chance, Duque de Romney, para ser preciso. Puedes llamarme Tatum si te parece bien.

Ella lo estudió pero no respondió.

—Ahora que hemos aclarado eso, necesitamos hablar de la situación en la que nos encontramos. No podemos avanzar hasta que sienta que se han tratado algunos asuntos que surgirán después de nuestro matrimonio.

—¿Como cuáles? —le preguntó.

—Como la forma en que continuaremos como marido y mujer. —Hizo una pausa, pensando en sus palabras. Queriendo ser comprensible sin ser demasiado grosero para una dama—. Nuestro matrimonio significará que tú no estás arruinada, y yo no soy etiquetado como un perro lascivo que no pudo mantenerse en su propio patio.

—Te describe bien —replicó ella.

Él frunció el ceño.

—Si hubiera querido montarte, ya lo habría hecho, Millie —dijo, disfrutando del rubor que floreció en sus mejillas—. Pero no quiero que pienses que deseo que tengamos un matrimonio normal. O al menos el mismo que han encontrado tus hermanas.

—Continúa —dijo ella, con ojos cautelosos y evaluadores.

—No nos conocemos, y habría sido poco probable que te cortejara con la intención de casarme contigo. La única razón por la que estamos aquí es por un error.

—¿Supongo que deseas recordármelo una vez más? —dijo ella.

—No —dijo él—. Lo que intento decir es que no esperaré nada de ti. No quiero una esposa más de lo que tú me quieres como marido. Sé que la mayoría de las jóvenes desean elegir con quién casarse y amar por sí mismas, y yo no soy ese hombre para ti. Tú —la señaló— no eres lo que yo planeaba tampoco.

—Hablas como si nunca hubieras deseado casarte en absoluto —dijo ella, mirándolo fijamente.

Él no oyó malicia en sus palabras, solo interés.

—Así es. Tengo un hermano que tiene un hijo y es actualmente mi heredero. No necesito casarme. Pero el destino tiene otros planes para nosotros, y ahora estamos unidos para siempre.

—¿Y nuestras vidas de casados serán juntas cuando estemos en Londres, pero separadas cuando estemos en casa? ¿Es eso lo que intentas decir ya que no esperas nada de mí? —le preguntó.

—Así es. Si queremos tener algo de paz, para no discutir sobre diferentes opiniones en asuntos, creo que este camino a seguir es el más adecuado. Ante la sociedad, pareceremos una pareja que puede haber tenido comienzos poco convencionales pero que ha llegado a apreciarse mutuamente. Pero en realidad, puedes hacer lo que quieras dentro de lo razonable, y yo haré lo mismo.

—Qué triste suena todo eso, pero estoy de acuerdo. Debemos saber dónde estamos parados y avanzar como pretendemos continuar.

Él asintió, contento de que ella fuera lo suficientemente inteligente para entender su punto de vista.

—No podría haber dicho las palabras más perfectamente yo mismo.

Ella le tendió la mano.

—¿Deberíamos estrechar las manos para cerrar el trato, Su Gracia? —dijo.

Él tomó su mano, cálida y pequeña, en la suya y la sacudió ligeramente.

—Tienes un trato, Millie.

—Lo mismo digo, Tatum —respondió ella.

CAPÍTULO CUATRO

MILLIE ENTENDIÓ PERFECTAMENTE lo que el duque intentaba decir. No la encontraba atractiva y nunca lo haría. Prefería a cualquier otra persona menos a ella como esposa. Debería sentirse insultada por su sinceridad, pero no era así. De hecho, era un alivio. Se alegraba de su plan y tregua. Significaría que podría viajar a Londres, tener su temporada y quizás incluso divertirse un poco más que la mayoría, ya que sería una duquesa, no una pueblerina desconocida.

—Admito que estoy satisfecha con nuestro plan, Excelencia. Hará que esta farsa de matrimonio sea tolerable.

Él asintió, con expresión grave. —Espero que podamos ser amigos y llevarnos bien. Después de todo, estaremos casados durante mucho tiempo.

Todo cierto, pero había un hecho que él no había elaborado. No le pediría nada a ella, entonces, ¿qué significaba eso en cuanto a tener hijos? Ya tenía al hijo de su hermano como heredero. ¿Significaba eso que realmente no deseaba engendrar ninguno con ella? ¿Nunca? ¿O simplemente no quería discutir tales asuntos, al menos no ahora? Ya había suficiente tensión entre ellos, y tal vez no quería crear más en este momento.

El calor floreció en su pecho al pensar en dormir con él, simplemente para tener hijos. Siempre había querido tener algunos, al menos dos, pero había esperado que el marido que se los diera fuera alguien a quien deseara y amara.

Observó a Su Excelencia. Era apuesto, alto y musculoso. Su mirada se detuvo en sus brazos, sus hombros fuertes y anchos, sin mencionar que sus manos eran bastante grandes.

Un escalofrío la recorrió al pensar en él tocándola con sus manos. ¿Serían sus dedos ágiles al desabrochar su vestido?

Podría intentar tentarlo con sus encantos, pero la idea le hacía un nudo en el estómago, y de todos modos nunca funcionaría. No era lo suficientemente mundana como para ser irresistible.

—¿Millie? ¿Me estás escuchando? —le preguntó.

Millie se sobresaltó, su mirada volando hacia la de él. —Por supuesto que estaba escuchando. Simplemente estaba asimilando todo lo que decías —mintió, sin haber oído una palabra.

—He dicho que te daré una asignación mensual de cien libras. Si necesitas más, solo tienes que pedirlo. Eso no incluye el dinero para vestidos u otros adornos que te puedan gustar. —Su

boca se elevó en una pequeña sonrisa, y ella pudo entender por qué las mujeres caían a los pies de este hombre.

Había algo en él que atraía a las personas. A pesar de toda su fuerza y buena apariencia, no era cruel. No realmente. Podían estar en desacuerdo en cosas, pero eso no era nada en el esquema de las cosas. Después de todo, él era un duque, y podría haberle dicho a todos que se fueran al diablo y olvidarse de casarse con ella y salvar su reputación.

Supuso que debería agradecerle... —Si no lo he dicho antes, lamento haberte forzado a este matrimonio, pero te agradezco que no me hayas dejado arruinarme por mi propia culpa.

Él extendió la mano y le apretó la suya ligeramente. —Eres la cuñada de uno de mis amigos más cercanos. No te dejaría sufrir tal destino.

—Esperaría que hicieras lo mismo por mí que por cualquier otra persona —afirmó ella.

—Por supuesto, pero la premura de nuestras nupcias se debe únicamente a quién eres tú y a quién conozco yo.

—Muy bien —dijo ella, sin desear insistir en el tema—. ¿Dónde viviremos? Creo que ni siquiera he visto tu casa en Londres o he oído hablar de tu finca. —De hecho, hasta esta fiesta en la casa, no había sabido mucho sobre el Duque de Romney en absoluto. Habiéndolo conocido aquí, y su instantánea antipatía mutua, no había deseado conocerlo más a fondo.

Qué irónico que ahora estuvieran comprometidos.

—Tengo una casa en Grosvenor Square y una finca en Somerset, Denver House. Residiremos durante la temporada en Londres y viajaremos a Somerset para nuestro descanso. Mis padres han fallecido, y tengo un hermano que está ausente en este momento en Escocia visitando amigos con su esposa e hijo.

—¿Cómo se llama tu hermano? —preguntó ella, sin haber obtenido esa información cuando habían hablado de él la última vez.

—Lord Richard Chance. Un buen y amable hermano. Mi cuñada es escocesa, y pasan mucho tiempo en el norte.

—Espero con ansias conocerlo —dijo ella, preguntándose si los hermanos se parecían o tenían atributos similares. Millie no pudo evitar preguntarse qué pensarían de ella y cómo se había producido el matrimonio de su hermano.

Él la empujó suavemente con el codo. —¿Ves, Millie? Podemos hablar cordialmente cuando nos lo proponemos —bromeó.

Millie lo miró por un momento. —¿Cómo nos irá en Londres? ¿Continuarás con tu estilo de vida de soltero o serás un marido fiel? —preguntó, necesitando saberlo.

Él tamborileó con los dedos sobre su rodilla, pensando en su pregunta. —Es una situación difícil. No somos un matrimonio por amor, y tengo compromisos en Londres que no han terminado simplemente por lo que sucedió aquí. —Hizo una pausa, con una expresión pensativa en su rostro—. Si nos amáramos, no buscaría consuelo fuera del lecho matrimonial, pero no somos esa pareja. En verdad, somos extraños, y creo que es justo que pueda continuar con mi

vida como la he estado viviendo antes.

El fondo de su estómago se contrajo, y ella tragó la bilis que le subió por la garganta. ¿Cómo sobreviviría a tal humillación? —Entonces me estás diciendo que deseas continuar con tu amante en Londres, una querida, supongo, y persistirás en usarla hasta que formemos un vínculo? —declaró para aclarar—. Lo cual, debo agregar, nunca ocurrirá ya que ninguno de los dos quería el matrimonio para empezar.

Él frunció el ceño y dudó en responder. —Lo has hecho sonar muy mal, y estás poniendo palabras en mi boca. Nunca mencioné una querida.

—Pero —tartamudeó ella—. Puedo ser una señorita de campo, pero estoy lejos de ser ingenua. Deseas continuar viviendo tu vida como antes, lo que significa que quieres tener la torta y comérsela también. —La idea de tal futuro pesaba sobre ella como una niebla oscura que nunca se levantaría—. Seré desgraciada si tienes una amante.

Desvió la mirada de ella para fijarla en la ventana. —Decidí hace algunos años que nunca me casaría. Salvar tu reputación tendrá que ser suficiente para ti. Eso es todo lo que puedo ofrecer además de amistad, y lamento que pueda no ser suficiente, pero es todo lo que puedo dar —dijo, sus palabras resonando con finalidad.

No era suficiente, pero ya no tenía la opción de decidir. Estaría arruinada si no se casaba con el duque, aunque eso significara que su vida estaría arruinada de todos modos, incluso si lo hacía.

¿Qué sería de ella?

—Creo que hemos discutido todo lo que podíamos —dijo, deseando que la dejara sola. Podía sumirse en su desesperación mucho mejor por sí misma que con él sentado a su lado.

—Estoy de acuerdo. Nos veremos en nuestra boda, señorita Woodville —dijo él, levantándose para marcharse.

Su labio se levantó en una mueca de desprecio, pero no pudo encontrar una réplica a las palabras de Su Gracia. No quedaba nada que decir en cualquier caso. Nada en absoluto.

Su boda dos días después se celebró en la iglesia privada de la Finca Blackhaven, con un desayuno nupcial en la finca ducal inmediatamente después.

Tatum se quedó junto a Howley y observó cómo su nueva esposa, su duquesa, se movía entre los reunidos para la fiesta en la casa y les agradecía sus felicitaciones.

Era una mujer hermosa, hoy más que nunca. Su vestido de muselina azul claro favorecía su tez, más oscura que la de sus hermanas, como si el sol hubiera besado su piel un poco más tiempo que a la mayoría durante su infancia.

Un poco fuera de lo común, llevaba el pelo mayormente suelto, con bonitas flores blancas entrelazadas en sus largas mechas, acentuando los rizos de su cabello.

Él siempre había preferido a las rubias, pero algo en las largas mechas oscuras de Millie atraía la mirada. Hoy parecía una ninfa acuática, visitando desde el otro mundo para robar los corazones de los hombres.

Tatum se sacudió de las ideas fantasiosas, apartando la mirada de su duquesa hacia cualquier otra cosa que no fuera su esposa.

—Felicidades, amigo mío. Si conozco algo a las chicas Woodville, y conozco muy bien a una, estoy seguro de que serás feliz —dijo Howley, con la mirada fija en su esposa, que estaba al otro lado del jardín conversando con los invitados.

—¿Estás contento de haberte casado entonces? Nunca pensé que vería el día en que el libertino de los infiernos del juego, Grady Kolten, se casara con alguien.

Su amigo se rio, bebiendo su vino. —Muy cierto, pero en el momento en que conocí a Ashley, bueno, la vida que llevaba antes palideció en comparación con la que podía tener con ella. Estoy seguro de que sentirás lo mismo.

—Excepto que mi matrimonio me fue impuesto porque mi duquesa no pudo contar las habitaciones correctamente y me vio desnudo como un recién nacido.

Grady se atragantó con su vino y se rio. —¿Qué pensó? Supongo que su opinión sobre eso fue positiva ya que te casaste con ella tan rápidamente.

—Esa fue idea de sus padres, no mía —replicó—. Pero no creo que ella pensara mucho en mí en absoluto. Hemos sido cordiales el uno con el otro desde que acordamos cómo nos llevaremos como pareja casada, pero no puedo evitar sentir que eso no durará mucho. Seguro que haré algo que la irritará, y me mandará a dormir al sofá.

—Entonces no hagas nada que la irrite —sugirió Howley, sonriendo.

—Ella no me quiere ni confía en mí. Este matrimonio ya es un desastre.

Howley le lanzó una mirada de incredulidad. —Siempre podrías convencerla de lo contrario en tu noche de bodas —bromeó Howley, moviendo las cejas sugestivamente.

—Hemos acordado tener habitaciones y vidas separadas en privado.

—¿No vas a acostarte con ella? ¿Qué te pasa, hombre? —le preguntó Howley.

Tatum reflexionó sobre las palabras de su amigo, sin estar muy seguro de por qué no lo haría tampoco. No realmente. Pero entonces, había cometido el error en el pasado de entregar su corazón a otra solo para que lo aplastara y se lo devolviera en la cara. No volvería a ser un tonto por otra mujer de nuevo.

Su amor por Eleanor había sido fuerte, y no creía tener en él la capacidad de dar a otra tal poder sobre él.

La señorita Woodville podría ser una de las mujeres más hermosas que jamás había visto, pero había prometido no pedirle nada, y no lo haría.

CAPÍTULO CINCO

MÁS TARDE ESA NOCHE, con la ayuda de su doncella, Millie se quitó su vestido de novia, el mejor vestido de muselina que poseía y que había empacado para la fiesta en la casa, y se puso un camisón que su hermana Julia le había prestado.

Se paró frente al espejo, contemplando su reflejo. Ahora estaba casada, era una duquesa, pero no podía ver ningún cambio perceptible en ella.

Era extraño que hace apenas una semana estuviera ansiosa por su temporada social y todo lo que esta conllevaría. Ahora era una duquesa, entraría en la sociedad en el escalón más alto y no participaría en ningún cortejo.

Ni siquiera con su marido.

Podía oír a Tatum en su habitación, su doncella le había explicado que la puerta entre sus aposentos ahora estaba abierta.

Millie no estaba segura de cómo se sentía al respecto. Saber que él podría entrar en cualquier momento y verla. ¿Y si estuviera cambiándose, o indispuesta, o peor aún, bañándose como él lo estaba cuando ella entró sin avisar?

Aunque estuvieran casados, ella no estaba lista para que él la viera de ninguna otra forma que no fuera completamente vestida.

—Oh, Su Gracia, se ve hermosa —dijo su doncella, Eve, arreglando la cama y sonriéndole a Millie como si esperara que su noche de bodas fuera un momento maravilloso y memorable. Si tan solo la doncella supiera la verdadera mecánica de su matrimonio.

—Gracias, pero solo voy a dormir. No veo por qué tanto alboroto —dijo, poniéndose su chal cálido sobre los hombros antes de hundirse en una silla frente a la chimenea.

De ninguna manera cruzaría la habitación hacia la puerta contigua de su marido para buscarlo. Qué extraña era esa palabra. Marido. Y ahora ella tenía uno. Le tomaría algún tiempo acostumbrarse a tales cosas.

Sonó un golpe, y Millie observó cómo su doncella fue a investigar, solo para ver a su amiga Paris de pie en el umbral.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Millie le hizo un gesto para que entrara.

—Por supuesto —dijo—. Gracias, Eve. Puedes retirarte por la noche.

—Gracias, Su Gracia —dijo su doncella, haciendo una reverencia antes de dejarlas solas.

Otro cambio en su vida al que tendría que acostumbrarse. El título y la reverencia eran extraños, ya que nunca antes en su vida le habían hecho una reverencia.

—Pasa, Paris. No estoy ocupada. —Millie le hizo un gesto para que se sentara frente a ella. Se alegraba de la compañía y necesitaba una distracción para su mente. ¿Esperaría él que consumaran el matrimonio aunque dijera que no lo haría? El pensamiento le helaba la sangre, y no haría nada que no quisiera, especialmente con un hombre que, hasta hoy, era su enemigo.

—Su Gracia, qué extraño pero maravilloso suena eso. Sin importar las circunstancias que llevaron a este matrimonio, me alegro por ti —dijo Paris, besándola en las mejillas—. Y espero que esto no signifique que pasaremos menos tiempo juntas de lo planeado. Estoy muy emocionada por ir a Londres la próxima semana, así yo también podré encontrar un apuesto duque.

Millie se rio, sacudiendo la cabeza.

—No tendrás problemas para encontrar marido. Eres demasiado hermosa para describirlo con palabras, y siempre he estado particularmente celosa de tu cabello. Rubio fresa, he oído que lo llaman, y creo que es tan bonito como esa fruta.

—Tal vez, pero ¿qué harás ahora que eres duquesa? ¿Estás nerviosa por esta noche? Sé que no eras particularmente cálida con Su Gracia, aunque parece que han formado una tregua en los últimos tres días.

—Hemos depuesto las armas. Eso es cierto —dijo Millie—. Pero por cuánto tiempo, no lo sé. Él dijo que no necesitamos consumir el matrimonio, y espero que siga sintiéndose así. No quiero acostarme con un hombre que no conozco. O con uno con quien a menudo estoy en desacuerdo. No creo que fuera agradable.

Aunque la idea de Tatum despojándola de su ropa, sus grandes manos tocando su cuerpo de una manera que nadie lo había hecho antes, la dejaba toda temblorosa. Pero más inquietante aún, no estaba completamente segura de si esa sensación era desagradable.

Paris asintió, con el rostro grave.

—Es inevitable que tengas que estar con él íntimamente, pero no hay nada malo en querer conocerlo un poco mejor primero. Nunca se sabe —continuó—, puede que te lleves mejor con él de lo que lo haces ahora al conocerlo más.

Millie se burló.

—Lo dudo, pero ya veremos. Es mi marido ahora, y poco puedo hacer al respecto. Pero hay una cosa que quería preguntarte antes de que vuelvas a tu habitación —dijo Millie, mirando a Paris a los ojos.

—Sí, ¿qué es? —preguntó su amiga.

—¿Te gustaría venir a quedarte conmigo ahora en la residencia ducal en Londres en lugar de con Hailey? Ahora estoy casada y puedo actuar como chaperona tan bien como Hailey, y

después de todo, eres mi amiga particular —enfaticó Millie.

La alegría inundó el rostro de Paris, y casi saltó en su silla.

—Oh, me encantaría muchísimo, Millie. No quería preguntar ya que eres recién casada, y una nunca sabe con certeza lo que eso implicará para ti, pero si crees que estará bien, me encantaría quedarme.

Millie desestimó sus preocupaciones con un gesto.

—Estará perfectamente bien. El duque continuará con su vida, al igual que nosotras. Puede que yo ya no esté buscando marido, pero ciertamente puedo encontrarte uno a ti, y nos divertiremos mucho haciéndolo. ¿Qué dices?

Paris se acercó a ella y la levantó, abrazándola fuertemente.

—Gracias, Millie. Gracias por todo lo que tú y tu familia han hecho por mí. Sé que no estaría aquí ni a punto de disfrutar de una temporada en Londres sin tu ayuda. Eres la mejor de las personas.

Millie abrazó a su amiga. Paris no era hija de un terrateniente como su padre, ni tenía una herencia sustancial. Pero ahora tenía familia en lugares elevados, lo que ayudaría a conseguirle un buen partido a Paris.

Tatum miraba fijamente el techo en su habitación, escuchando las risas y los chismes de su recién nombrada esposa y su amiga en la habitación contigua. Quería hablar con Millie, pero se contendría en su habitación hasta que ella estuviera sola.

No estaba del todo seguro de qué quería hablar con ella. Habían acordado que esta noche no consumirían el matrimonio, pero necesitaban brindar por su enlace, algo que no habían podido hacer debido a que nunca estuvieron a solas desde esta mañana.

No es que Millie quisiera estar a solas con él, y si fuera sincero, tampoco él quería estar a solas con ella. Pero ahora estaban casados, y cuando regresaran a Londres, no esperaba ningún chisme sobre su matrimonio con la más joven de las Woodville.

Se inclinó y se frotó la cadera. Hoy su maldita articulación había estado particularmente molesta, y nada de lo que había hecho había logrado que el dolor cediera.

Oyó cerrarse la puerta en la habitación de su esposa y, apartando las sábanas, se dirigió a la puerta contigua, llamando dos veces antes de entrar.

Sus pasos vacilaron, y sintió como si le hubieran golpeado el estómago con un ladrillo ante la visión que se presentó ante sus ojos. Su esposa, con el chal arrojado descuidadamente sobre la cama, pero era la mujer misma la que dejó su mente mareada.

Siempre la había considerado hermosa, pero ahora, vestida con un camisón de fina seda casi transparente, el deseo, ardiente y abrasador, corrió por sus venas. Se aferró a la puerta, no fuera a que cerrara el espacio entre ellos y besara cada centímetro del cuerpo de diosa que había estado ocultando todos estos días.

—Millie —graznó, aclarándose la garganta—. Pensé que deberíamos brindar por nuestro matrimonio antes de retirarnos por la noche.

Ella asintió, pero no se movió. No podía culparla. Era una mujer inteligente, aunque obstinada, y habría notado su reacción hacia ella. Nunca había sido un hombre capaz de ocultar sus emociones.

Sabía que ella no quería acostarse con él, y a decir verdad, él tampoco quería hacerlo. Pero, por Dios, tenía necesidades, y no la echaría de su habitación si algún día oscurecía su puerta.

Era un canalla por pensar de esa manera, pero también era un hombre, y ella ahora era su esposa...

Tatum regresó a su habitación y sirvió dos copas de brandy. Cuando volvió, ella se había deslizado sobre su cama, sus delgados tobillos y esbeltas piernas estaban allí para que él los admirara.

Tragó saliva, entregándole la copa y haciendo chocar su cristal contra el de ella.

—Por nuestro matrimonio. Que no siempre choquemos tanto como lo hacemos, y que algún día seamos amigos —dijo, sintiendo cada palabra.

Una pequeña sonrisa elevó las comisuras de sus labios besables, tentándolo más esta noche que en todo el día. Tenía que ser el camisón de seda que llevaba. ¿Dónde había conseguido semejante prenda? ¿O era esto lo que usaba cada noche para dormir?

—Por nosotros —respondió ella, dando un pequeño sorbo.

Tatum se bebió su brandy de un trago, necesitando la fortaleza para volver a su habitación y no seducir a su esposa para satisfacer sus crecientes necesidades.

Se sentó junto a ella, observándola.

—No pediré nada, como acordamos, pero hay una cosa que creo que deberíamos hacer.

—¿Ah, sí? —dijo ella, terminando su bebida y pasándole la copa. Él la colocó en la mesita de noche antes de volverse hacia ella.

—Sí —respondió—. Creo que deberías dejarme besarte.

CAPÍTULO

SEIS

—¿BESARTE? —exclamó Millie, poniéndose de pie—. ¿Cómo te atreves a pedirme algo así cuando me prometiste que no me forzarías a una situación para la que no estuviera preparada? —dijo, con el corazón latiéndole fuertemente en los oídos.

Caminó hacia el lado opuesto de la habitación, lo más lejos posible de su marido.

Cómo se atrevía a pedirle que lo besara. Ciertamente, no era tan malo como pedirle que fuera íntima con él, pero no se conocían. Sin mencionar que no eran amigos. Lejos de serlo, de hecho. Tampoco había olvidado que él tenía la intención de retozar por Londres como lo había hecho antes de venir a Surrey para la fiesta en la casa.

Incluso si lo encontraba parcialmente atractivo y había pensado en seducirlo para que la amara como una opción para salvar su unión, no estaba lista para eso. Al menos no todavía.

Él extendió una mano, tratando de calmar su temperamento. No funcionaría. —No pretendía ofenderte. Pensé que podría ayudarnos a ser amigos más rápidamente de lo que somos ahora. Eso es todo. No estoy tratando de obtener nada más de ti esta noche.

Millie no creyó eso ni por un momento. Durante todo el tiempo que él estuvo en su habitación, tuvo la clara sensación de que tramaba algo. Era un típico sinvergüenza de Londres que pensaba que cualquier mujer sería suya si simplemente chasqueaba los dedos y lo deseaba.

—Lo siento, Su Gracia, pero no quiero besarte, ni esta noche ni quizás por muchas noches más. No somos amigos, apenas nos llevamos bien, y pedirme algo así es absurdo. Por favor, vuelve a tu habitación y quédate allí. Puede que desafortunadamente nos haya puesto en esta situación, pero no la empeores asumiendo que estoy complacida con el resultado, porque no lo estoy. —Hizo una pausa, tomando un respiro para calmarse. Señaló hacia la puerta contigua—. Creo que deberíamos permanecer en habitaciones separadas con vidas separadas.

Él frunció el ceño, observándola por un momento. Ella se preguntó qué estaría pensando. Por su expresión severa y sobresaltada, solo podía suponer que estaba menos que complacido con su honestidad.

—Tienes razón, por supuesto. Me retiraré y te deseo buenas noches. —Se dirigió a su puerta, sus pasos vacilaron en el umbral—. Oh, olvidé mencionar que nunca tuve la intención de quedarme toda la semana de la fiesta en la casa. Por lo tanto, como mi esposa, regresarás a

Londres conmigo mañana. Espero que estés en el carruaje a las ocho. —Su molestia por todo lo que había ocurrido entre ellos era fácil de escuchar en sus palabras—. Buenas noches, Duquesa —dijo, dejándola sola.

Por fin.

Millie soltó un suspiro que no sabía que había estado conteniendo, justo cuando la decepción la apuñaló al saber que tendría que irse con él mañana. Su familia esperaba que hiciera lo que él deseaba, aunque ella quisiera hacer lo contrario. Era tan irritante, mandón y arrogante. Y un duque que arruinaba fiestas en casas yéndose temprano.

Se desplomó en su cama, sacudiendo la cabeza. Cómo se atrevía a pensar que lo besaría. Tal vez podría añadir delirante a su lista de palabras que ilustraban al duque.

Su larga lista.

Como se acordó, Millie se despidió de su familia después de desayunar con ellos a la mañana siguiente. Le prometieron que estarían en la ciudad ellos mismos para el final de la semana, así que no tendría que esperar mucho antes de verlos a todos de nuevo.

Se sentó en el equipaje ducal, su carruaje ahora, supuso, y sonrió a Paris, quien estaba sentada frente a ella, acomodada y empacada para acompañarla a Londres. Su amiga había sido más que jactanciosa sobre los asientos de terciopelo lujosamente acolchados, sin mencionar los ladrillos calientes colocados en el suelo para sus pies en zapatillas, aunque el día era cálido.

—Para mañana por la noche, estaremos de vuelta en Londres, con la temporada ya comenzada, y deberíamos poder asistir a bailes y fiestas como estaba planeado —dijo Paris, sonriendo con picardía—. ¿Cuándo crees que estarás lista para asistir a tu primer evento como la nueva Duquesa de Romney? —preguntó.

Millie se encogió de hombros, pensando en el tema. —Creo que con la opulencia con la que ahora viajamos, estaré lista para un baile la noche que regresemos. Aunque debemos sufrir una noche más con el duque antes de que podamos dejarlo que se escabulla a sus propios asuntos y nos deje en paz.

—No te gusta mucho, ¿verdad? —preguntó Paris—. ¿No intentarás hacer que tu matrimonio sea lo mejor posible?

—Entró en mi habitación anoche e intentó besarme. Un hombre que no ha ocultado su desagrado por mí trató de seducirme simplemente porque soy su esposa y pensó que tenía derechos.

Paris hizo una mueca. —Bueno, él tiene el derecho, pero entiendo tu preocupación —respondió apresuradamente cuando Millie la miró con enojo—. No debería, pero ¿crees que está tratando de tender una mano de amistad?

Millie reflexionó sobre sus palabras por un momento. —Tal vez lo esté haciendo, y puede que la acepte con el tiempo, pero no todavía. Todo esto es demasiado nuevo y extraño para mí, y está pidiendo demasiado al tratar de besarme. —Se estremeció, imaginando sus labios sobre los de ella.

El maldito hombre incluso había ocupado sus sueños, su voz profunda y seductora susurrándole al oído que fuera audaz, que se arriesgara, que lo besara.

Su mandíbula cincelada, nariz recta y ojos azul tormentoso podrían seducir a una monja, pero no a ella. No caía por tal belleza exterior y ciertamente no caería por los encantos de un hombre que la despreció hasta su boda.

—Así que tu matrimonio será solo de nombre. Por un tiempo al menos —afirmó Paris.

—Sí —dijo Millie. Sorbió, su visión de su amiga se volvió borrosa. Se frotó los ojos, odiando cómo había transcurrido todo—. Estoy tan decepcionada, Paris. Quería casarme por amor como mis hermanas, pero parece que eso nunca ocurrirá ahora. —Rebuscó en su bolso por su pañuelo.

Paris se acercó y se sentó a su lado, rodeándola con el brazo. —Vamos, no es tan malo. Y nunca se sabe, con el tiempo, puede que tú y el duque seáis más compatibles de lo que pensabas al principio. Quizás sea tu gran amor, y el destino simplemente intervino antes de que ninguno de los dos pudiera darse cuenta de ello.

Millie resopló, pero sonrió. —Espero que sea cierto, y supongo que tengo toda una vida para averiguar si es así. —Suspiró—. Creo que tiene una amante o una mujer a la que ve más a menudo que a cualquier otra en Londres. Lo mencionó antes de que nos casáramos, explicando cómo funcionaría nuestro matrimonio. No sé qué pensar de eso —dijo—. Es decir, sé que no puedo pedirle nada. No nos amamos, pero tampoco quiero que Londres se ría de mí porque mi marido, después de un día de casados, esté dispuesto a dejarme en ridículo ante todos al desviarse del lecho conyugal.

—Un lecho conyugal en el que tú no estás dispuesta a acostarte —le recordó Paris.

Millie gimió. —No sé qué hacer ni cómo hacer que este matrimonio funcione. Cómo desearía no haber entrado en su habitación aquel día. Mi vida sería mucho mejor si no lo hubiera hecho.

—Bueno, eso ya está hecho, y ahora eres la duquesa de Romney. Recuerda, la gente te admirará, no al revés. Eres el pilar de la sociedad, sin importar los mecanismos de tu matrimonio, sean cuales sean. No dejes que el duque arruine tu temporada. —Paris la apretó un poco—. Vamos a bailar hasta el amanecer y beber hasta que la habitación dé vueltas. Nos divertiremos por nuestra cuenta, y recuerda, Millie. Ahora tienes las finanzas del título ducal a tu disposición. Puedes organizar un baile tú misma, e iremos de compras. Tendremos tanta frivolidad. Ya lo verás.

Millie se encontró sonriendo ante las palabras de su amiga. Tenía razón, por supuesto. Había estado melancólica por su situación, pero no tenía por qué ser tan aburrida. Después de todo, ahora era una duquesa.

Tal vez era hora de que usara ese estimado título en su beneficio.

Dos semanas después, Tatum estaba sentado en su despacho mirando la lista de facturas de casi todos los vendedores de Oxford y Bond Street enviadas a su dirección.

Hojeó las pilas de pergamino, su mente calculando los cientos de libras gastadas en cuestión de días.

Por Dios, solo llevaban dos semanas de vuelta en Londres. ¿Cómo podía su duquesa haber gastado una pequeña fortuna?

No es que el dinero fuera un problema para él o que no pudiera permitirse pagar sus nuevos vestidos, guantes y todo lo demás que había comprado, pero ¿necesitaba todo lo que estaba comprando para una sola temporada?

Una factura de una sombrerera destacaba por su coste. 123 libras en sombreros. Se reclinó en su silla, cerrando la boca abierta de golpe. Cogió la pequeña campana de su escritorio y la hizo sonar. Su mayordomo Edwards entró casi de inmediato. —¿Ha llamado, Su Gracia? —dijo.

—Sí, ¿puedes llamar a la duquesa? Necesito hablar con ella.

—Sí, Su Gracia. —El mayordomo cerró la puerta silenciosamente tras él, y en unos minutos, sin previo aviso, su esposa, la duquesa de Romney, entró en la habitación como si fuera suya.

Tatum levantó la vista y se tragó la maldición que casi se le escapa de los labios. La señorita Millie Woodville ya no era la joven pueblerina de Grafton. Ahora era una duquesa, regia, elegante y más hermosa de lo que le gustaba admitir.

Su matrimonio nació de la necesidad, pero al mirarla ahora, una mujer que sin duda otros hombres estaban considerando, le hizo replantearse su ausencia en la vida de ella.

Debería asistir a uno o dos bailes con ella para acallar los chismes y asegurarse de que ningún otro lord decidiera convertirla en su amante.

CAPÍTULO SIETE

SU VESTIDO VERDE, cubierto de tul de seda, brillaba bajo el sol de la tarde. Sus caderas se balanceaban seductoramente mientras cruzaba la habitación para sentarse frente a su escritorio.

Tatum se tragó la maldición que borboteaba en su interior. ¿Cómo se había transformado en un retrato tan regio de sí misma? Apenas llevaban casados una quincena.

Observó sus facciones, las mejillas sonrosadas, los labios llenos, con un toque de rouge que los hacía aún más deseables. Llevaba pequeños pendientes de diamantes solitarios y un collar a juego. Él había sacado el juego de su madre del almacén al regresar a Londres.

Los diamantes le sentaban bien, y al verla hoy, la duquesa perfecta, las numerosas facturas frente a él cobraron sentido.

—Buenas tardes, Millie —dijo, omitiendo los títulos ya que estaban solos—. Supongo que tienes curiosidad por saber por qué te pedí que vinieras —afirmó.

Ella se sentó perfectamente quieta, con la espalda recta y las manos sin inquietarse en su regazo. A su lado, Tatum no pudo evitar sentirse el menor de los dos, lo cual era sorprendente, pues después de todo, él era el duque.

Ella echó un vistazo superficial a su escritorio, y sus labios se crisparon.

—Solo puedo suponer, al ver las numerosas facturas frente a ti, que deseabas hablarme sobre mis gastos excesivos —sugirió.

Él miró las muchas facturas aún por pagar.

—No pienses que estoy aquí para frenar tus gastos, porque no es así. Puedes gastar lo que quieras, pero tengo curiosidad por saber por qué sigues comprando tantos vestidos y sombreros. ¿No tienes ya suficientes para la temporada, o hay alguien a quien intentas impresionar? —preguntó, sin saber de dónde había salido su última pregunta.

Frunció el ceño.

Ella se rio.

—Asistimos a un baile casi todas las noches, y si no es un baile, hay excursiones a Richmond, picnics en Hyde Park, el teatro, tantos eventos y no puedo llevar el mismo vestido dos veces —respondió.

—¿Y cómo está disfrutando tu amiga, la señorita Smith, su estancia en la ciudad? ¿Hay algún

pretendiente del que deba informar a sus padres? —preguntó.

—Nadie aún, pero no llevamos mucho tiempo en Londres. Tenemos el baile de máscaras de los Daniels esta noche, que espero pueda asegurarle un pretendiente o dos a Paris —respondió la duquesa.

Su conversación era asfixiante, nada parecido a las escaramuzas verbales que solían tener. Si fuera honesto consigo mismo, prefería lo anterior.

—Ah, sí, el famoso baile de máscaras de los Daniels. Yo también asistiré. ¿Deseas que vayamos juntos?

Ella meditó sus palabras un momento antes de negar con la cabeza.

—No creo que sea necesario. Sé que no querías casarte conmigo más de lo que yo quería casarme contigo, y no quiero que te sientas obligado a llevarme por ahí como una muñeca de porcelana. No me romperé. Puedes continuar con tu vida como si yo no estuviera aquí. Ese era el plan, ¿no? —declaró, sus palabras eran objetivas.

A Tatum no le gustó cómo lo hacían parecer sus palabras. Como si fuera el peor de los hombres, forzado a un matrimonio que no deseaba, y que se negaba a actuar como un caballero ahora que vivía tales verdades.

Y aunque había continuado como estaba antes de su apresurado matrimonio con Millie, no había visitado a su amante.

Pero esta noche la vería, pues sería una invitada al baile.

Lady Charlotte Beaufort sería un obstáculo que no podría evitar, aunque lo hubiera estado intentando. Habría oído hablar de su matrimonio y estaría enojada con él, con razón.

¿No le había dicho que nunca se casaría antes de partir hacia Surrey? Qué mentiroso pensaría que era, aunque ya no importara. Le gustara o no, Millie era ahora su esposa, y necesitaba recordarlo cada vez que se enfrentara cara a cara con la formidable vizcondesa viuda. No deseaba causar vergüenza a Millie en público.

—Iremos juntos, creo que es lo mejor. No quiero que se hable de nuestro matrimonio, y si preguntan, no fue forzado por tu familia. Sé que tu hermana y tu cuñado me han asegurado que lo ocurrido en Surrey no se filtrará aquí, pero nunca se sabe. La alta sociedad tiene la lengua muy suelta. —Conocía ese hecho por una desastrosa experiencia anterior y no quería tener que vivir otro escándalo que no fuera de su creación.

—Muy bien, si eso es lo que deseas. —Alzó las cejas, observándolo—. ¿Había algo más que quisieras discutir?

—No —respondió—. Puedes irte.

Ella negó con la cabeza pero se puso de pie.

—Por favor, no me despidas como a uno de tus sirvientes en el futuro. Sé que esta situación en la que nos encontramos no es lo que ninguno de los dos queríamos, pero es con lo que tenemos que vivir.

Tatum se estremeció, su despedida resonando en sus oídos.

—Mis disculpas. No estoy acostumbrado a tener una esposa bajo mi techo.

—No, ciertamente no —replicó antes de salir airadamente de la habitación, dejando el aroma a jazmín para torturar sus sentidos.

Más tarde esa noche, Millie estaba de pie a un lado del salón de baile de los Daniels y suspiró aliviada al ver a Paris bailando con Lord Astoridge. Su amiga era amable, inteligente y ocurrente, y compensaba con creces lo que le faltaba en dote con sus otros atributos. Sería una gran elección si tan solo los hombres de la alta sociedad pudieran ver más allá del hecho de que era pobre.

Millie sorbió su vino, sus hermanas, las cuatro que estaban en Londres, se encontraban cerca. Sin embargo, no era ni su conversación sobre el último chisme ni cómo Paris parecía estar casi enamorada de Lord Astoridge, sino su marido, que estaba al otro lado del salón de baile, sumido en una conversación con Lady Beaufort, lo que mantenía su atención.

La vizcondesa viuda.

Entrecerró los ojos y luchó por no rechinar los dientes. No era de extrañar que el duque no le prestara atención. Esta noche era la primera vez que la acompañaba a algún lugar en Londres.

No es que quisiera que estuviera revoloteando a su alrededor, pero ahora era suyo, y no le gustaba particularmente cómo la vizcondesa viuda lo miraba como si fuera un dulce que quisiera devorar.

Su hermana Julia se unió a ella, su atención dirigiéndose al otro lado del salón de baile donde estaba el duque.

Millie notó la mirada contemplativa de su hermana y no pudo contener su pregunta ni un momento más.

—¿Quién es ella para el duque? Has formado parte de este mundo deslumbrante durante dos años ya, y entiendo que sabrías todo sobre él —preguntó.

Los labios de Julia se apretaron en una línea de disgusto.

—No quiero molestarte, querida. Y lo que sé son solo rumores. No hay pruebas de nada. Y todos sabemos que Londres está llena de falsos escándalos y rumores en esta época del año.

Millie levantó su copa vacía hacia un lacayo cercano y pronto tuvo una llena de nuevo.

—Si sabes algo, necesito estar al tanto. No quiero que me pillen desprevenida las madres entrometidas o las damas ofendidas por mi matrimonio con el duque.

—Bueno... —Julia dudó—. Esto es solo un rumor, y por favor, no reacciones a mis palabras. Más que nunca, querida, te están observando y juzgando, y si te encuentran demasiado emocional, entonces hablarán de ti también.

El temor se acumuló en su estómago. ¿Emocional? ¿Qué sabía su hermana que ella no?

—Esa es su amante, ¿no es así? Sé que tiene una, él mismo lo dijo, pero asumí que era una cortesana pagada, no una vizcondesa viuda.

Su hermana extendió la mano y le dio unas palmaditas en el brazo.

—No hay pruebas, recuerda. Sí, se les ve a menudo juntos en bailes y fiestas —continuó

Julia, haciendo una pausa para mirar al duque—. Pero eso fue antes de que se fuera a Surrey. No ha estado en ningún evento desde vuestra unión hasta esta noche, y supongo que la vizcondesa viuda sería una invitada que no podría evitar. Estoy segura de que eso es todo lo que trata su conversación.

—¿En serio? —dijo Millie, con un tono cargado de sarcasmo—. No parece que esté tratando de evitarla. —Millie apenas se contuvo de señalarlos—. Míralos. Sus pechos están prácticamente tocándose, y no puedo distinguir dónde está la mano de la vizcondesa.

El calor floreció en las mejillas de Millie. ¿Qué pensaría la gente de ellos? Aquí estaba el duque, a la vista de su esposa, haciendo alarde de su aventura amorosa con su amante.

Lo. Iba. A. Matar.

Millie se bebió su vino de un trago y se dirigió hacia ellos. Oyó a su hermana llamarla, pero no se dejaría disuadir. Pasó junto al lacayo que sostenía más copas de vino y consiguió otra antes de poner la sonrisa más fingida que pudo.

—Excelencia, preséntame a tu amiga —dijo, mirando de arriba abajo a la vizcondesa con aire burlón.

La vizcondesa hizo una reverencia pero se negó a soltar el brazo del duque. Millie miró fijamente su mano antes de encontrarse con los ojos desafiantes de la dama.

El duque se aclaró la garganta.

—Excelencia, esta es la vizcondesa viuda de Beaufort —comenzó, presentándolas a ambas.

Millie sonrió, pero el gesto le pareció más un gruñido incluso a ella misma.

—Parece que están teniendo una conversación muy animada. La gente me ha estado preguntando de qué están hablando, así que he venido a averiguarlo —dijo, observándolos a ambos.

El duque se quedó mirando, incapaz de responder, pero la vizcondesa no tuvo problemas en participar en el desafío de Millie.

—Estábamos discutiendo cuándo nos volveremos a encontrar, Excelencia. No nos hemos visto durante muchas semanas, y el duque y yo somos grandes amigos.

Millie se rió, tomando otro sorbo de vino.

—Oh, sí, me informaron de eso esta noche. De hecho, me informaron de muchas cosas.

Grandes amigos, sin duda.

CAPÍTULO OCHO

TATUM SABÍA lo que Millie se traía entre manos, y no podía negar que una pequeña parte de él se sentía orgulloso de que tuviera la audacia de unirse a su conversación con Lady Beaufort.

Pero entonces, Millie nunca se había inhibido de dar sus opiniones, y estaba claro que no le agradaba la vizcondesa ni confiaba en ella.

La mirada de su esposa se detuvo en su brazo, donde la vizcondesa lo sujetaba, y no pasó por alto cómo entrecerró los ojos.

—Supongo que hace tiempo que no lo ve, y tienen mucho de qué ponerse al día —dijo Millie, clavándole una mirada inquietante que nunca antes había visto en una mujer, pero si fuera un hombre de apuestas, que lo era, diría que estaba furiosa por verlo con su señoría.

—Ahora está casado. Conmigo, por si no lo sabía —añadió, con palabras cargadas de desagrado.

—Oh, sí —dijo Lady Beaufort, riendo—. Romney me comentó algo sobre su matrimonio. Siendo tan apresurado como fue, imagino que muchos se llevaron una sorpresa.

Tatum necesitaba sacar a Millie de esta situación. Lady Beaufort no era conocida por ser amable con aquellos que no le interesaba conocer, y era comprensible que no quisiera conocer a su esposa.

—Bueno, me alegro de que ya no esté sorprendida —la sonrisa de Millie hacia Lady Beaufort era glacial—. Ahora, si nos disculpa. Mi esposo me prometió este próximo baile.

Tatum hizo una mueca y se apartó de su señoría. La falta de réplica de su ex amante fue suficiente para indicarle que era hora de desactivar esta situación.

Le tendió la mano a su esposa, pero en lugar de llevarla al siguiente baile, se dirigió hacia las puertas del salón, ordenando su carruaje en el vestíbulo. La alta sociedad adoraba un buen escándalo, y él no les daría otro que lo involucrara. Una vez en la vida era suficiente.

—No me voy. Mi amiga aún está aquí, y no quiero ir a ninguna parte contigo, canalla. Cómo te atreves a coquetear con tu amante frente a mí en un baile y delante de todo Londres.

—Usted, lacayo —llamó, captando la atención del sirviente—. Informe a la señorita Paris Smith que haré que el carruaje de Romney regrese por ella cuando esté lista para partir.

—Paris necesita una carabina —dijo Millie, arrancando su brazo de su agarre.

—Tus hermanas pueden hacer el trabajo tan bien como tú, y necesitamos hablar. Pero no aquí —insistió.

El carruaje se detuvo con una sacudida frente a la residencia, y él escoltó a Millie hacia él. Ella se volvió hacia él tan pronto como estuvieron sentados, y el carruaje ganó velocidad en las calles de Mayfair.

—Aunque entiendo que nuestro acuerdo significa que viviremos vidas separadas, no volverás a avergonzarme frente a la sociedad. Mi hermana tuvo que decirme quién era esa ramera que estaba colgada de ti. Cualquiera que te viera esta noche sabía lo que estaba pasando, y yo quedé como la pobre esposa abandonada viendo cómo sucedía.

Millie cruzó los brazos sobre el pecho, fulminándolo con la mirada. Él tomó un respiro calmante, necesitando contenerse para no estrangular a la exasperante mocosa. —Le debía una explicación a Lady Beaufort, y esta noche fue la primera vez que la veía desde nuestra boda.

Millie negó con la cabeza. Sus mejillas se sonrojaron. —¿Le contaste cómo se dio nuestro matrimonio?

—Lo hice —dijo él, sin ver ningún daño en ello.

—Eres un tonto. Ella es una mujer despechada si cree que tu aventura amorosa ha terminado, y ahora puede contarle a quien quiera escuchar cómo el Duque de Romney llegó a tener esposa. Si escucho un susurro sobre cómo entré en tu habitación y fui atrapada allí, sabré a quién culpar.

—Estás siendo una tonta. Eso no ocurrirá. Charlotte no dirá una palabra, y tengo su promesa al respecto.

—¿Charlotte? ¿En serio? Bueno —escupió su esposa, jugueteando con la falda de su vestido—. Si vamos a ser amigos, como tú dices, tu asociación con esa mujer en público tiene que terminar. Nunca quiero que nadie, ni mi hermana ni una amiga, me diga lo que escuché esta noche y ver esa pesadilla desarrollarse ante mis ojos. No te gustaría que yo actuara con tan poco respeto, pero no te engañes pensando que siempre actuaré como una duquesa. Si faltas a tu palabra, Duque, yo también faltaré a la mía —le advirtió.

Tatum apretó los dientes. Podía ver su punto, pero su conversación con Lady Beaufort había sido completamente inocente. Ni siquiera quería pensar en cómo reaccionaría Millie si supiera de Lady Sinclair y su fallido compromiso. —Informé a su señoría de mi matrimonio y que nuestra asociación había terminado.

Millie se burló de sus palabras. —No creo eso ni por un momento. Puede que le hayas hablado de tu matrimonio, pero ella ciertamente no creía que el acostarse contigo hubiera terminado.

—Usted, señora, suena celosa. Si quiere que la lleve a la cama en su lugar, infórmeme para que pueda hacer un momento adecuado para unirme a usted en su cámara.

—Nunca estaré contigo. —Lo miró con tal desprecio que se preguntó si alguna vez habría paz entre ellos. Él conversaba con damas y participaba en conversaciones. ¿Su esposa iba a reaccionar terriblemente cada vez que lo viera en discusiones? Era una de las razones por las que

no había querido enredarse con ninguna dama que buscara ser su esposa. Lady Sinclair lo había dejado plantado en el altar en St. Pauls, haciéndolo parecer un tonto. Había aprendido su lección y juró nunca darle a nadie la capacidad de lastimarlo por segunda vez. Las mujeres eran demasiado incendiarias y cambiantes. Millie y su lengua afilada ciertamente confirmaban esa opinión.

—Nunca deberíamos habernos casado. —Sus palabras susurradas le llegaron desde el otro lado del carruaje.

—La conversación fue inocente, y no volveré a relacionarme con ella en público. ¿Eso le satisface, Su Gracia? —preguntó.

—¿Pero te relacionarás con ella en privado? —Ella miraba por la ventana, y él hizo lo mismo, no queriendo ver cómo se mordía el labio por frustración—. Si continuas prostituyéndote por Londres, ¿dónde me deja eso a mí? Si alguna vez consumamos el matrimonio y buscamos tener hijos, ¿qué pasa si me enfermo con alguna dolencia que hayas contraído mientras te prostituyes por los barrios bajos?

El carruaje se detuvo frente a su casa de la ciudad, y su llegada a casa no podría haber sido en mejor momento.

—Tuve una amante, Millie. Una, no una de muchas. Ella me fue fiel como yo a ella. No tengo la viruela ni ningún otro trastorno.

La puerta del carruaje se abrió y él bajó. Su cadera eligió ese momento para fallarle, y tropezó, cayendo al empedrado de abajo.

Maldita sea, ¿podría esta noche empeorar? En ese momento, no lo creía posible.

Millie jadeó cuando Tatum tropezó y cayó al suelo. Saltó del carruaje y fue a su lado, ayudándolo a ponerse de pie.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —preguntó, esperando que no estuviera alterado por su discusión, al menos no tanto como para desplomarse.

El duque logró ponerse de pie con su ayuda, y ella lo escoltó adentro, llevándolo a su biblioteca. Sus pasos eran lentos, y ella no pasó por alto la pequeña cojera con la que caminaba.

—¿Te has hecho más daño del que me estás diciendo? —preguntó—. Estás cojeando.

—No —dijo él, descartando sus preocupaciones con un gesto—. Tengo la cadera dolorida la mayoría de los días, y estoy más herido en el orgullo que físicamente. —Hizo una pausa al entrar en la biblioteca—. Ayúdame a llegar al sofá, y estaré bien.

Millie hizo lo que le pidió, odiando haber perdido los estribos y haber discutido. Se suponía que estaban tratando de ser amigos, no enemigos.

—Debo disculparme por mi arrebato en el carruaje, Romney. Pero, por favor, mantén tus asociaciones con esa mujer fuera de mi vista. Es todo lo que pido. —Sabía que había pocas posibilidades de que alguna vez tuvieran un matrimonio feliz y amoroso, pero respetarse mutuamente de esta manera al menos evitaría que se rieran de ella.

—Haré lo que me pides, aunque, como dije, nuestra conversación fue inocente.

—Excepto que ella se colgaba de ti como una capa, y de inocente no tenía nada. —Millie caminó hacia la puerta. Miró hacia atrás al duque. Parecía pensativo mientras miraba fijamente el fuego—. No diré nada más sobre el asunto, pero por favor, por mí como amiga, no me hagas quedar como una tonta.

—No lo haré —dijo él.

Millie lo dejó, dirigiéndose a su habitación. Asomó la cabeza por la puerta que comunicaba sus aposentos y encontró al ayuda de cámara del duque en el vestidor de este.

—El duque tropezó esta noche al bajar del carruaje. Está en la biblioteca, pero creo que se lastimó la cadera. Quizás una tisana y un baño caliente ayuden a Su Gracia —dijo.

El ayuda de cámara hizo una reverencia.

—Por supuesto, Su Gracia. Prepararé todo de inmediato.

Llamó a su doncella, luego se lavó la cara y se cambió el vestido de baile.

Mientras se sentaba frente a su chimenea, podía oír a los sirvientes preparando un baño en la habitación del duque antes de que el sonido del agua salpicando llegara desde la cámara adyacente.

Lo peor era que sabía cómo se veía desnudo. Podía, si quisiera, entrar en su habitación y saciarse. Esposa o no, no tenía derecho después de la horrible discusión que acababan de tener.

Y tampoco quería verlo así.

Estaban en un matrimonio de conveniencia, nacido del escándalo, y ella no quería volver a verlo desnudo.

Mentirosa.

Frunció el ceño, ocupándose con su ropa de cama y apartando tales pensamientos absurdos. Tontos pensamientos de cómo su matrimonio podría ser mucho mejor, si tan solo él se permitiera preocuparse por ella y por nadie más.

CAPÍTULO NUEVE

MILLIE LEYÓ APENAS una página de su libro antes de cerrarlo de golpe y dejarlo en su mesita de noche. Su marido hacía mucho ruido al bañarse.

Se giró de lado, mirando fijamente la puerta que conectaba sus habitaciones. Hasta que él no estuviera en la cama, no pegaría ojo. Se decía a sí misma que era porque estaba haciendo tanto ruido, pero en realidad, algo que no quería admitir en voz alta, la idea del duque desnudo, enjabonando su cuerpo musculoso la obsesionaba.

El día que lo había sorprendido había sido una revelación y le había dado una mayor apreciación de la anatomía masculina.

Si tan solo no fuera Romney a quien había apreciado. Era tan impredecible con ella que nunca sabía realmente qué haría a continuación. Pedirle que lo besara no había sido lo que ella pensaba que pediría.

Pero quizás estaba intentando poner su matrimonio sobre una base más sólida. Dios sabía que ahora mismo estaba en una muy inestable. No es que ella hubiera ayudado mucho. Había sido poco acogedora, y necesitaba intentar controlar su decepción y sacar lo mejor de su extraña situación. Verlo esta noche con Lady Beaufort había desencadenado una emoción fuera de lugar, que se sentía mucho como celos infundados.

—¡Maldita sea! —gritó Tatum antes de que se oyera un chapoteo y un golpe en la habitación del duque.

Millie saltó de la cama, corriendo hacia la puerta que comunicaba las habitaciones, y entró en la del duque sin llamar. —¿Qué pasa? —preguntó, mirando para ver qué había causado el alboroto. El duque estaba en el suelo junto a la bañera.

Desnudo.

Otra vez.

Ignorando su corazón acelerado, fue hacia él, alcanzando la toalla que estaba en una silla cercana. —Toma —dijo, colocándola sobre su cintura y ayudándolo a cubrirse lo mejor posible.

Él se puso de pie con dificultad, su cuerpo empapado elevándose ante ella como Poseidón. Olía divinamente, a sándalo y hombre. El impulso de respirar su aroma surgió dentro de ella, y lo apartó por ser un pensamiento poco útil.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

Él miró la bañera y luego a ella. —Me resbalé y me caí. Mi cadera, como sabes, no está como antes. —Caminó hacia la cama y se sentó, y ella lo siguió.

—¿Quieres que llame a tu ayuda de cámara o que te traigan otra tisana? —Su cadera parecía darle muchos problemas con frecuencia—. ¿Te has lastimado la cadera de alguna manera? La favoreces bastante a menudo —comentó, diciendo solo la verdad.

Él se frotó la pierna mientras estaba sentado en la cama, observándola. —Me lesioné hace varios años y recibí mi herida entonces. Perdí el equilibrio en un caballo, apresurándome y sin concentrarme, y me caí. Me ha molestado desde entonces. Las actividades en las que participamos durante la temporada lo agravan, eso es todo. No hay necesidad de preocuparse. Puedes volver a tu habitación —dijo.

Ella quería volver a su habitación, pero algo en la forma en que hablaba de su lesión, como si aún le doliera, detuvo sus pasos.

—He oído que el té de menta es bueno para los huesos doloridos. ¿Quieres que te consiga un poco? Podría darte algo de alivio.

Él alzó una ceja con cinismo. —No me digas que la independiente y obstinada señorita Millie Woodville va a ayudar al marido que no le gusta —bromeó.

Ella se encogió de hombros, sin rebatir su afirmación. Era cierto, después de todo. Más o menos... —No importa sobre qué discutamos o en qué no estemos de acuerdo, no soy cruel. Por supuesto que te ayudaría, o a cualquiera, de hecho —dijo.

Él extendió la mano y apretó la de ella antes de soltarla. —Nunca lo dudé, ni por un momento —hizo una pausa—, pero sobre lo de esta noche en el baile. Terminé mi relación con mi amante, Millie, y me disculpo por que hayas tenido que ver eso de una manera tan pública. No volverá a suceder —dijo.

—Oh —exhaló Millie, sin esperar que fuera tan sincero con sus palabras—. Entonces, ¿no vas a tomar otra amante? Qué decepcionadas estarán las damas de Londres —bromeó sin mucho entusiasmo.

En realidad, la idea de que le sería fiel, al menos por el momento, era la mejor noticia que había recibido desde antes de sorprender al duque en circunstancias similares en la finca de su hermana.

—No, causaría demasiado escándalo, y ya he tenido suficiente de ser el tema de chismes para la alta sociedad. Que encuentren un nuevo escándalo para mantenerse ocupados.

Ella se rio, pero no estaba segura de lo que quería decir con tales palabras. ¿Había estado involucrado en un escándalo en el pasado? —Estoy segura de que lo harán. —Le sonrió y se dio cuenta de que él la estaba observando. El fondo de su estómago dio un vuelco ante el hambre que leyó en sus ojos.

Él todavía estaba sentado a su lado, desnudo excepto por la toalla alrededor de su cintura. Su pecho subía y bajaba en ritmos constantes. La atención de Millie se movió por su cuerpo,

deleitándose con su pecho bronceado y tenso. Sus dedos se crisparon con el deseo de extenderse y tocarlo, ver si era tan duro como imaginaba.

—¿Te gusta lo que ves, Millie? —Su profundo barítono primitivo la hizo saltar. Encontró sus ojos y leyó la risa en ellos.

—Me disculpo, pero tu cuerpo me fascina. No había visto a un hombre desnudo antes, bueno, antes de entrar y verte. —Pasó un dedo por su pecho—. Estás tan tonificado. ¿Cómo lograste tal hazaña? —le preguntó. Seguramente montar a caballo no le daba a todo el mundo una forma tan espectacular.

—Soy muy activo —respondió, con la piel erizada. Ella se estremeció. Sentirlo, tocar lo que había estado invadiendo sus sueños, era una fantasía que no pensaba que se haría realidad.

—Déjame decirte, Tatum, yo también soy activa. Monto a caballo, camino y bailo tanto como tú, si no más, y no me veo así debajo de mis vestidos.

Sus ojos se oscurecieron y ardieron con un hambre que la hizo dudar.

—Lo dudo mucho —dijo, su mirada deslizándose desde su cabeza hasta sus pies—. Toma el camisón que llevas puesto. Es tan translúcido que casi puedo distinguir lo que hay debajo.

El calor inundó su rostro, y miró hacia abajo, dándose cuenta de que había olvidado su chal en su prisa por ayudarlo. Cruzó los brazos, protegiendo sus pechos de su mirada.

Él se rio entre dientes, el sonido malicioso. —Vamos, Millie. Estoy sentado aquí sin nada puesto en absoluto. Al menos tú tienes un camisón, aunque sea transparente.

Millie no sabía qué le había pasado, pero le molestaba que él se riera de su pudor. Descruzó los brazos y alzó la barbilla con gesto desafiante.

—¿Mejor así, Excelencia? —Se obligó a mantener los brazos sobre el regazo y a no huir de su inspección.

Las manos de él se crisparon sobre la cama, y ella se preguntó qué estaría pensando. —Tienes un cuerpo hermoso —dijo él, extendiendo la mano para recorrer con un dedo la costura del camisón y tirando de los lazos atados al cuello.

Millie nunca había sido tocada de esa manera. Sentía la piel ardiendo, con la sangre agolpándose en su cabeza y palpitando con fuerza en sus oídos. Anhelaba las manos de él sobre ella, pero al mismo tiempo no. Era un sinvergüenza, un hombre que, hasta esa noche, tenía una amante que pertenecía a su círculo social.

Él discutía con ella a cada paso, pero nada de eso importaba mientras no dejara de mirarla como lo hacía ahora. Como si fuera la joya más rara y preciosa que hubiera encontrado y quisiera solo para sí mismo.

Tatum se dijo a sí mismo que debía retirar la mano, que debía dejar de intentar seducir a su esposa.

Esposa.

Aún no podía asimilar que Millie Woodville estuviera casada con él o que él estuviera casado en absoluto después de su desastroso pasado con Eleanor. Parecía que fuera ayer cuando su ex

prometida le declaró su amor por otro antes de decirle que el hijo que esperaba no era suyo, acabando con cualquier afecto que alguna vez sintió por ella.

Pero aquí estaba de nuevo, con una mujer que lo volvía loco por igual de frustración y deseo. Especialmente cuando acudía corriendo en su ayuda como si él fuera una damisela en apuros.

No lo era. Tenía la cadera lesionada, pero todo lo demás en su cuerpo funcionaba perfectamente bien.

—Es justo que yo pueda sentir tu cuerpo ya que tú estás tocando el mío —dijo ella, extendiendo la mano y posando la palma sobre su pecho. Su tacto, suave y cálido, le cortó la respiración, y él observó, fascinado por su interés.

—Estás tan duro —jadeó ella, delineando los músculos de su estómago con el dedo—. Hay pequeños rectángulos de músculo en tu estómago. Qué intrigante.

Su miembro se estremeció ante sus palabras, y él contuvo un gemido cuando la parte inferior del brazo de ella rozó el suyo. Después de todo, era un hombre, y habían pasado varias semanas desde que había estado con una mujer.

Pero aquí estaba su esposa, viniendo a cuidarlo. Tal vez su caída la había hecho reconsiderar su enfado.

Ella tenía todo el derecho a estar molesta. Él también lo estaría si la situación hubiera sido al revés, pero Lady Beaufort era parte de su pasado.

—Me gusta que me toques, Millie —dijo él, dejando escapar la verdad de entre sus labios con más facilidad de lo que pensaba.

Una pequeña sonrisa curvó sus labios, y ella se mordió el labio mientras pasaba un dedo por los mechones de vello de su pecho. —Este es más áspero que el pelo de tu cabeza —El travieso dedo se deslizó hasta su pezón, rodeando el botón y enviando una descarga de deseo a su entrepierna.

—Tus pezones son más pequeños que los míos —admitió ella y jadeó, tapándose la boca con la mano.

Él se rio entre dientes. —Quizás deberías dejarme ver los tuyos para determinar si esto es un hecho o no.

CAPÍTULO DIEZ

MILLIE TENÍA que tomar una decisión. Podía seguir despotricando contra su nuevo esposo, enfrentándose a él a cada paso, o podía intentar que su matrimonio, por poco convencional que hubiera empezado, funcionara para mejor.

No había razón por la que no pudiera hacer de su matrimonio una unión por amor como la de sus hermanas.

Cuando no intentaba ser sabio, el duque era un hombre con el que podía verse siendo amiga. Habían empezado mal y habían continuado por ese camino. Era hora, por su cordura, de que dieran media vuelta y empezaran a caminar en la dirección opuesta.

Sin pensarlo, Millie se puso de pie, agarró el borde de su camisón y se lo quitó por la cabeza, quedándose tan desnuda como el día en que nació. Luchó contra el impulso de salir corriendo de la habitación por su atrevimiento. Nunca había estado desnuda frente a un hombre antes. Aunque ese hombre fuera su esposo. ¿Apreciaría la vista que le había regalado? ¿Querría tocarla como ella lo había tocado a él?

Millie bajó la mirada hacia sus pechos, inspeccionando sus pezones.

—Ves. Los míos son más grandes que los tuyos. Supongo que es porque estoy hecha para tener hijos mientras que tú no.

El duque se quedó estupefacto, con la boca abierta como si estuviera a punto de decir algo, y luego pensó que era mejor no hacerlo. Extendió la mano, tal como ella había hecho con él, y pasó un dedo alrededor de su pezón.

Un escalofrío recorrió su piel y se le puso la carne de gallina ante su tacto. El calor se acumuló entre sus piernas y un anhelo que nunca antes había sentido palpitó por su cuerpo. Había anticipado reaccionar a él y a su inspección, pero algo se quebró dentro de ella con su toque.

Una necesidad, un deseo largo tiempo reprimido que había estado dormido, se encendió.

—Me gusta eso —admitió, mientras su dedo daba paso a su mano. Él le acarició el pecho, moldeándolo mientras ella estaba de pie ante él.

—A mí también me gusta —gruñó él, poniéndose de pie antes de que sus labios tomaran los de ella.

Millie nunca había besado a un hombre antes. De hecho, nunca había hecho nada tan atrevido como lo que estaba haciendo en ese momento. Sus besos la dejaron tambaleándose, haciéndola sentir como si estuviera flotando en una nube invisible de deseo.

Su lengua se enredó con la de ella, sus manos la apretaron con fuerza contra su cuerpo. La toalla de él cayó al suelo, y ella rompió el beso, queriendo verlo.

—Oh, vaya —dijo, viendo su virilidad dura y erguida—. ¿Siempre hace eso? —Ignoró el calor que subió por su piel al tener que hacer tal pregunta.

—Solo cuando quiero algo —respondió él, levantándole la cara para encontrarse con la suya.

—¿Qué es lo que quieres? —susurró ella, aunque estaba segura de que ya lo sabía. Pero ¿podían consumar su matrimonio, estar juntos como habían jurado no hacer? En este momento, no eran amigos. Cómo habían llegado a esta situación, lo dejaría para reflexionar más tarde.

Su cuerpo le dolía de una manera que nunca antes había sentido, y sabía que el hombre frente a ella era el único que podía saciar sus necesidades.

Las manos de él se flexionaron en sus nalgas, apretando su carne y ondulándola contra su miembro. Ella gimió cuando su pene se deslizó entre sus piernas, provocando su carne dolorida.

Millie cerró los ojos, sin haber sentido nunca nada más delicioso. Se movió contra él, queriendo más de lo que la estaba provocando.

—Te deseo —admitió él.

Entonces la levantó y la arrojó sobre la cama. Ella rebotó una vez antes de que él estuviera sobre ella, inmovilizándola contra el colchón acolchado.

Millie deslizó sus piernas alrededor de su cintura, y su miembro se frotó entre sus pliegues. La sensación era algo que nunca antes había sentido.

Su boca tomó la de ella, robándole el aliento y dejándola sin sentido. La besó por el cuello, haciéndole cosquillas en el lóbulo con su lengua. Sus besos estaban por todas partes, descendiendo por su frente, dedicando gran atención a acariciar a fondo ambos pechos.

—No deberíamos estar haciendo esto. Apenas nos llevamos bien —jadeó ella mientras su lengua rodeaba su ombligo antes de bajar más.

Él se rió, su cálido aliento haciéndole cosquillas en la piel. —Tal vez esto es lo que necesitábamos desde el principio —dijo.

—¿Qué necesitábamos? —gimió ella. Su mano se hundió entre sus piernas, ahuecando su sexo, su pulgar haciendo círculos perezosos y provocativos sobre su intimidad. Esto era demasiado y a la vez no suficiente. Quería más de él. Codiciaba todo lo que pudiera darle.

—Un buen y completo polvo —dijo él, deslizando un dedo en su núcleo.

—Tatum —jadeó ella, mordiéndose el labio para evitar gritar su nombre. Se empujó contra él con una lujuria que no sabía que tenía. Él la trabajó, la provocó hasta que goteaba de necesidad.

—Tengo que probarte —dijo.

Millie dio un grito ahogado cuando él le separó más las piernas y su boca reemplazó a su mano. —No, para. No puedes hacer eso. —Perdió todo pensamiento cuando su lengua se deslizó

por sus pliegues en una deliciosa lamida.

—Oh, sí que puedo. —Sus palabras quedaron ahogadas por su sexo.

Millie luchó contra la vergüenza y en su lugar le dejó hacer su voluntad. Su boca provocaba su sexo, besaba y chupaba, lamía y la empujaba hacia un pináculo que apenas podía esperar alcanzar. Lo que fuera que le estuviera haciendo era maravilloso, sucio y lujurioso, y ella quería más.

Mucho más.

Agarró su cabeza, su cabello suave bajo sus palmas, manteniéndolo contra ella mientras él continuaba su asalto. Ondulaba contra su boca, trabajándose sobre su lengua. Millie no sabía qué se había apoderado de ella. ¿Cómo podía ser tan valiente, tan llena de deseo?

Pero lo estaba, y era Tatum quien la había llevado a este punto.

¿Cómo no sabía que tal placer era posible entre una mujer y un hombre? ¿Era por esto que sus hermanas siempre estaban tan incandescentemente felices? ¿Cómo es que nadie le había dicho que esto era lo que podía esperar en un matrimonio?

Había visto imágenes en los libros de la biblioteca de su padre, pero siempre parecían mostrar dolor, no excitación. Esto, lo que Tatum le estaba haciendo, la dejaba sin aliento y necesitada, la hacía anhelar y desear cosas que nunca había conocido. Lo quería todo. Todo, incluyendo su corazón, si pudiera ganarlo.

Tatum no sabía qué se había apoderado de él, pero en el momento en que Millie se desnudó ante él, la necesidad de tenerla superó todas sus palabras hirientes del pasado, discusiones y desacuerdos insignificantes, y supo que no podía alejarse sin poseerla.

Sus dulces gemidos lo distraían por completo. Estaba húmeda, goteando sobre su lengua con su deseo, y él se deleitaba en su excitación.

Tenía pocas dudas de que nunca antes había llegado al clímax y que él sería el primero. Hacerla alcanzar el orgasmo con el toque de su lengua envió un escalofrío de calor por su columna.

La trabajó, la penetró con su dedo mientras acariciaba su hinchado botón. Después de su discusión esta noche, no había pensado que su noche terminaría así, pero estaba complacido de que lo hiciera.

Aunque no sabía qué significaría este cambio para ellos en su matrimonio, al menos en lo que respecta al sexo, se acoplaban bien y con suerte podrían acordar hacerlo de nuevo.

Sus dedos se aferraron a su cabello, manteniéndolo contra ella mientras los primeros temblores de su orgasmo se cerraban a su alrededor. Ella gimió su nombre, moviendo su sexo contra su boca. Él no cedió, dejándola saciarse mientras su liberación brotaba de ella como vino.

Subió sobre ella, besando su cuerpo, asegurándose de dar a cada pecho la atención que merecía antes de tomar su boca en un beso abrasador.

Ella no se alejó de él. En cambio, envolvió sus piernas alrededor de su cintura, cruzando sus tobillos sobre su trasero. Su frenética necesidad por ella era prueba de que no duraría mucho. Se

ajustó, provocando la entrada de su sexo.

—¿Estás segura, Millie? —preguntó, queriendo estar cierto.

—Lo estoy, sí —respiró ella, tratando de empujarse contra él y empalarse.

No tendría que esperar mucho. Tatum se inclinó, levantando su trasero, y embistió con fuerza, una vez, profundamente en su sexo. Ella se quedó inmóvil debajo de él, y él se detuvo, permitiéndole ajustarse a su tamaño.

Estaba cálida, suave y húmeda, y tan condenadamente apretada que quería gritar lo perfecta que se sentía a su alrededor.

No se movieron durante varias respiraciones. —Más —susurró ella.

Él no podía negarle nada. La embistió como un loco, y la lujuria dominó su control. La tomó como un joven que nunca hubiera estado con una mujer antes.

A Millie no pareció importarle. Se aferró a él, se movió con él, lo besó, su lengua enredándose con la suya mientras hacían la bestia de dos espaldas. Esta no era la dulce unión que debería haberle dado a su esposa virgen en su primera vez. No era nada de eso. La follaba y usaba su cuerpo para saciar el suyo propio.

La poseía y le daba poco tiempo para siquiera recuperar el aliento.

—Te sientes tan condenadamente bien —admitió, nunca antes sintiéndose tan descontrolado, tan a la deriva como se sentía justo en este momento.

Ella maulló en acuerdo, sus palabras de aliento mientras él continuaba su embestida sexual empujándolo hacia adelante.

—Siento —respiró ella—. Siento como si fuera a desmoronarme de nuevo.

El orgullo lo invadió, y le gustó que la haría llegar al clímax una segunda vez. No se contuvo en satisfacerla. Su núcleo se apretó y se estremeció alrededor de su miembro, acercando su liberación.

—Millie, joder —gimió, forzándose a salir y derramando su semilla en la ropa de cama mientras los últimos espasmos de sus orgasmos atravesaban sus cuerpos.

—Tatum. —Ella lo miró fijamente, sus ojos pesados de deseo—. No esperaba eso —admitió.

Tatum asintió, recuperando el aliento y entendiendo completamente lo que ella quería decir. —Yo tampoco.

CAPÍTULO ONCE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Millie se bañó y vistió temprano, deseando pasear por los jardines traseros de su nueva residencia en Londres y pensar.

Había mucho que considerar. La noche anterior y lo que había sucedido entre ella y el duque ocupaban el primer lugar en su mente. ¿Cómo habían estado discutiendo como si no hubiera esperanza entre ellos y luego terminaron envueltos en los brazos del otro como si fueran las únicas dos personas en la tierra?

Un escalofrío recorrió su piel al recordar lo que él le había hecho. Su boca perversa y el deleite que le había provocado. Cómo le había hecho el amor con tanta malicia que dudaba que alguna vez volviera a mirarlo de la misma manera.

Él había sido tan diferente la noche anterior. Perverso y tentador. Nada que ver con el esposo y el hombre que había conocido antes, con quien discutía a cada paso.

Le gustaba este Tatum diferente y quería ver más de él.

Su cuerpo anhelaba tenerlo de nuevo mientras se adentraba en los jardines y se escabullía en un área frondosa, aislada entre varios árboles grandes.

Si iba a ganar su corazón, a cambiar su opinión sobre tener una esposa, necesitaba un plan. Parecía que su camisón de seda disminuía su capacidad de mantenerse alejado de ella, así que eso sería un punto a considerar.

Nunca antes había seducido a un hombre en su vida, pero la noche anterior, cuando se había desnudado ante él, él había perdido el control y la había tomado en sus brazos, regalándole una noche de placer sin adulterar.

Se sentó en una silla de hierro en los jardines. Pero ¿qué hacer con su pasado que aún quería ser parte de su futuro? Entrecerró los ojos, pensando en Lady Beaufort. Su señoría necesitaba entender que no toleraría que se excediera en sus límites con su marido.

Le gustaría tener un esposo que la amara, como habían conseguido sus hermanas, y si eso significaba que tenía que declarar su propiedad y reclamar al duque, entonces lo haría.

—¿Qué haces en los jardines? Tenemos el baile de Ridgehaven esta noche. No querrás estar toda roja o con pecas —dijo Paris desde atrás, sobresaltando a Millie.

Ella se rio de su tontería y dio unas palmaditas en el asiento a su lado, haciendo que su amiga

se sentara.

—Me acosté con el duque anoche —soltó, esperando ser más diplomática con sus palabras pero sin lograrlo en absoluto.

Paris dejó escapar un pequeño chillido de deleite, sus ojos brillantes de emoción.

—Cuéntamelo todo. Debo saberlo y vivir vicariamente a través de ti —dijo.

Millie le contó todo, cómo había encontrado al duque en el suelo y lo había ayudado. Cómo ambos habían estado escasamente vestidos y cómo habían terminado completamente desnudos minutos después de que ella entrara en la habitación del duque.

—¿Y fue agradable todo el tiempo? ¿No discutieron en absoluto? —preguntó Paris, conociendo toda su historia de discusiones.

Millie negó con la cabeza.

—No, para nada. De hecho, era tan diferente del hombre con el que me casé que uno podría preguntarse si era la misma persona. Pero es el mismo hombre y duque, y ahora tengo un plan.

—¿Un plan? —repitió Paris, mirándola con expectación—. ¿Qué plan es ese?

—Yo quería un matrimonio por amor, como todas nosotras. Él no quería casarse en absoluto. De hecho, creo que como su hermano ya está casado y tiene un hijo varón, Romney cree que le irá lo suficientemente bien como para convertirse en el próximo duque. Y eso puede estar muy bien, pero no es suficiente para mí. Quiero que el duque se enamore de mí, y ahora conozco su debilidad.

—¿Su debilidad? —repitió Paris, empezando a sonar como un loro.

—Sí, su debilidad son las indulgencias del cuerpo. Tan pronto como me revelé ante él anoche, se abalanzó sobre mí sin pensarlo dos veces. Quiero que lo haga de nuevo. Si tengo que usar ese agradable interludio para ganar su corazón, entonces lo haré, y eliminaré su necesidad de su amante mientras lo hago.

Paris se llevó una mano a la boca, sus ojos abiertos de angustia.

—Por favor, dime que ya no tiene una amante. ¿Es por eso que te fuiste temprano del baile? Tu hermana, la duquesa, mencionó que estabas angustiada y te fuiste con el duque.

Millie asintió.

—Estaba angustiada, porque me vi obligada a verlo conversar con ella, y Julia me contó los rumores. Discutimos y nos fuimos, pero no fue hasta que llegamos a casa y escuché un alboroto en su habitación que fui a investigar. Fue entonces cuando sucedió —admitió, su cuerpo estremeciéndose al recordar su primer beso. Sus manos mientras la atraían hacia él. Su boca perversa.

¿Cómo iba a pasar otro día más y mantener la cordura cuando todo en lo que podía pensar era en él?

—Dice que lo de su amante se acabó, que terminó antes de irse a Surrey, y estoy decidida a que siga así. No seré la única hija Woodville que se case con un hombre que no ame a su esposa. Él me amará, y yo ganaré su corazón. Te lo prometo.

Paris sonrió, asintiendo en acuerdo.

—No lo dudo —hizo una pausa, con el ceño fruncido en reflexión—. Deberíamos volver a la casa. Si vas a seducir a tu marido y ganar su corazón, tenemos que revisar qué vestido llevarás esta noche. Debe ser a la vez regio y favorecedor. Mostrarle sin ser demasiado evidente lo que es suyo y lo que puede tener, si lo desea.

Millie se rio, agradecida de que su amiga la apoyara y fuera un poco pecaminosa como ella.

—Vamos. No hay un momento que perder.

Tatum informó a Millie y a la señorita Smith que llegaría tarde al baile de Ridgehaven. No porque estuviera ocupado en su club. O porque tuviera una gran cantidad de trabajo dejado por su administrador cuando estaba en Surrey. Sino simplemente porque necesitaba mantenerse alejado de su esposa.

Durante todo el día había vislumbrado a Millie por la casa. Cada vez tenía que contenerse físicamente para no buscarla, cargarla sobre su hombro como un neandertal y hacer con ella lo que quisiera.

Era enloquecedora, y su miembro aún no había vuelto a su estado flácido habitual.

El recuerdo de ella deshaciéndose bajo él, su dulce coñito ondulando contra su lengua. Gimió. Maldita sea. ¿Cómo iba a mantenerse alejado de ella cuando no quería guardar las distancias en absoluto?

No quería una esposa. Tampoco quería desear a nadie más allá de lo normal. Ese camino llevaba a la decepción y a los corazones rotos, y lo sabía tan bien como cualquiera.

Esperó todo lo que pudo antes de salir de casa y hacer el corto trayecto en carruaje hasta Brook Street para el baile. Su llegada, por tardía que fuera, aún le hizo esperar en fila mientras varios otros carruajes dejaban a sus pasajeros.

Aunque disfrutó lo que había ocurrido entre él y Millie la noche anterior, no podía permitir que volviera a suceder. Se había prometido a sí mismo no volver a enamorarse jamás. Confiar y ser herido, y no empezaría ahora, ni siquiera con la esposa que se había visto obligado a desposar.

Entregar su corazón a su cónyuge significaría que ella tendría el poder de herirlo, y no podría sobrevivir a otra decepción semejante. Una vez era suficiente. Había sido engañado al pensar que su prometida lo amaba tanto como él a ella. Qué tonto había sido. Saber que el hijo que ella esperaba no era suyo y había sido concebido muchas semanas antes de que conociera a Eleanor aún le avergonzaba hasta el día de hoy.

No le importaba estar en mejores términos con Millie, pero ella no podía pedir más. Que apenas la conociera tampoco ayudaba, pero esperaba que ella no discutiera con él sobre el tema. Su decisión estaba tomada. Su futuro resuelto, y su nueva esposa tendría que adaptarse a esos planes.

Se dirigió al salón de baile, lo suficientemente tarde como para no ser anunciado. Tatum buscó a los anfitriones, haciendo una conversación trivial mientras miraba alrededor del salón.

La sala estaba abarrotada, y una neblina de humo se arremolinaba sobre ellos desde la sala de juego y las cientos de velas. Varias puertas de la terraza estaban abiertas, tratando de refrescar a los asistentes afectados por el calor.

Vio a Howley junto a su esposa, con una mirada embelesada en su rostro, y decidió unirse a ellos. En cuanto a dónde estaba su esposa, aún no la había visto, pero estaba aquí, en alguna parte.

—Howley —llamó, acercándose al conde y su nueva condesa—. Me alegro de verte.

Howley le estrechó la mano, dándole una palmada en la espalda. El saludo de la condesa fue decididamente más frío que el de su amigo, y él sabía la razón por la que ella era cautelosa y eso le hacía honor. Millie era su hermana, después de todo.

—Veo que vuelves a socializar en sociedad. Es bueno tenerte de vuelta —afirmó Tatum, diciendo cada palabra en serio. Era donde su amigo pertenecía, con ellos, no recluido en algún lugar del East End donde nadie veía nunca a su señoría.

Howley sonrió. —Llegas tarde a la fiesta. ¿Qué te entretuvo?

—Estaba revisando algunos informes de Somerset y me retrasé. Pero ya estoy aquí.

—Y no un momento demasiado tarde. La duquesa es bastante popular esta noche y está ganando impulso mientras hablamos. Deberías reclamar su mano antes de que alguien más lo haga y te pierdas un baile —susurró Howley, señalando hacia la pista de baile.

Tatum se tragó la maldición en su lengua al ver a su esposa cómodamente entrelazada en los brazos de Lord Fox mientras la hacía girar por la pista de baile. Eso en sí mismo no era lo que le molestaba, sin embargo.

Su vestido de rica seda roja, tan oscura que brillaba casi como el ébano, era lo que hacía evaporar sus sentidos. El escote era escandalosamente bajo, los diamantes Romney hundiéndose entre sus amplios senos y manteniendo a Lord Fox completamente ocupado.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, sus pies habían comenzado a moverse hacia ellos. Ella sería su fin. Si la noche anterior no acababa con él, ciertamente esta noche lo haría.

CAPÍTULO DOCE

TATUM IGNORÓ las miradas curiosas que recibía mientras se dirigía hacia su esposa. Su risa llegaba hasta él, y su paso se aceleró. ¿Qué hacía bailando tan cerca de Fox? Por su lasciva evaluación de su esposa, el sinvergüenza estaba disfrutando cada segundo de su compañía y su vestido.

Fox tendría suerte si no terminaba de espaldas en el suelo con la nariz ensangrentada si no dejaba de mirar fijamente el pecho de su esposa.

—Duquesa —gruñó Tatum, deteniendo su baile y captando su atención.

Su esposa sonrió, tomando a Tatum por sorpresa y dejándolo sin aliento. Normalmente ella no le sonreía en absoluto. Ser el receptor de su felicidad era como bañarse en la luz del sol después de años viviendo en las sombras.

No del todo falso en su caso.

—Duque —respondió ella—. Llegas un poco temprano para nuestro baile. El cotillón aún no ha terminado.

Él sonrió, tomando su mano y girándola fuera de los brazos de Fox.

—Estoy seguro de que Lord Fox lo entenderá. Buenas noches, milord.

Fox le sonrió, consciente de que su presencia con su esposa había sido notada y no era apreciada. Tatum tomó un respiro calmante cuando Fox echó una última mirada apreciativa al pecho de Millie antes de retirarse.

Tatum continuó el baile con ella, tratando de ignorar lo maravillosa que se sentía en sus brazos y lo molesto que estaba porque ella hubiera estado en los brazos de otro.

Después de la noche anterior, se habían quedado dormidos con brazos y piernas entrelazados, solo para que él despertara en el frío amanecer con una cama vacía. Tenerla de nuevo en sus brazos le hacía desearla con renovado vigor. Algo que se había prometido a sí mismo que no haría.

No se enamoraría de su esposa. No sería uno de esos tontos que lo hacían. Nunca más permitiría que la alta sociedad tuviera tal material para burlarse de él y de sus sensibilidades.

—Estás sonrojado, Excelencia. ¿Está todo bien contigo? —preguntó ella, su tono destilando inocencia, pero él podía ver el cálculo en sus ojos marrones.

—Si estoy sonrojado, es porque Lord Fox prácticamente estaba devorando tus pechos con la mirada frente a toda la alta sociedad —examinó su vestido, o la falta de él, y apretó los dientes. Nunca había visto a una mujer lucir más hermosa, más atractiva que su esposa en este momento.

Quería arrancarle ese evocador vestido del cuerpo y mostrarle lo que los sinvergüenzas le hacían a las esposas que estaban dispuestas a una pequeña aventura.

—Debo decir que yo misma lo noté, pero no tiene importancia. No es como si estuviera casada con Lord Fox y tuviera que volver a casa con su señoría. Estoy casada contigo, y tú eres el hombre con quien vuelvo a casa cada noche; por lo tanto, no tienes nada de qué preocuparte.

Tatum la miró fijamente por un momento. Su voz ronca acentuaba sus palabras seductoras. ¿Cuándo había aprendido a hablarle así a un hombre? Seguramente no se había convertido en una sirena después de una noche en su cama.

Tatum notó quién los observaba, disgustado de que la mayoría de los invitados se hubieran interesado en su baile con su esposa.

—No creo que debas bailar con nadie más que conmigo de ahora en adelante. No queremos crear habladurías, especialmente si se llega a saber que nuestro matrimonio nos fue impuesto como lo fue.

Ella negó con la cabeza, levantando su barbilla desafiante.

—Creo que no, Excelencia. Me gusta bailar, y si llegas tarde a cualquier entretenimiento que esté disfrutando, tendrás que aprender a vivir con el hecho de que mis pies calzados bailen por el salón de baile con alguien más.

—¿Disfrutas bailando con otros hombres? —preguntó acusadoramente. Odiaba que su pasado hiciera surgir el demonio celoso dentro de él. No le importaba si ella bailaba con otros hombres. Su duquesa podía hacer lo que quisiera.

Tragó la bilis que subió a su garganta, conjurada por ese pensamiento.

—Tanto como tú disfrutas bailando con otras mujeres —lo miró a los ojos y lo clavó con una mirada fría.

—No quiero que bailes con Lord Fox de nuevo. Te miraba como si quisiera inclinarte sobre la silla más cercana y hacerte suya. O comerte de cena.

Ella frunció los labios, señalando un sofá cercano donde varias matronas estaban sentadas observando a sus protegidos.

—¿Como ese asiento, Excelencia? —mencionó, estudiándolo—. ¿Crees que disfrutaría ser inclinada sobre la silla como sugieres? Incluso si fuera Lord Fox quien me hiciera tal cosa.

Él luchó por controlar su temperamento. Quería golpear a Lord Fox hasta dejarlo hecho papilla, aunque el sinvergüenza no estuviera involucrado en su conversación.

—Si alguien va a inclinarte sobre algo, será tu esposo, Duquesa —le advirtió. El temblor en su voz debería advertirle que no toleraría que lo hicieran quedar como un tonto de nuevo.

Ella levantó su mano, apoyándola en su mejilla.

—Oh, Romney, deberías cuidarte, querido, o la gente empezará a pensar que estás celoso y

que te importa.

Él se estremeció, no quería que le importara, pero tampoco quería quedar como un tonto. Eran dos cuestiones completamente diferentes.

—Eres mi esposa, no la de nadie más. No tiene nada que ver con que me importe o esté celoso. No toleraré que mi esposa me engañe.

Ella apartó la mirada de él, con la boca en una línea terca.

—Y sin embargo tú tenías una amante y puede que tomes otra. Y se supone que debo aceptar eso como mi destino en la vida —rio, un sonido lejos de estar divertido—. Creo que no, esposo.

—No tengo una ahora —explicó de nuevo—. Eso es lo importante.

—Si quieres que sea fiel, Tatum, entonces tú también debes serlo. Lo que es bueno para ti también es bueno para mí. Todo vale en el amor y en la guerra, como dicen —dijo, saliendo de su abrazo y dirigiéndose con paso majestuoso hacia un lado de la sala.

Tatum la observaba y podía sentir cientos de pares de ojos siguiendo su interacción con su esposa. No le importaba cómo se vieran, ni permitiría que la conversación terminara de esa manera. Ella tenía que aceptar y entender que el matrimonio era diferente para los hombres que para las mujeres. Él ya había sido abandonado una vez, había amado y perdido, y se protegería a toda costa. Incluso si eso significaba parecer el mayor imbécil contradictorio que hubiera vivido en Inglaterra.

Millie huyó del salón de baile. Podía sentir cómo perdía el control de su temperamento con cada palabra que intercambiaba con Tatum. ¿Cómo se atrevía a pensar que podía hacer lo que quisiera solo por ser hombre?

¿Cuán injusta era la vida de una mujer para ser considerada inferior a un hombre simplemente porque su sexo era diferente al de ellos?

Sacudió la cabeza, aflojando sus manos enguantadas mientras respiraba profundamente. Caminó por un pasillo oscuro y entró en una habitación vacía. El fuego se había consumido hacía tiempo y solo quedaban unas pocas brasas rojas para calentar la estancia. Se dejó caer en un sillón orejero cercano, pensando en su plan para poner a su marido tan celoso que solo pudiera pensar en ella. Lo que había estado haciendo antes de que él interrumpiera su baile con Lord Fox.

Al menos sabía que su plan había funcionado hasta ahora, aunque él la sacara de quicio por comportarse como un neandertal.

Sus opiniones odiosas serían difíciles de tragar o tolerar. ¿Cómo iba a mantener la calma con él cuando hablaba con tan poco respeto hacia el sexo femenino y sus derechos?

—Nuestra conversación no ha terminado, Millie —dijo el duque desde la puerta, cerrándola de golpe tras ellos.

Ella se puso de pie, con las manos en las caderas. —No permitiré que tú ni nadie me diga con quién puedo y no puedo bailar. Está fuera de mi control si los caballeros con los que bailo o converso admiran mi cuerpo. —Se dejó caer de nuevo en el sillón—. Y de todos modos, me

gusta recibir un cumplido de vez en cuando. Son agradables de escuchar, ¿sabes? —dijo.

Él se pasó una mano por el pelo, dejándolo de punta. —No me presiones en esto, Millie. No toleraré que mi esposa se acueste con otro hombre. No reclamaré ningún hijo que no sea mío, sin importar cuán ruinoso pueda ser eso para ambos.

El calor besó sus mejillas, y ella lo miró fijamente, preguntándose quién creía que era. Por la forma en que hablaba, no podía evitar pensar que la consideraba la peor ramera de Londres. —Tengo necesidades, esposo. Necesidades que después de anoche has despertado. Si no deseas que busque consuelo y satisfacción en otra parte, entonces sabes lo que debes hacer. —Millie lo observó y se mordió la lengua para evitar que una sonrisa burlona se dibujara en sus labios. Para ganar su corazón, para penetrar su fría coraza externa, tenía que hacer algo, y en este momento, lo más cerca que podía estar de él era compartiendo su cama. Y haría cualquier cosa, incluso provocarlo hasta llegar a una discusión, para conseguir lo que quería.

Su corazón.

Él tragó saliva, pensando en sus palabras por un momento antes de empezar a desabrocharse los pantalones. Su gran y duro miembro se deslizó en su mano, y comenzó a acariciarse frente a ella.

—Inclínate sobre el sillón, Millie. Ahora —ordenó.

Millie se quedó boquiabierta. —¿Habláis en serio, Excelencia? —preguntó, sin haberlo visto nunca tan descompuesto.

El hambre en sus ojos y la ira hicieron que la expectación vibrara a través de ella. Sus rodillas temblaron y se agarró al respaldo del sillón para sostenerse, inclinándose como él le había indicado. —¿Así? —suspiró, jadeando cuando él se acercó por detrás, presionando contra su vestido con su miembro.

—Sí, así es perfecto.

CAPÍTULO TRECE

TATUM NO ESTABA seguro de qué se había apoderado de él, pero sabía que tenía que poseerla. Probarse a sí mismo, si no a nadie más, que ella era suya y de nadie más.

Se provocó a sí mismo, empujando contra sus faldas de seda, deleitándose con el jadeo sorprendido de su esposa.

Ella se impulsó hacia atrás sobre su miembro, buscándolo tanto como él la deseaba a ella.

—Te deseo —susurró ella, y el perfil de su hermoso rostro era todo lo que él podía ver mientras se inclinaba ante él.

Tatum acarició su miembro, duro y listo. Levantó las faldas de ella hasta amontonarlas en su cintura. Podía verla toda en esta posición. Su sexo brillaba de necesidad, y no pasó por alto cómo sus muslos se juntaban de deseo, mostrándole cuánto lo necesitaba. Y lo tendría.

Todo de él.

Cada centímetro.

Se inclinó sobre ella, su miembro deslizándose a lo largo de sus pliegues calientes. Le apretó el trasero con la mano. —Dime que solo conmigo estarás así. Dime que nadie te hará llegar como yo lo hago.

Ella se meció contra él, estirando la mano hacia atrás para agarrar su nuca. Giró la cabeza, sus labios a un suspiro de los de él.

—Solo te deseo a ti —exhaló—. Siempre solo a ti.

Sus palabras lo llevaron más allá de su punto de control, y empujó dentro de su calor, enterrándose hasta la empuñadura.

—Tatum —gimió ella, sus dedos clavándose en su cuello—. Otra vez —suplicó.

Estaba caliente y apretada, su mente luchaba por mantener el control, por no perderse, por no terminar antes de que ella alcanzara su satisfacción.

Le acarició el monte de Venus, y ella gimió, abriendo las piernas y permitiéndole tocarla. Estaba dispuesta y apasionada. Nunca había tenido una amante como ella.

—Me deseas —susurró él, mordiendo el lóbulo de la oreja antes de chuparlo—. Quieres que te folle, ¿no es así, Duquesa?

Ella asintió, soltando un jadeo sorprendido cuando él embistió por tercera vez.

—Sí —respondió—. Quiero que me folles.

Tatum le dio todo lo que tenía. La sostuvo contra la silla y reclamó su cuerpo. Ella goteaba en su mano, su dedo provocando su hinchado botón mientras su miembro la llenaba desde atrás.

Ella murmuraba palabras que él no podía descifrar, pero sabía lo que quería decir y no podía negarse.

—Sí. Oh Dios, sí —gimió ella—. No pares. Estoy tan cerca.

Tatum hizo lo que le pedía. Sus testículos se tensaron, y el sudor se acumuló en su frente. Él también estaba cerca, podía sentir su liberación en lo profundo de sus entrañas, pero se contuvo. Quería que ella llegara primero.

Y entonces lo hizo. Se convulsionó alrededor de su miembro, arrastrando su propia liberación junto con la de ella.

—Millie —gruñó, sus rodillas amenazando con ceder ante el placer que ella provocaba en sus brazos. Se derramó dentro de ella, sin pensar en lo que eso podría significar. Todo lo que quería era unirse a ella en esta danza placentera en la que ambos participaban.

Ella se desplomó sobre el sofá, su trasero en el aire como una fruta madura. Tatum se deslizó fuera, arrodillándose, y lamió su sexo desde atrás. Ella sabía a semen, el de él y el de ella. Separó sus labios, acariciando su sexo con la lengua.

Ella se estremeció y gimió su nombre, y él supo que estaba al borde de otro orgasmo.

Sopló sobre su sexo y observó cómo se le ponía la piel de gallina en las piernas. —¿Estás segura de que solo yo te veré así? —preguntó de nuevo.

La oyó gemir. —Sí, ahora no pares. Por favor, Tatum —le suplicó.

La satisfacción lo recorrió, y la besó de nuevo, se movió para chupar su botón y gimió cuando ella se corrió en su cara, cabalgándolo sin vergüenza, sin importarle dónde estaban mientras alcanzaba el éxtasis que buscaba.

—Tatum —suspiró.

Él se puso de pie, bajando su vestido por sus piernas y ayudándola a levantarse. Ella lo miraba, sus ojos vidriosos de satisfacción. Él sonrió, contento de haber podido satisfacerla completamente.

—¿Disfrutaste nuestra charla, Duquesa? —preguntó, estirándose para sujetar un rizo suelto que se había escapado de su peinado.

—Sí, y espero tener más —dijo ella, inclinándose para besarle rápidamente antes de pasar junto a él y salir de la habitación.

Él la vio irse, dejándose caer en el sofá que acababan de usar, arreglando su atuendo mientras recuperaba el equilibrio.

Pasaría algún tiempo antes de que estuviera presentable para la sociedad.

Millie se despertó a la mañana siguiente, estirándose en su gran cama, su cuerpo un poco dolorido pero satisfecho después de sus encuentros con el duque la noche anterior.

Él había estado tan enojado con ella, celoso si ella juzgaba bien su carácter, cuando la había

visto con Lord Fox. Pero lo que le había hecho después de su discusión la dejaba ahora anhelando más.

¿Qué le pasaba que no podía tener suficiente de él? Él había comenzado a invadir sus sueños y pensamientos en cada momento.

Y si pudiera ponerlo celoso de nuevo, ¿cuál sería su reacción la próxima vez?

Anoche, después de que hubieran estado juntos sobre el sofá, no esperaba que él se arrodillara detrás de ella y la lamiera hasta llevarla al orgasmo por segunda vez. Cuán sucia y perversa era su boca.

Cuánto adoraba todo lo que él le otorgaba.

Oyó la puerta del dormitorio de su marido cerrarse y el sonido de agua salpicando, y supo que estaba tomando su baño matutino.

Se sentó en la cama. ¿Era lo suficientemente valiente como para unirse a él? ¿La recibiría bien?

Millie se quitó el camisón, dejándolo sobre la cama, y se dirigió a la puerta que conectaba sus habitaciones. Los nervios se acumularon en su estómago. No se habían vuelto a ver la noche anterior, ni ella había presionado más sus puntos sensibles en el baile respecto a otros hombres, habiendo decidido abstenerse de bailar más. Por esa noche, al menos.

No había hecho nada para ponerlo celoso esta mañana, lo suficiente como para que quisiera reclamarla. Pero eso no significaba que no la deseara ahora. Ella ciertamente anhelaba su toque, cada vez más cada vez que probaba su delicioso cuerpo.

Tomando un aliento fortificante, abrió la puerta, deslizándose en su vestidor. Su cuarto de baño estaba justo más allá, y ella cerró el espacio entre ellos. Se asomó por la puerta y notó que estaba solo.

Sé audaz, Millie. Él te tendrá de nuevo. Solo espera y verás.

Entró en su cuarto de baño, apoyándose casualmente contra el marco de la puerta.

—Buenos días, esposo —arrulló.

Él levantó la mirada, sus ojos oscureciéndose de deseo, y ella suspiró con un pequeño alivio al ver que apreciaba su esfuerzo.

—Duquesa —gruñó—. ¿Quieres bañarte esta mañana?

Tan calmada y serena como pudo, se acercó a la bañera, sumergiendo su dedo en el agua para comprobar la temperatura. Estaba más caliente de lo que pensaba y olía a jazmín.

—Si tienes espacio para una más, creo que sí —dijo.

La perversidad se apoderó de sus facciones mientras estiraba las piernas en la bañera.

—Ven y siéntate en mi regazo, y te lavaré —sugirió.

Millie no necesitó otro momento fuera de la bañera. Entró en el agua, a horcajadas sobre las piernas de Tatum y posicionándose contra su sexo. Ya estaba duro, presionando contra su monte de Venus, y ella gimió, deseándolo con una necesidad aterradora.

Podían discutir y estar en desacuerdo sobre muchas cosas, pero en esto, en la unión de sus

cuerpos, estaban en total armonía.

Él alzó la mano, apartándole el cabello de la cara.

—Parece que no puedo saciarme de ti, Duquesa —admitió.

Sus palabras llenaron su corazón de esperanza. Seducirlo, hacer que sintiera algo por ella, aunque fuera por medios sexuales, esperaba que llegara a su corazón. Que la amara, que solo la deseara a ella. Sabía que podía ser suficiente para él si tan solo lo permitiera.

Solo tenía que confiar en ella. Confiar en ella, pero por alguna razón, entregarse por completo a otra persona no era una elección fácil.

¿Por qué, sin embargo? Esa era una pregunta para otro día.

Ella le sonrió.

—Bueno, entonces, eso me hace feliz, porque yo tampoco puedo saciarme de ti. Tú y tus malvadas formas me han dejado deseando más, y me he convertido en una libertina.

Él gruñó, atrayéndola para besarla. Su lengua se enredó con la de ella, y sus cuerpos se deslizaron uno contra el otro, sus pechos presionando contra su duro torso.

Millie se agarró a la bañera detrás de él, posicionándose sobre su miembro y bajando sobre él. Gimieron mientras ella se empalaba lentamente en su falo.

Él deslizó una mano por su espalda, agarrando su trasero y ayudándola a cabalgarlo.

En el agua cálida y fragante, su cabeza daba vueltas mientras su boca, caliente y exigente, tomaba la suya. Su miembro engrosado la llenaba, y ya podía sentirse al borde del clímax. ¿Cómo podía pensar que ella querría esto de alguien más que no fuera él? La noción era absurda.

Rompió el beso.

—Fóllame, Millie —dijo, recostándose para verla cabalgarlo.

Millie se sentó más erguida sobre su miembro, observándolo observarla mientras se movía sobre su hombría. Tan duro y largo, provocando y tentando su sexo con cada embestida.

Agarró sus pechos, rodando sus pezones entre sus dedos.

—Dios mío —gimió él. Su miembro se endureció aún más, y ella gimió—. Vas a matarme —respiró.

Ella se rió, esperando no llegar tan lejos.

—No más de lo que tú vas a hacer que te desee cada momento de cada día.

Su mano se deslizó bajo el agua, y él frotó su pulgar contra la parte sensible de su sexo.

—Llega antes que yo. Te lo ruego —dijo.

El sonido de su voz, su toque, la empujaron al precipicio, y ella cayó en una gratificación desenfadada. Olas de éxtasis recorrieron su cuerpo, y cabalgó a Tatum, saciándose, disfrutando cada último momento de su gozo. El agua salpicaba por los lados de la bañera, pero no le importaba. Todo lo que le importaba era complacer al hombre frente a ella y a sí misma en este perverso juego que jugaban.

Un juego que ella tenía la intención de ganar a toda costa.

CAPÍTULO CATORCE

MÁS TARDE ESA MAÑANA, Millie caminaba por Bond Street con Paris, sus doncellas siguiéndolas por detrás junto con dos lacayos encargados de llevar sus compras a los dos carruajes que habían traído consigo en su expedición de compras.

Millie jugueteaba con los nuevos guantes de cabritilla que había elegido ponerse, una compra de la semana pasada, su mente muy lejos de la ocupación con su amiga.

En cambio, todo lo que podía pensar era en su tiempo con el duque. Sus íntimas uniones se habían convertido en algo incomparable a todo lo que jamás había imaginado.

¿Quién sabía que los hombres y las mujeres podían disfrutarse tanto mutuamente? Ella ciertamente no tenía idea. Su estómago revoloteaba al recordar su baño de esta mañana. Cómo no podía esperar para unirse a él de nuevo o tal vez la próxima vez él se uniría a ella.

Llegaron a su carruaje, y su cochero abrió la puerta, ayudándolas a subir. Millie sonrió a Paris mientras acomodaban sus faldas, su amiga esperando a que se cerrara la puerta antes de pronunciar una palabra.

—Esto es todo. No puedo permanecer callada ni un momento más. Debes contarme qué está pasando entre tú y el duque. En el desayuno de esta mañana, no podía dejar de mirarte y la forma en que te miraba... —Paris agitó su abanico frente a su rostro—. Bueno, me sorprende que no te hayas incendiado.

Millie sonrió y sabía que parecía el gato que saltó a un cuenco de crema.

—Consumamos el matrimonio de nuevo —dijo.

Paris se rió, sacudiendo la cabeza.

—No se puede consumir un matrimonio más de una vez, pero entiendo lo que estás tratando de decir, y me alegro por ti.

—Gracias —respondió ella—. Cuando estamos a solas así, me siento tan cerca del duque. Tengo la esperanza de que al hacerlo apasionarse por mí, abrirá su corazón y se enamorará de mí.

Paris extendió la mano, apretando la suya un momento.

—Estoy segura de que lo hará, porque ¿cómo podría no enamorarse de ti? Eres encantadora, amable y apasionada. Todo lo que un caballero como el duque desearía en una esposa.

—Excepto que él nunca quiso una esposa. Pero espero que pronto se reconcilie con el hecho

de que estoy aquí para quedarme y que no soy tan mala después de todo. Que soy, de hecho, toda una joya. —Millie se rió de sus palabras, mirando por la ventana para ver cómo pasaban Hyde Park a su derecha.

—El baile de tu hermana es esta noche. ¿Sabes si el duque asistirá?

—Creo que sí. No ha dicho que no lo hará, y ella es familia ahora, después de todo. Sería de mala forma si no asistiera.

—¿Y continuarás con tu plan esta noche también, Duquesa? —le preguntó Paris.

La emoción hizo que su corazón latiera rápido. Pensar en ellos escabulléndose y estando a solas hacía que quisiera que las horas pasaran rápidamente para poder seducirlo de nuevo.

—Por supuesto. Me aseguraré de que mi tarjeta de baile esté llena y de estar más que ocupada en caso de que él no asista. Pero estoy segura de que lo hará, y con suerte, el duque nuevamente no apreciará que su esposa esté del brazo de ningún otro caballero más que él y pronto pondrá fin a que cualquier otro salga conmigo.

—Me gusta tu plan, y si hay algo que pueda hacer para ayudar, déjame ser de asistencia. No deseo nada más que ver a mi amiga feliz y contenta en su matrimonio.

—Yo también —respondió Millie—. Voy a usar el vestido de muselina azul con el bordado de cinta plateada esta noche. El duque me dejó un collar de zafiros y unos pendientes en mi habitación. Creo que quedarán muy bien juntos.

—¿Muy bien? —declaró Paris—. Se verán magníficos.

Para gran decepción de Millie, no vio al duque a su llegada a casa ni durante el resto de la tarde.

—Thomas —preguntó, entregando su pelliza a un lacayo—. ¿Está el duque en su estudio? Deseo hablar con él.

El mayordomo negó con la cabeza.

—No, Su Gracia. Quería que le informara que está pasando el día en su club y no cenará en casa esta noche.

—Gracias —dijo ella, reprimiendo su desánimo al saber que no lo vería antes de partir para el baile. Aun así, se bañó y se vistió para la noche. Se aseguró de que su doncella le peinara el cabello con el último peinado de moda y entrelazó diamantes en todo el diseño.

Debía hacer un esfuerzo para llegar como la duquesa que era al baile de su hermana, incluso si su esposo no asistía. Paris, siempre a su lado, la acompañó a la residencia londinense de Derby más tarde esa noche, y ambas saludaron a Derby y Hailey con un beso y un rápido abrazo.

—Estoy tan contenta de que estés aquí, querida. Quiero hablar contigo pronto, así que no desaparezcas antes de que tenga la oportunidad de ponerme al día contigo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi —dijo Hailey.

Millie no podía estar más de acuerdo.

—Te buscaré si no me encuentras pronto. Lo prometo —dijo, dirigiéndose al salón de baile.

Tan pronto como entró en la gran sala rectangular, se vio rodeada de caballeros admiradores

que pedían su tarjeta de baile.

Extendió su brazo, permitiéndoles a cada uno escribir sus nombres para los diferentes conjuntos, complacida de ver que Paris también tenía una multitud de hombres buscando su mano.

—Ven, hay un lacayo que tiene vino. Vamos a perseguirlo —dijo Millie, enlazando su brazo con el de Paris mientras se adentraban en la sala.

Consiguieron su vino, observando cómo llegaban los numerosos invitados antes de que comenzaran a sonar las primeras notas de un baile campestre.

Lord Jessop reclamó la mano de Millie y la escoltó a la pista. Era un caballero llamativo con un carácter agradable, aunque un poco evasivo. En otro momento podría haberlo mirado con favor, pero ya no. Ahora que estaba casada y había estado con su esposo, todos los demás hombres parecían palidecer en comparación.

Solo esperaba que las mujeres también palidieran a los ojos del duque.

—Debo ofrecerle mis felicitaciones, Su Gracia, pero tal vez condolencias a todos los demás ya que no tendremos el placer de cortejarla esta Temporada.

Millie se rió de sus palabras, insegura de cómo debería responder a tal declaración.

—Me halaga, Lord Jessop. Pero, habiendo estado aquí unos minutos ya, puedo ver muchas jóvenes damas que son más que adecuadas para aquellos que aún buscan una compañera de vida. Estoy segura de que no estará desconsolado por mucho tiempo —dijo.

Sonrió, con los ojos brillando de picardía. —Pero no quiero a ninguna de las otras debutantes aquí esta noche, ni en ningún otro lugar de Londres. Mis intereses están justo frente a mí.

Millie tragó saliva. Nunca antes un hombre le había hablado de manera tan directa, nadie excepto Tatum. Pero ella estaba casada, los caballeros sabían ese hecho, ¿por qué razón le hablaría así?

A menos que...

El calor floreció en sus mejillas, y alzó la barbilla, encontrando su mirada. —Bueno, entonces, sospecho que se sentirá decepcionado con el baile, milord. Porque mis intereses no están frente a mí —dijo, entrecerrando los ojos mientras esperaba ver cómo respondería.

Él echó la cabeza hacia atrás, su risa resonando fuerte por toda la sala. —Romney eligió bien, ¿no es así? Pero entonces, ¿él la eligió a usted, Duquesa, o fue usted capaz de conseguir una corona ducal por medios poco honrosos? Un pajarito me dice que pudo haber sido lo segundo.

Millie luchó por mantener la compostura ante las palabras de su señoría. ¿Alguien de la fiesta en la casa había contado la verdad sobre su matrimonio con el duque a los de Londres? ¿Lady Beaufort, a quien aún no había visto presente en el baile, había estado chismorreando sobre ellos como sospechaba que haría?

La risa en los ojos de Lord Jessop le dijo que así era.

—El pajarito que canta en su oído debería saber que no es bueno chismorrear. No me rebajaré a responder a tal afirmación —dijo ella, con tono gélido.

Él chasqueó la lengua. —Vamos, señorita Woodville. Oh —jadeó—. Le ruego me perdone. Su Gracia —corrigió—. Pero yo nunca chismorreó. Solo digo la verdad, lo cual estoy seguro de que usted también hace.

—Por supuesto —respondió ella. ¿Se estaba burlando de ella? ¿Cuándo terminaría este baile? Quería estar lo más lejos posible de este hombre odioso tan pronto como pudiera.

—¿Qué importa cómo llegó a casarse con el duque? Ahora tiene su mano y es la flamante Duquesa de Romney. Sin embargo, es una lástima para nosotros, los simples lores. No puedo robársela si ya está casada.

Millie no podía entender sus palabras, ni quería hacerlo.

—No podría robarme, casada o no, milord. Robar a alguien en tales circunstancias significaría que una de las partes querría ser capturada, y yo no quiero ser capturada por usted. Si planea continuar acosándome y acusándome de cosas que no entiendo, no deseo continuar este baile.

Sus ojos se ensancharon, y asintió muy levemente. —Lo entiendo perfectamente, Su Gracia. No pretendía causar daño ni faltarle al respeto.

Ella se burló justo cuando el baile llegaba a su fin. —De alguna manera, creo que ahora está siendo poco sincero, milord. —No se molestó en hacer una reverencia. En su lugar, se dio la vuelta y lo dejó en la pista de baile, segura de que era más que capaz de encontrar su camino hacia un lado.

Se unió a su hermana Julia, que estaba hablando con Paris.

—Lord Jessop no parece complacido de que lo hayas dejado en la pista de baile —mencionó Julia—. ¿Está todo bien, querida? —le preguntó.

Millie asintió, respirando profundamente para calmar su corazón acelerado. —Insinuó que el duque y yo nos casamos debido a un escándalo. Creo que las personas de la fiesta en la casa de Ashley están hablando y dejando que la sociedad sepa lo que sucedió en Surrey.

Paris jadeó, y Julia miró hacia donde Lord Jessop había estado por última vez. —No te preocupes, Millie. Ahora estás casada, eres una duquesa. Pocos se atreverían a menospreciarte por cómo se dio tu matrimonio.

—Pero ¿por qué lo mencionaría? Parece muy extraño, ¿no crees? —dijo ella.

—Tal vez esté celoso —intervino Paris.

Millie negó con la cabeza, no estaba segura de que ese fuera el caso. —Creo que quiere causar problemas más que cualquier otra cosa, pero supongo que pronto veremos qué chismes se extienden por Londres. Entonces lo sabremos —dijo, deseando que Tatum estuviera aquí. Él sabría cómo lidiar con Lord Jessop y cómo calmar sus nervios por ser el último tema de conversación.

CAPÍTULO QUINCE

TATUM SE ENTRETUVO en White's todo lo que pudo. Había cenado con un viejo amigo e incluso había ido al garito de Howley para pasar el tiempo. Cualquiera cosa antes que asistir al baile de su recién nombrado cuñado y ver a su esposa de nuevo.

Una esposa con la que se había obsesionado cada vez más.

Su carruaje traqueteaba por las calles empedradas del East End hacia Mayfair. Su intento de posponer lo inevitable se había extinguido hacía mucho. Tenía que hacer acto de presencia y cumplir con su parte en la familia de la que ahora formaba parte.

Una familia muy poderosa, además. Aunque las hermanas Woodville tenían orígenes en la pequeña nobleza, ahora estaban en la cúspide de la sociedad, y su matrimonio las había ayudado a afianzar aún más ese privilegio.

Había querido mantenerse alejado de ella hoy. Parecía que cada vez que estaba cerca de ella, perdía el control de su discreción masculina y tenía que poseerla en cualquier oportunidad que se le presentara.

Lo cual, por el entusiasmo de ella, parecía ocurrir con bastante frecuencia.

¿Qué haría con este caos? No habían estado en buenos términos cuando se casaron. Apenas habían hablado antes de pronunciar sus votos, y sin embargo ahora, todo lo que quería era estar cerca de ella, hablar con ella, besar sus malditos dulces labios.

No me enamoraré de mi esposa.

Tatum repetía el mantra en su mente, esperando que su corazón y su cabeza siguieran la misma regla. Pero algo le decía que no lo harían. Lo que fuera que hubiera esperado de su matrimonio era diferente de lo que había obtenido.

Tener a Millie bajo su techo era agradable, no un aburrimiento. Era apasionada, con opiniones propias y llena de vida, todas las cosas que habían faltado en su vida.

Y era suya. Su esposa y duquesa.

Su recién descubierta amistad, si es que podía llamarla así, le convenía, siempre y cuando ella no pidiera más. Esperaba que no lo hiciera, porque la decepcionaría.

Amar y perder de nuevo no era algo que deseara hacer. Ser engañado por segunda vez, ridiculizado y objeto de burlas, era algo insoportable.

Llegó bastante después de la medianoche y se perdió la cena. El baile estaba en pleno apogeo, la gente alegre por el exceso de vino y frivolidad. Tatum se quedó cerca de las puertas del salón de baile, escudriñando el mar de cabezas, tratando de encontrar a su esposa.

No se la veía por ninguna parte, y sintió un nudo en el estómago. Tal vez ya se había ido, y él había llegado demasiado tarde para compartir al menos un baile con ella.

Sus pasos vacilaron al ver a Lord Jessop antes de dirigirse hacia él. —¿Qué hace usted aquí? —le exigió a su señoría, esperando que el bribón se girara para dirigirse a él.

Al hacerlo, la persona que estaba detrás de él quedó a la vista, y Tatum sintió que la sangre se le iba de la cabeza. Luchó por mantener la compostura, por no ceder ante la ira hirviente que Lord Jessop y la esposa de su difunto primo le provocaban.

—Romney, querido —ronroneó Eleanor, su ex prometida y ahora Lady Sinclair, usando una sonrisa seductora que antes le habría cautivado como un encanto. Pero ya no. Ahora veía a través del velo de engaño que ella llevaba como una corona—. Esperaba que vinieras, pero Jessop no estaba seguro de que lo harías. Me alegro tanto de verte de nuevo.

Él parpadeó, inmune a sus encantos. —No entiendo por qué querría que yo asistiera, milady. No somos amigos, no lo hemos sido durante muchos años.

—Ocho, para ser exactos —dijo ella, haciendo un puchero—. No sigues enfadado conmigo, ¿verdad, Romney? Me disgustaría terriblemente si así fuera.

Lord Jessop se rio y trató de disimular su diversión con una tos. —Supongo que estás aquí para recoger a tu nueva esposa. Qué encantadora es, la nueva duquesa, y una muy buena bailarina también.

Tatum apretó los dientes, odiando la idea de Millie en los brazos de este bastardo o siquiera cerca de estos dos buitres. —Manténganse alejados de mi esposa, los dos. ¿Me han entendido? —advirtió, con un tono que no admitía discusión.

Lord Jessop levantó las manos en señal de conformidad. —Vamos, Excelencia. No hay necesidad de que sea tan protector con ella. No pretendemos hacerle daño.

Tatum no se lo creía en absoluto. Jessop era un bastardo traicionero que sabía todo el tiempo que Eleanor le estaba tomando el pelo. Le debía dinero al futuro marido de Eleanor, Lord Sinclair, y por lo tanto, también su lealtad.

Estudió a Eleanor, tan diferente de la mujer que lo había dejado plantado ante todos sus amigos y familiares ocho años atrás, esperándola como un idiota cuando en realidad estaba a kilómetros de distancia casándose con Lord Sinclair.

Eleanor se acercó a él, bebiendo su vino. —¿Le has contado a la duquesa sobre nuestro pasado? ¿Cómo estuvimos comprometidos una vez?

Él entrecerró los ojos, detestándola más de lo que jamás creyó posible. Cómo pudo haber amado alguna vez a la víbora que tenía delante, nunca lo entendería. ¿Cómo no había visto a través de sus mentiras? —¿Por qué habría de hablarle de usted? Usted demostró ser menos que digna de mi interés o mis pensamientos. No se engañe, Lady Sinclair.

Ella le hizo un puchero, y él pasó de largo, sin estar seguro de qué había visto alguna vez en esa mujer. Pensar que casi se casa con ella cuando estaba embarazada todo el tiempo del hijo de otro hombre.

Nunca más caería en tales trucos. Su hermano, felizmente casado, podría continuar con el apellido familiar. Él mantendría a Millie feliz, solo ellos dos.

Millie no se parecía en nada a Lady Sinclair, se recordó a sí mismo.

Excepto por el hecho de que ha declarado, y no hace mucho, que te odiaba. Que no quería casarse contigo...

Paseó la mirada por la multitud de invitados, sin ver rastro de su esposa. Notando que las puertas de la terraza estaban abiertas de par en par para la velada, salió a la terraza y la encontró.

Sola, con Lord Astoridge.

Y su determinación de mantenerla fuera de su corazón creció.

Lord Astoridge había mantenido entretenida a Millie mientras Paris bailaba con Lord Flowers, aunque su amiga no quería dejarlos solos. Parecía bastante encantada con su señoría, pero el reel escocés era solo un baile corto, y Millie sabía que no tardaría mucho.

—¿La señorita Smith viene de Grafton como usted, Su Gracia? ¿Tiene mucha familia allí? —preguntó Lord Astoridge, con los ojos fijos en las ventanas de la terraza, que les ofrecían una buena vista de la pista de baile y de Paris cada vez que pasaba frente a ellos durante su vuelta por el salón.

—Es hija única. Sus padres residen en las afueras del pueblo. Somos amigas desde la infancia y la aprecio muchísimo.

Lord Astoridge asintió, asimilando todo lo que ella decía. —Debo admitir que he empezado a pensar que hay agua mágica en su pequeño pueblo, Su Gracia. Todas las personas que he conocido hasta ahora parecen ser muy hermosas y de naturaleza agradable, sin duda.

Millie le sonrió. Paris estaría extasiada cuando oyera lo que su señoría estaba diciendo, lo cual Millie sabía que significaba más para su amiga que para ella misma.

¿Querría cortejar a Paris? Tendría que preguntarle a Tatum si sería una buena pareja para su amiga y no algún sinvergüenza que le rompiera el corazón.

Un brazo se deslizó alrededor de su cintura y ella se quedó quieta antes de que unos labios frescos le besaran la mejilla. —Duquesa, disculpas por mi tardanza —dijo Tatum, apartándola un poco de Lord Astoridge.

Su señoría hizo una reverencia a modo de saludo. —Su Gracia, es un placer verle. Su encantadora esposa me estaba hablando de su hogar justo ahora.

Tatum alzó una ceja, estrechando los ojos hacia Lord Astoridge. —Ah, le ha hablado de su hogar. Qué deleite para usted —dijo—. A mí no me ha dicho ni una palabra al respecto.

Millie frunció el ceño a Tatum. ¿Qué le pasaba al hombre para ser tan grosero? Soltó una risita, tratando de cubrir el incómodo silencio que siguió. —No bromees, Su Gracia. Hemos hablado de Grafton muchas veces —mintió. Ahora que lo mencionaba, se preguntaba por qué no

habían hablado de dónde venía ella.

Supuso que era porque su matrimonio no se había formado por amistad y por conocerse mutuamente, sino por escándalo.

Su error.

—La señorita Smith está bailando en este momento, y Lord Astoridge me preguntó sobre nuestro pueblo —declaró Millie—. La señorita Smith volverá pronto y disfrutará elaborando sobre Grafton mucho más que yo, pues yo vivía en una granja un poco alejada del pueblo mismo.

—Tendré que preguntarle —dijo su señoría—. Si me disculpan, iré a ver si puedo bailar con la señorita Smith.

Millie esperó a que su señoría estuviera fuera del alcance del oído antes de volverse hacia Tatum. —¿A qué vino eso? ¿Por qué fuiste tan grosero con su señoría?

—Porque estaba tratando de buscar tus favores, y no lo toleraré.

—¿Mis favores? —Se rio—. No seas absurdo, Tatum. Él está interesado en Paris, no en mí. Yo solo era el medio por el cual obtenía información hasta que ella regresara.

Tatum resopló, y ella se soltó de su agarre. —Deja de actuar como un imbécil celoso. Esto está por debajo de ti, y me ofendes al acusarme de coquetear con otros hombres a tus espaldas.

—Espero que no me estés tomando por tonto. Cada vez que llego a un baile, o estás bailando con algún hombre o estás en una terraza oscura en profunda conversación. No seré objeto de burla, Millie.

—Y yo no seré acusada de cosas que no estoy haciendo —espetó ella, girando sobre sus talones y marchándose.

Él la vio irse, maldiciendo en voz baja antes de seguirla.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LA ALCANZÓ, tomándola del brazo y guiándola hacia la salida.

—¿Adónde me llevas? —exigió ella—. No estoy lista para irme del baile.

Tatum no estaba seguro de qué le había pasado, por qué se sentía tan incómodo al verla hablar con el sexo opuesto, pero así era. Supuso que podía culpar a su incapacidad para confiar en las mujeres por su desastrosa boda fallida, aunque no sufriría el mismo destino de nuevo, ya que al menos Millie era su esposa.

Pero eso no significaba que ella fuera fiel. Nunca había encontrado que las mujeres lo fueran, incluso cuando había entregado su corazón. Había amado y aun así perdido, y eso lo dejó con poca esperanza para el futuro.

—Su Excelencia, ¿me permite presentarme?

Tatum se estremeció al oír la voz que los llamó antes de que pudiera escoltar a Millie fuera del salón de baile. Maldita sea. ¿Podría esta noche empeorar?

Su esposa se volvió para ver quién los llamaba y se detuvo para saludar a la inoportuna invitada.

Tatum fulminó con la mirada a Eleanor y a Lord Jessop, quien observaba a Millie con una lascivia que no apreciaba. Si el hombre no dejaba de actuar como una sanguijuela, se arrepentiría de sus decisiones antes de que terminara la noche.

—Lady Sinclair, Lord Jessop, con quien creo que ya están familiarizados, permítanme presentarles a mi esposa, Su Excelencia, la Duquesa de Romney.

Para su crédito, Lady Sinclair hizo una reverencia, por superficial que fuera, a su esposa.

Millie sonrió, sin saber con quién estaba hablando. La culpa lo pinchó por no haberle contado sobre Eleanor o lo que había sucedido entre ellos. Otra transgresión en su pasado que su duquesa tendría que cargar. Cristo, era un bastardo que seguía permitiendo que su miembro lo desviara.

Ahora se avergonzaba de lo que había sentido por una mujer incapaz de emociones. Incluso ahora, como viuda, dudaba que pudiera amar a alguien más que a sí misma si se casara de nuevo. Se rumoreaba a menudo que se había casado con el difunto Lord Sinclair debido a su obscena riqueza. No se había casado con el hombre porque lo amara, solo amaba su dinero.

—Es un placer conocerla, Lady Sinclair —respondió Millie, sonriendo a ambos.

Tatum quería arrancarla de allí, alejarla de personas que no eran dignas de limpiar sus botas de cuero. No buscaban una presentación para ser amables con su esposa. Si acaso, pretendían causarle dolor.

—Y yo a usted, Su Excelencia. Había oído que el duque se había casado y estaba ansiosa por conocer a su nueva duquesa —mintió Lady Sinclair, toda dulzura—. Empezaba a preocuparme que nunca sucedería para el duque, pero me alegro de ver que me equivocaba.

Millie se acercó a Tatum y enlazó su brazo con el de él. ¿Acaso sentía la incomodidad entre él y sus nuevos conocidos? ¿Sospechaba Millie que no debía confiar en su señoría y sus palabras encantadoras? No debería. Por todos los rasgos angelicales de Eleanor, había una serpiente acechando bajo su apariencia.

—Somos muy felices —dijo Millie, sonriéndole.

Él le devolvió la sonrisa, sin haber sabido que su esposa era tan buena mentirosa.

—¿Cómo se conocen? —preguntó Millie, volviéndose hacia Lady Sinclair—. Esta es mi primera temporada, y aún estoy conociendo a muchos conocidos de Su Excelencia.

Eleanor rio, llevándose la mano al pecho como si la pregunta de Millie hubiera sido la más divertida que había escuchado esa noche. Sus ojos brillaban con picardía, y Tatum controló sus facciones, esperando lo peor.

—Oh, bueno, esa pregunta tiene una larga respuesta, una que le permitiré al duque elaborar. Él es mucho mejor que yo para explicar las cosas.

Tatum les dedicó a todos una sonrisa benigna. —Me temo que esa explicación tendrá que esperar, ya que nos dirigíamos a casa. Si nos disculpan.

Antes de que se pronunciara otra palabra, llevó a Millie lejos, respirando aliviado cuando llegaron al vestíbulo.

Millie se soltó de su agarre, frunciendo el ceño. —¿Quién es esa mujer para ti, Tatum? Parecías menos que complacido de hablar con ellos de nuevo, aunque Lady Sinclair parecía feliz de estar en tu compañía.

Se pasó una mano por el cabello. Quería irse, alejarlos a ambos de miradas indiscretas cuando tuvieran esta conversación. Miró alrededor, notando solo al lacayo que estaba cerca de la puerta principal.

—Ven —dijo, tomándola de la mano y llevándola arriba—. ¿Dónde está la habitación que tu hermana te asignó cuando te quedabas aquí?

Millie comenzó a caminar por el pasillo y lo condujo a una habitación oscura y vacía, con las cortinas cerradas sobre la noche.

—Esta es la habitación de invitados que uso —dijo ella.

Él cerró la puerta, se dirigió a las ventanas y abrió de golpe las pesadas cortinas de terciopelo para poder verla mejor sin encender una vela.

Se apoyó en el alféizar, mirando los jardines de abajo, la gente que deambulaba por la terraza.

—No quiero que interactúes con Lord Jessop o Lady Sinclair después de esta noche, y ciertamente no cuando yo no esté presente. No son dignos de tu amistad ni de tu amabilidad.

Oyó a Millie acercarse a él. Sus pasos ligeros sobre la alfombra Aubusson. —¿Por qué? —preguntó ella.

Él se estremeció, nunca habiendo querido que ella conociera su vergüenza. O tener que lidiar con su pasado, tan desordenado y complicado como era. La verdad solo haría su matrimonio más difícil, y ya era bastante complicado.

—Porque una vez fue mi prometida, y no deberías confiar en ella. No importa lo que diga —declaró, al menos contento de haberle dicho la verdad y que no fuera algo que tuviera que descubrir de segunda mano.

Millie se quedó inmóvil, y por un momento, no pudo formar palabras. La bilis le subió a la garganta, y tragó varias veces, tratando de encontrar su equilibrio. Tatum había estado comprometido con Lady Sinclair. Que sus intenciones hacia la dama habían sido un cortejo que el duque había deseado.

Él había querido casarse con ella, sin embargo, no había querido casarse con ella en absoluto.

—Lady Sinclair es la viuda del Marqués de Sinclair. ¿Qué sucedió para que eso ocurriera si estaba prometida contigo? —preguntó, sin estar segura de querer saberlo, en realidad. No cuando esa verdad tenía el poder de lastimarle el corazón.

Tatum no la miró a los ojos, sino que continuó mirando fijamente los jardines, perdido en sus pensamientos y en el pasado.

—Cambié de opinión y se casó con el marqués. Eso es todo lo que hay que saber y todo lo que diré al respecto —se giró entonces, sentándose en el alféizar de la ventana y observándola a la luz de la luna.

—No es una mujer amable, no te dejes engañar por sus dulces palabras o sus deseos de amistad. Por favor, mantente alejada de ambos. No bailes con Lord Jessop. Es el primo lejano de Lord Sinclair y es leal a su viuda. No tienen buenas intenciones, y si te buscan, es solo para causar problemas.

Millie se acercó, ajustando su corbatín, que estaba torcido. A pesar del aire frío e indiferente del duque, podía notar que alguna vez había sentido algo por Lady Sinclair. Por difícil que fuera de aceptar.

Su corazón se encogió al pensar que lo habían lastimado. ¿Era por eso que le resultaba tan difícil confiar en la gente? ¿Especialmente en ella?

—Haré lo que me pides y no me relacionaré con ellos más de lo necesario en sociedad. No buscaré su amistad.

Él cubrió su mano con la suya, mirándola a los ojos. —Gracias —dijo.

Millie no sabía qué le había pasado, pero la idea de que lo hubieran dejado por otro caballero no le parecía correcta. Se colocó entre sus muslos, deslizando sus brazos alrededor de su cuello.

—¿Sabes, Excelencia? Me parece que estamos bastante solos —sonrió, jugando con el

cabello en la nuca de él—. ¿Sería escandaloso que tu duquesa aprovechara la situación y te besara? —le preguntó.

Las manos de él se deslizaron por su cintura, y ella dejó escapar un grito cuando la atrajo con fuerza contra su pecho. Sus manos se flexionaron sobre sus nalgas, apretando.

El calor se acumuló en su centro, y apretó las piernas, deseándolo. Siempre lo deseaba. Una locura que no cesaba.

Su boca descendió con fuerza sobre la de ella. Sus lenguas se entrelazaron. Ella respondió a su ardor con igual exigencia, la necesidad de él bombeando a través de su cuerpo.

Sabía a vino dulce, calmando su boca y cuerpo resacos que anhelaban estar con él de nuevo.

Él se puso de pie, rompió el beso y la giró para que mirara hacia la ventana. Sus manos se deslizaron por su cintura, ahuecando su monte de Venus a través del vestido. Millie jadeó, aferrándose a la ventana para sostenerse. Estaba fría bajo sus palmas, y sin embargo, el calor y el cuerpo de él estaban cálidos contra su espalda.

—Sí —jadeó, ondulándose como una felina buscando más caricias.

Él le mordió el lóbulo de la oreja, su aliento haciéndole cosquillas en el cuello. —Necesito tenerte —una afirmación, no una pregunta.

Ella asintió, gimiendo cuando él levantó bruscamente sus faldas, separándole más las piernas con las suyas.

Su mano se deslizó sobre sus nalgas, apretando su carne antes de hundirse entre sus piernas. Estaba húmeda, el dolor entre sus muslos suplicando por alivio. Él gimió, deslizó un dedo, luego dos, en su necesitado núcleo.

Ella gimió, arqueando la espalda, buscando su toque. —Sí, Tatum. Más —le suplicó.

Él retiró su mano, y en un latido, la gruesa y dura cabeza de su miembro se empujó entre sus pliegues. Ella se aferró a la ventana, sus uñas arañando la pintura.

—Tómame —suplicó.

Él embistió dentro de ella, sus gemidos mezclándose en la habitación. Fue implacable en su toma y la empujó hacia la diversión que buscaba.

Millie levantó la mano detrás de ella, aferrándose a su nuca, inclinando la cabeza y deleitándose con la sensación de su lengua, sus labios marcando su cuello.

Él la poseía, la tomaba, la conducía hacia el éxtasis, y ella no podía llegar allí lo suficientemente rápido.

—Voy a llegar —jadeó, perdida en su sensación, su pesada y dura virilidad llenando su necesidad con cada embestida.

Los temblores se propagaron por su núcleo y hacia cada superficie de su cuerpo. Gritó su nombre y lo cabalgó a través de su placer.

Él gimió mientras también encontraba su liberación.

Permanecieron unidos, el baile en pleno apogeo en las salas debajo de ellos, la terraza que estaba a la vista. Los sonidos de un minué flotando en la habitación, y sin embargo, la

respiración entrecortada de Tatum era música para sus oídos. El único entretenimiento que le apetecía.

Esta noche y siempre.

CAPÍTULO DIECISIETE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Millie desayunaba en el comedor, con su amiga Paris sentada frente a ella, sonriéndole como si supiera algo que ella desconocía.

Tatum se sentaba a la cabecera de la mesa, con un periódico frente a su rostro que le impedía verlo. La noche anterior habían regresado al baile después de su conversación en el dormitorio de arriba y habían bailado dos veces antes de volver a casa.

Ella pensó que se retirarían a sus habitaciones a dormir. Qué deliciosamente equivocada había estado. En su lugar, habían hecho el amor durante toda la noche. Sus besos, incluso ahora, hacían que su sangre hirviera y su cuerpo doliera con renovada necesidad.

Picoteaba los huevos en su plato, ya sin hambre, al menos no de comida.

Tatum suspiró, doblando el periódico y colocándolo a un lado de su lugar. —Tengo asuntos que atender hoy. Que tengan un hermoso día, señoras —dijo, poniéndose de pie.

Millie cruzó su mirada con la de él, y sus labios se curvaron en una sonrisa cómplice.

¿Estaría él también pensando en la noche anterior y en todo lo que le había hecho?

Salió de la habitación, y ella siguió su progreso, disfrutando la vista de sus musculosos muslos y fuertes hombros.

—Cuidado, querida amiga, o tendré que declarar que te estás enamorando de tu marido —bromeó Paris, sorbiendo su té, con los ojos brillantes de risa.

Millie la mandó callar, pero sonrió. —No digas semejante atrocidad. ¿Cómo podría amar a un hombre al que apenas conozco y con el que he peleado desde el momento en que lo conocí? —le preguntó, mientras la sensación de hundimiento en la boca de su estómago le decía que tal vez su amiga tenía razón.

¿Se estaba enamorando de Tatum?

¿O ya estaba enamorada?

Paris lanzó una mirada en la dirección por la que había salido el duque. —Yo creo que sería muy fácil enamorarse de un hombre con el aspecto de Su Gracia, y ustedes se han estado llevando mucho mejor.

Millie frunció el ceño, meditando las palabras de Paris. —Eso es cierto, pero es muy inseguro. Anoche me regañó por estar afuera con Lord Astoridge, quien todos sabemos que está

interesado en otra joven de Grafton y ciertamente no soy yo.

Las mejillas de Paris se tornaron de un intenso tono rosado. —¿No estarás insinuando que Lord Astoridge busca mi afecto?

Millie se rio. —Admítelo, amiga, bailó contigo dos veces, y sus ojos te siguieron durante la mayor parte de la velada. De hecho, cuando estaba conmigo en la terraza, lo único que hizo fue preguntarme por ti. Creo que mi resumen es correcto.

Paris se encogió de hombros, mordiendo su jamón. —No lo sabemos con certeza. Quizás solo estaba siendo amable, y en cualquier caso, no es de Lord Astoridge de quien estamos hablando. Estamos hablando del duque y de si tus sentimientos por Su Gracia han cambiado.

Millie no pudo mirar a su amiga. Sus ojos penetrantes siempre habían sido capaces de leerla como un libro, y no quería darle esperanzas a Paris ni a sí misma de algo de lo que no estaba segura.

—Déjame decir que mi plan de ser íntima con el duque está funcionando, y siento que nos estamos acercando. Pero él no ha declarado ningún sentimiento más allá de eso.

—Ya vendrán. Ciertamente asiste a más eventos ahora, si no lo habías notado. Creo que quiere estar cerca de ti, lo cual espero que sea una señal de que se preocupa por ti más de lo que lo hacía antes.

Millie se mordió el labio inferior. Eso también era cierto. Pero, ¿su asistencia se debía a una creciente atracción emocional, o simplemente porque no confiaba en que ella le fuera fiel? ¿A que no lo hiciera quedar en ridículo?

Lady Sinclair había sido su prometida una vez, pero se había casado con otro.

Para que Tatum se hubiera comprometido con la mujer significaba que se preocupaba por Lady Sinclair, posiblemente más de lo que alguna vez se preocupó por ella. ¿Seguía herido por el dolor que le había infligido? No confiaba en Millie, eso lo sabía por encima de todo lo demás, incluso cuando ella no le daba motivos para pensar así.

—Continuaré intentando llegar a su corazón pasando más tiempo con él, pero siento que no confía en mí, y no tengo esperanzas de que alguna vez lo haga.

—Le demostrarás, con tu lealtad, que está equivocado y que no tiene nada que temer. Ya verás, querida. Tú también lograrás un matrimonio por amor, aunque sea difícil de conseguir.

Millie asintió. —Espero que tengas razón. No dejaré de intentarlo hasta que no haya esperanza.

Tatum se reclinó en su silla frente a su escritorio y miró fijamente la puerta. Podía oír la conversación apagada de Millie y la señorita Smith en el comedor, aunque no podía distinguir exactamente de qué hablaban.

Pero podía adivinar y estar en lo cierto al suponer que estaban hablando de él.

No es que pudiera culpar a su esposa. Tamborileó con los dedos sobre el escritorio de caoba, el recuerdo de su tiempo juntos la noche anterior vivo y atormentando su mente.

Si la señorita Smith no hubiera estado en el comedor esta mañana, sabía que habría

despedido a su personal y habría tomado a Millie sobre la mesa, saciándose y disfrutando de cada cosa apetitosa de su esposa.

No estaba seguro de cuándo se había enamorado de ella, pero lo estaba. No podía dejar de pensar en ella. Qué estaba haciendo. Con quién estaba. En compañía de quién se encontraba en los bailes y fiestas a los que él no asistía.

Se frotó la mandíbula con la mano. ¿Cómo iba a mantenerse alejado de ella cuando no quería hacerlo? Se suponía que no debía preocuparse por ella. Maldita sea, ni siquiera habían sido amigos antes de su boda, y sin embargo ahora, todo era diferente.

Estar íntimamente con ella tampoco ayudaba. Debería mantenerse alejado, se había dicho que lo hiciera para mantener su corazón a salvo de futuras heridas.

¿Podía confiar en que Millie no lo hiciera quedar como un tonto como lo había hecho su último amor?

¿Amor?

Tatum se quedó inmóvil cuando la palabra resonó en su mente justo cuando un suave golpe sonó en la puerta y Millie entró en su biblioteca.

—¿Tienes un momento? —preguntó, entrando en la habitación sin esperar una respuesta y cerrando la puerta.

Él se aclaró la garganta, ajustando su asiento, decidido a no tocarla de nuevo.

—¿Algo te preocupa? —le preguntó.

—No, nada en particular. Solo quería venir a preguntarte si te gustaría acompañarme. Voy a ir a montar esta tarde al parque.

Se sentó en la silla frente al escritorio, su vestido matutino rosa claro acentuaba una figura que él había llegado a adorar. No necesitaba adornos tan bonitos como la ropa. Ya era hermosa.

—Me gustaría, sí. Haré que preparen los caballos después del almuerzo si te parece bien —afirmó.

—Me encanta montar y siento que no lo he hecho lo suficiente desde que vine a la ciudad para la temporada. —Se levantó, paseando alrededor de su escritorio, cogiendo su pluma y su pisapapeles, estudiando cada objeto antes de volver a colocarlos.

—Me alegra que nos estemos haciendo amigos, y que nuestro matrimonio no sea tan conflictivo como al principio. Parece que no eres tan malo después de todo —dijo, deteniéndose frente a él.

Así que quizás ella había estado pensando de manera similar a él.

Sin pensarlo, la atrajo hacia sí, sentándola en su regazo. Olvidando su regla de no seguir tocando a su esposa. —Yo también me alegro de que seamos amigos —declaró, sabiendo lo poco convincente que sonaba. Amigos, una afirmación tan inofensiva. Lo que sentía por la mujer en sus brazos era mucho más que eso.

Y eso en sí mismo lo aterrorizaba.

¿Y si ella también lo lastimaba? ¿Y si le había entregado involuntariamente su corazón, pero

ella no lo quería? No realmente. Existía la posibilidad de que solo quisiera su atención en la cama y nada más.

—No me gustaba que discutiéramos todo el tiempo —admitió, apartando un mechón de cabello de su rostro.

Ella deslizó sus brazos alrededor de su cuello, inclinándose para besarlo. Sus suaves labios lo tentaban como ningunos otros, y la boca de su estómago se tensó. No podía perderla. No podía cometer un error y arruinar lo que habían comenzado a construir entre ellos.

Pero ¿cómo mantenerla feliz? ¿Cómo confiar en ella? Eso no lo sabía, y el pensamiento era alarmante.

—Yo tampoco, pero entonces, siempre parece compensarlo cuando discutimos. —Sonrió, con un giro travieso en sus labios.

—¿En serio? —arrulló—. ¿Y cómo lo hago? —preguntó, aunque sabía a qué se refería. Ambos no podían tener suficiente el uno del otro en cualquier momento dado.

Como ahora mismo. Su miembro se endureció, y la levantó contra él, queriendo que ella sintiera lo que le provocaba.

Sus ojos se agrandaron, y se mordió el labio, tentándolo aún más. —Me haces sentir tan bien, Tatum. Me das tanta satisfacción —respondió, deslizándose de su regazo para arrodillarse frente a él—. Pero ahora quiero hacer lo mismo por ti. —Su mano se extendió, presionando contra la bragueta de sus pantalones, sus dedos apretando su miembro.

—Tú me has probado, pero yo aún no te he probado a ti. Sé que debe haber una manera. Por favor, dime qué puedo hacer. Te necesito. —Su voz era como el canto de una sirena que no podía negar.

Tragó saliva, anhelándola. —Saca mi miembro. Empezaremos por ahí —dijo y gimió cuando ella hizo lo que le pidió, con gran entusiasmo.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

MILLIE SE QUEDÓ MIRANDO un momento la virilidad de Tatum que se erguía frente a su rostro. Era grande, largo, su sexo erecto y tentándola a tocarlo.

Sus dedos ansiaban sentirlo, darle tanto placer como él le había dado a ella. Demostrarle con sus caricias, besos e intimidad cuánto estaba empezando a significar para ella.

Mucho más de lo que jamás pensó posible, y quería expresárselo de todas las formas que pudiera.

—Puedes tocarme —dijo él, recostándose y colocando un brazo detrás de su cabeza para observarla.

—¿Con mi mano o con mi boca? ¿Qué prefieres? —preguntó ella.

Él cerró los ojos, con una expresión de dolor cruzando su rostro. —Como tú quieras. Deseo que me toques de la manera que te resulte más cómoda —afirmó, sus ojos oscureciéndose de deseo.

Ella entendía bien esa emoción. Tampoco podía saciarse de él. Día y noche, ahora solo pensaba en él. Cómo llegar a su corazón. Cómo ganar su amor, hacerlo fiel para que nunca volviera a mirar a otra mujer.

Hacerle olvidar su pasado que, ella sabía en lo más profundo de su alma, aún lo atormentaba y se interponía entre ellos, incluso ahora.

Millie extendió la mano y acarició su falo. Este se sacudió contra su palma, y ella apretó su agarre, acariciándolo desde la punta hasta la base. La piel era suave, como el terciopelo, y a la vez rígida. Le dolía entre las piernas, deseando tenerlo allí, llenándola e inflamándola.

Todo a su tiempo, se prometió a sí misma. Lo provocó durante varios minutos, cambiando la velocidad y la fuerza mientras lo acariciaba. Una gota de líquido perlado se acumuló en la punta, y ella pasó su pulgar sobre ella, queriendo aprender todo lo que pudiera sobre su marido.

—Se siente tan bien, Millie —gimió él cuando ella aumentó el ritmo.

Ella sonrió, deseando hacer más que tocarlo. Se lamió los labios ante la idea de introducirlo en su boca. —¿Puedo besarte ahí? —preguntó, insegura de si eso era lo que hacían las mujeres en esta situación.

Tatum había besado su sexo y usado su lengua para llevarla a tales alturas de placer que,

incluso ahora, anhelaba que lo hiciera de nuevo. Pero, ¿significaba eso que ella podía darle a Tatum un alivio similar?

—Puedes —respiró él—. Puedes chuparlo en tu boca. Usa tu lengua —dijo, con la respiración entrecortada.

Millie se acercó más, inclinándose para colocarse directamente sobre su virilidad. Lamió la punta de su miembro. Salado pero agradable. Cubrió la punta con su boca, succionando la parte superior de su miembro antes de tomarlo más profundo en su garganta. Su tamaño hacía difícil tomarlo todo, pero hizo lo que pudo.

Él empujó dentro de su boca. Su virilidad, dura y exigente, se frotaba contra su lengua. Usando su mano, ella provocó la base de su miembro, acariciándolo mientras su boca trabajaba para llevarlo al clímax.

Las manos de él se hundieron en su cabello, manteniéndola contra él, guiándola para que cabalgara su miembro con su boca.

Ella lo succionó hacia el clímax, para que se derramara en su boca y darle todo lo que un hombre y una mujer podían compartir, si tan solo él lo permitiera.

—Basta —jadeó él, apartándola de su miembro. La arrastró sobre su regazo, y ella lo montó, empalándose sin pensar. Los temblores la sacudieron mientras él la tomaba con embestidas implacables, empujando y provocando ese lugar especial que suplicaba por alivio.

Ella lo cabalgó, necesitando que él se derramara, que se uniera a ella en el éxtasis. Él era una adicción, su marido, su amor.

Los primeros temblores de su liberación palpitaron entre sus piernas, desbordándose por su cuerpo, y ella gritó su nombre, se meció sobre él y cabalgó su liberación hasta su decadente final.

—Millie —jadeó él, tomando sus labios en un beso abrasador—. No puedo saciarme de ti —declaró, bombeando su semilla dentro de ella.

—Ni yo de ti —admitió ella, besándolo de vuelta con todo lo que sentía por el hombre en sus brazos. Se suponía que debía hacer que él se enamorara de ella, que la deseara solo a ella y a nadie más, pero de alguna manera había ocurrido lo contrario a través de su plan.

Ella se había enamorado de él.

Su marido. Su némesis.

Lo amaba.

¿Qué haría si él nunca la amaba de vuelta?

La noche siguiente, Tatum escoltó a Millie y a la señorita Smith al teatro, usando el palco familiar por primera vez esa temporada. Saludó con un gesto a los que se encontraron en el vestíbulo antes de dirigirse al piso superior.

Sostuvo la parte baja de la espalda de su esposa. Su vestido de seda con corte imperio y bordados dorados la hacía parecer regia y más hermosa de lo que él jamás la había visto. Los diamantes en su cuello se hundían bajo en su pecho, atrayendo su mirada hacia sus abundantes senos.

Demonios, era encantadora. Le hacía doler el pecho.

Esperó a que las damas se sentaran antes de tomar su propio asiento, observando a Millie mientras hablaba con la señorita Smith, su entusiasmo por ver la ópera era casi palpable.

Decidió que le gustaba complacerla, hacerla feliz.

¿Cuándo había cambiado eso para él? ¿Cuándo había empezado a querer no hacer otra cosa más que pasar tiempo con ella? Escoltarla a bailes y fiestas. Hacerle el amor toda la noche.

Bueno, no siempre haciendo el amor. Su esposa tenía un entusiasmo por follar. Una noción que él siempre estaba dispuesto a satisfacer. Quería tener su boca sobre ella incluso ahora; la idea de saborearla aquí, un elixir como el vino más dulce.

La observó, estudió su perfil, y su estómago se tensó. Si cientos de personas no los rodearan, se arrodillaría ante su silla, la llevaría al clímax y escucharía su melodía operística.

—Esto es maravilloso. Gracias por escoltarnos, Su Gracia —dijo ella, extendiendo la mano para tocar la suya.

Antes de que pudiera apartarse, él le aferró los dedos, manteniéndolos en su regazo.

Su sonrisa trajo calidez a su alma, sus dedos jugueteando con los de él mientras la alta sociedad tomaba asiento para el entretenimiento de la noche. No pasó mucho tiempo antes de que la soprano comenzara, pero él apenas escuchó una nota, no cuando una alegría más cautivadora estaba sentada a su lado.

Millie.

Su mano se movió en su regazo y presionó contra sus caídas. La miró de reojo y notó la sonrisa burlona en sus labios, mientras ella observaba el escenario con interés.

Tatum miró más allá de Millie y vio que la señorita Smith no les prestaba atención, completamente absorta en los vocalistas en el escenario.

Los dedos de su esposa encontraron su miembro y presionaron sobre él, deslizándose a lo largo de su longitud a través de sus pantalones. La necesidad lo atravesó, rápida y ardiente, y su miembro se endureció.

Ella se lamió los labios, sonriendo ahora, y él negó con la cabeza. Era una pícara que jugaba con fuego.

Se inclinó cerca. —Millie, ¿qué estás haciendo? —susurró, presionando la mano de ella con más fuerza contra su virilidad.

Ella lo miró, mordiéndose el labio como si fuera inocente de cualquier acusación. No lo era. Era tan traviesa como podía ser, y maldita sea, él amaba eso.

—No estoy haciendo nada, Excelencia. Simplemente estoy disfrutando del espectáculo —dijo ella.

Él negó con la cabeza. —¿Qué espectáculo es ese? —preguntó, arqueando una ceja.

Ella se rio, su mano agarrándolo completamente a través de sus pantalones y acariciándolo. Él reprimió un gemido, agradecido por las luces tenues del teatro, esperando de que nadie pudiera ver lo que su duquesa le estaba haciendo.

Deshaciéndolo frente a todos sin preocuparse por el escándalo que causaría si los atraparan.

Detuvo su mano errante, empujándola para que descansara sobre su rodilla. —Compórtate, Duquesa —advirtió. La necesidad de arrastrarla fuera del palco a una de las muchas habitaciones abandonadas del teatro se agitaba en su sangre.

—¿No te gusta mi toque? —le preguntó ella, haciendo un puchero.

Él respiró profundamente. Deseando tomar su labio y mordisquearlo con sus dientes. Tragó saliva, su hambre superando su sentido común. —Sabes que sí. Más de lo que nunca pensé que lo haría —admitió—. No tengo vergüenza, Duquesa. Te tomaré si sigues provocándome así.

Los ojos de ella se encendieron ante su advertencia, pero su toque travieso le dijo que estaba lejos de ser disuadida.

Su mano se deslizó juguetonamente de vuelta por su pierna, rozando su miembro pero sin tocarlo. —Muy bien —suspiró—. Me comportaré.

Tatum negó con la cabeza, incapaz de componer sus rasgos a una expresión de indiferencia. Se puso de pie, tomando la mano de su esposa y tirando de ella para que se levantara a su lado. —Si nos disculpa un momento, señorita Smith. Ha surgido algo que necesito discutir con mi esposa.

Millie sonrió a su amiga, y el rostro de la señorita Smith se sonrojó tanto como una rosa antes de asentir en comprensión. —Por supuesto. Esperaré aquí hasta su regreso.

Tatum prácticamente arrastró a Millie fuera del palco, caminando a zancadas por el pasillo, sin prestar atención a su esposa que trataba de seguir su ritmo. Miró en varias habitaciones y, al encontrar una con un escritorio, la metió dentro, cerrando y echando el cerrojo a la puerta tras ellos.

Millie paseó por la habitación, mirando alrededor y observando el gran escritorio, la silla de cuero y varias estanterías escasas de literatura.

—¿Qué me harás aquí, Excelencia? Dijiste que había algo que querías discutir conmigo.

Él gruñó, incapaz de soportar otro momento de su provocación. Sabía lo que ella estaba haciendo. La acechó, complacido de ver que ella entendía su intención, y retrocedió con cada paso que él daba hacia adelante.

Le agarró las caderas, sonriendo cuando el trasero de ella chocó contra el escritorio. Ella dejó escapar un pequeño chillido de deleite cuando él la levantó sobre el escritorio, subiendo sus faldas para que se amontonaran en su cintura.

Lamió dos dedos y los deslizó entre sus piernas. Tan húmeda y lista. Los ojos de ella se agrandaron, y se mordió el labio, sus ojos oscureciéndose con un hambre que él entendía bien.

Y era solo una cosa más que añadir a lo que amaba de ella.

CAPÍTULO DIECINUEVE

TODO SU CUERPO anhelaba al hombre que tenía delante. ¿Siempre sería así entre ellos? Esta locura dominaba su sangre y la hacía hacer cosas extravagantes, como estar con él en cámaras y casas que no eran suyas.

¿Cuándo habían pasado de discutir a estar embrujados? Él la embestía con empujes rápidos y duros que penetraban profundamente. La sensación se extendía por su piel, y ella se aferraba a él, buscando lo que solo él podía darle.

Envolvió las caderas de él con sus piernas, manteniéndolo cerca, deseando que la llevara al pináculo del éxtasis que siempre alcanzaba.

No tardó mucho.

Él le agarró las nalgas, inclinándola de tal manera que con cada embestida, la acercaba cada vez más al clímax.

—Millie —jadeó, apoderándose de sus labios—. Eres todo lo que deseo —suspiró, su lengua enredándose con la de ella en un beso abrasador.

Millie lo bebió, deleitándose con su tacto, sus palabras. Su corazón latía con fuerza, esperanzado por su futuro. ¿La amaba y simplemente no podía decir las palabras?

—Tatum —gimió ella. Los temblores de su liberación llegaron rápidos y fuertes, y jadeó, sosteniéndolo para disfrutar cada deliciosa gota de su clímax.

Él derramó su semilla en ella, bombeando y cabalgando cada último momento de su placer hasta el final.

—¿Qué, mi amor? —preguntó él cuando ella no continuó sus palabras.

Millie le sujetó los hombros mientras él se separaba. Dio un paso atrás, su sonrisa traviesa haciendo que los labios de ella se curvaran mientras él se abotonaba los calzones.

Millie tragó saliva, nerviosa, ya no dispuesta a vivir sin declarar su verdad. Una verdad que esperaba que él también hubiera llegado a darse cuenta de que era real.

—Estoy enamorada de ti, Tatum —admitió, sintiendo que se le quitaba un peso de encima al decir cómo se sentía—. De alguna manera, en nuestras nupcias forzadas, arrebatos de ira y apasionados encuentros amorosos, me he enamorado de ti —dijo.

No estaba segura de qué esperaba de Tatum, pero ciertamente no lo que vino después. El

rostro de Tatum palideció, y retrocedió como si ella fuera un objeto extraño que no sabía cómo interpretar.

Él medio rió, medio gimió, frotándose la mandíbula con la mano. —¿Me estás tomando el pelo otra vez, no es así?

—¿Tomarte el pelo? —dijo Millie, negando con la cabeza—. No, estoy perfectamente cuerda y diciendo la verdad. Aunque me irritaste en nuestro primer encuentro y puedes ser obstinado y equivocado en tus opiniones, me he enamorado de ti en algún momento entre nuestras interacciones. Te amo —dijo, sin permitir que él creyera lo contrario. No había vergüenza en admitir el amor.

—No llevamos ni dos meses casados. No puedes estar enamorada de mí. Como tú dices —dijo, señalándola—. Nuestro matrimonio se llevó a cabo sin que ninguno de los dos deseara la unión. No puedes haberte enamorado de mí cuando he sido tan desagradable.

Millie se deslizó del escritorio y se ajustó el vestido, asegurándose de que nada estuviera fuera de lugar. Levantó la mano, comprobando las horquillas en su cabello, tomándose un momento para controlar las emociones tumultuosas dentro de su corazón.

Desesperación, sobre todo.

¿Qué intentaba decir? ¿Qué quería decir con tales palabras? ¿Aún se arrepentía de su matrimonio? ¿Estaba tratando de decir sin palabras que no sentía lo mismo?

Pasó junto a él, necesitando volver a la ópera y asegurarse de que Paris estuviera acompañada. —Discutiremos el asunto cuando estemos en casa. Si me disculpas.

—Millie —la alcanzó, atrayéndola de vuelta a la habitación—. Yo... no sé cómo responder a tu honestidad. Me prometí hace mucho tiempo que nunca me permitiría volver a sufrir, y he mantenido esa promesa. No creo ser capaz de sentir lo que tú sientes. No con nadie.

La bilis subió por la garganta de Millie, y se soltó de su agarre. —Entonces me das pena, Excelencia. Porque, ¿qué es la vida sin amor? Disculpa —dijo, dejándolo en la habitación abandonada para volver a su palco.

Millie regresó al lado de su amiga, quien apenas registró su llegada, tan absorta estaba en la ópera. Se sentó de nuevo, controlando sus facciones.

Los cantantes en el escenario se desdibujaron, y parpadeó, tratando de contener las lágrimas que amenazaban con brotar. Su marido no la amaba. Una verdad con la que tendría que reconciliarse, considerando que estaban casados.

El dolor del rechazo de su marido casi la partió en dos. Colocó las manos en su regazo y balanceó su mente para ver la historia desarrollarse en el escenario en la que ya no estaba interesada.

Estaba enamorada de un hombre que no la amaba.

¿Cómo iba a sobrevivir a un matrimonio sin amor? ¿Cómo podría quedarse sentada e indiferente cuando él tomara amantes o consiguiera otra querida?

No podría.

Viviría, reiría y sería feliz. Puede que nunca rompiera sus votos matrimoniales, pero disfrutaría de su vida. Tanto como pudiera en la situación en la que se encontraba.

Eso tendría que ser suficiente.

Nunca será suficiente.

Tatum regresó al palco durante el intermedio, y un puñetazo en el estómago habría sido menos doloroso que la visión de Millie, animada con alegría de vivir y riendo por algo que Lord Fox había dicho.

El interés de su señoría por la duquesa era evidente, al igual que la visión de la mano de su señoría en la parte baja de la espalda de Su Excelencia.

Lo despedazaría miembro por miembro si su mano bajaba un poco más.

—¿A qué miras con tanto ceño? —dijo Howley a su lado, entregándole una copa de brandy.

Tatum se la bebió de un trago. Sabía que estaba mirando fijamente a su esposa, y era consciente de que otras personas presentes se habían dado cuenta.

No le importaba en absoluto.

La ira corría caliente y rápida por su sangre. Millie lo amaba a él, no a Lord Fox. No tenía nada que temer ni que cuestionarle. Ella no lo haría quedar como un tonto.

Seguramente ella no lo haría.

¿O sí?

—Pareces un hombre a punto de cometer un asesinato —mencionó Howley, siguiendo su mirada hacia la duquesa—. Ah, ya veo lo que te molesta. —Howley se rio entre dientes—. Puede que Lord Fox desee acostarse con tu esposa, pero ella no romperá sus votos.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —preguntó Romney, perdiendo de vista la mano de su señoría cuando se movieron para hablar con el palco vecino, el del conde y la condesa de Daniels.

—Porque es una Woodville, y esas hermanas son las mujeres más feroces y leales que he conocido jamás. ¿No has visto cómo se ilumina tu esposa cuando asistes a los mismos bailes que ella? ¿Cuando bailas con ella?

—No, no lo he notado —admitió él. ¿Acaso sus inseguridades lo cegaban ante el deleite de ella?—. Cuando llego, normalmente está en los brazos de otro.

—A las mujeres les encanta bailar, Romney. Eso es todo —dijo Howley, observándolo con curiosidad—. Haz un esfuerzo, Romney, o podrías encontrarte en una situación que ni siquiera yo podría prever. No alejes a todos como siempre lo has hecho. Yo cometí ese error una vez, y solo cuando lo corregí volví a ser feliz.

Howley le dio una palmada en el hombro antes de correr la cortina y marcharse. Tatum apretó los dientes. ¿Qué le pasaba que aún no podía amar? ¿No podía confiar?

Vislumbró a Lady Sinclair. Eleanor estaba tan hermosa como siempre, y la estudió, preguntándose por qué permitía que lo que ella le había hecho nublara su futuro.

Que dañara su afinidad con Millie.

Eleanor lo sorprendió mirándola, y abandonó el palco que compartía con varios otros, pronto uniéndose a él a su lado. Él gimió interiormente, sin desear que ella interpretara su interés como algo más de lo que era. Simplemente intentaba descifrar su pasado para asegurarse de que su futuro no corriera la misma suerte.

—Romney —dijo Eleanor, haciendo una reverencia. Le besó las mejillas, y él se quedó inmóvil ante su muestra pública de afecto.

La apartó de sí, y ella se rio, acercándose más a él y entrelazando su brazo con el suyo—. Me estabas mirando, Excelencia. ¿Hay algún lugar al que desees ir donde puedas mirarme más? Estoy dispuesta, ¿sabes? —dijo, mirándolo a los ojos con intención lasciva.

—No te estaba mirando, Lady Sinclair, como medio para captar tu atención. Estaba debatiendo qué fue lo que alguna vez vi en ti. Eres una coqueta, una mujer sin moral. No sé por qué pensé que alguna vez me serías fiel cuando no pudiste serlo con el hombre por el que me dejaste.

Ella chasqueó la lengua, imperturbable ante sus palabras. Demostrándole una vez más qué mujer tan insensible y carente de amor era.

—Lord Sinclair no me era más leal de lo que yo lo era a él, y eso nos convenía a ambos. Tú estabas demasiado enamorado de mí, Romney. Pensabas que yo era el sol de tu luna, las estrellas en tu cielo nocturno, siempre perfecta y resplandeciente. Pero yo no quería ser ese tipo de dama. Aunque quiero ser rica y tener todo lo que el dinero pueda comprar, también deseo libertad. El marqués me dio ese privilegio. Tú nunca me habrías permitido ser tan libre, y me habría asfixiado bajo nuestro lecho matrimonial y nos habría hecho miserables a ambos.

Extrañamente, sus palabras tenían sentido, pero no eliminaban el dolor que había sentido en aquel momento. La vergüenza—. Podrías haberme dicho todo esto antes del día de nuestra boda. Antes de permitirme creer que iba a ser padre.

Una expresión de vergüenza cruzó sus facciones, la primera que él había visto jamás en ella —. Me disculpo por haberte hecho eso, de verdad. Merecías algo mejor, pero ahora eres feliz y lo has sido desde aquel día. Tu amante ha mantenido tu cama caliente, y tienes una esposa que te adora. Mírala ahora, observándonos como un gatito perdido. Pobre mascota, se pregunta de qué estamos hablando.

Tatum miró a través del palco y vio a Millie observándolo. El dolor en sus ojos le desgarró el pecho antes de que ella se diera la vuelta, dándole la espalda. Maldición. No quería que ella lo viera hablando con Eleanor. Saltaría a conclusiones que no eran ciertas.

El pánico lo invadió cuando la risa burlona de Eleanor resonó por todo el palco. Junto con la mirada de reproche que la señorita Smith le dirigió antes de seguir el ejemplo de su esposa.

CAPÍTULO VEINTE

MILLIE PARTIÓ temprano la noche siguiente para asistir a la cena de Lady Hirsch. Paris la escoltó y, afortunadamente, no había mencionado lo ocurrido la noche anterior en la ópera.

El carruaje se detuvo frente a la pequeña casa georgiana en St James's Square, y ella rechinó los dientes al pensar en Tatum observando a Eleanor como un tonto patético.

Acababan de hacer el amor apasionadamente. Ella le había declarado sus sentimientos, le había abierto su corazón, y así era como él le pagaba tanta sinceridad.

¿En qué estaba pensando al hablar siquiera con la mujer que le había causado tanto dolor? A menos que pensara hacerla su amante...

Después de la noche anterior, sus intentos de hacerle ver que no era solo la mujer que accidentalmente lo obligó a casarse, sino alguien a quien podría amar, habían sido en vano.

Él no la amaba. Lo habría dicho si hubiera sentido el más mínimo afecto cuando ella le abrió su corazón, exponiéndose a su ridículo y rechazo.

Aunque no se burló de su declaración, ciertamente le negó su amor. No lo intentaría de nuevo. No albergaría la esperanza de que, con el tiempo, sus sentimientos pudieran cambiar. Él había amado una vez y perdido, y parecía decidido a mantener su corazón embotellado como un vino raro que nadie podía probar.

Millie respiró hondo y luchó por no perder la compostura. Tendría que aceptar que su matrimonio era un completo desastre, a diferencia de las uniones de todas sus hermanas.

Había empezado terriblemente y había terminado de la misma manera.

Las lágrimas le picaban los ojos, y parpadeó, tratando de evitar que resbalaran por sus mejillas.

Sin decir palabra, Paris le tomó la mano, apretándola. —La gente se mira todo el tiempo en los bailes y fiestas, Millie. Que Su Gracia hablara con Lady Sinclair anoche pudo haber sido completamente casual, y tú captaste un segundo de su mirada. No sabemos qué puede significar esa mirada.

Millie negó con la cabeza, secándose las mejillas. —No. Lo observé cuando no sabía que lo estaba mirando. No podía apartar los ojos de ella. —Sacudió la cabeza, sin entender por qué. ¿Qué era lo que esa mujer tenía sobre él? Estuvieron comprometidos una vez, pero ¿estaba tan

desconsolado que cualquiera que viniera después no tenía ninguna posibilidad de ganar su corazón?

¿Por qué le permitiría a su señoría tal poder sobre él?

—Pues que se quede con Lady Sinclair y mantenga a su antigua amante, por lo que a mí respecta. No asistiré a más bailes a los que él asista. No quiero tener nada que ver con él.

—¿No deberías hablar con el duque? Parecía angustiado porque te fuiste después del intermedio en lugar de quedarte para el segundo acto. Lo observé antes de seguirte.

Millie se encogió de hombros, sin importarle cómo se sentía él. Ya no. Él no se preocupaba por cómo se sentía ella o por el hecho de que lo amaba. No había correspondido a sus sentimientos, y eso era todo lo que necesitaba saber.

Bastardo.

—¿Sabe el duque que asistirás a la cena de Lady Hirsch esta noche? —preguntó Paris, subiéndose los guantes de seda mientras el carruaje se detenía frente a la casa.

—No. Dejé dicho con Thomas que estoy en el baile de los Maddigon esta noche. Asistiré, por supuesto, pero no por varias horas. El duque no estará allí cuando lleguemos, y así es como lo prefiero.

Paris la observó, y a ella no le gustó la lástima que leyó en los ojos de su amiga ni la preocupación por su reacción hacia el duque.

Un lacayo con librea abrió la puerta, saludándolas. Se dirigieron al interior, donde los invitados a la cena se congregaban en el salón delantero antes de la cena.

Lord Fox se acercó a ella, tomándole la mano y besándola a modo de saludo. —Duquesa —dijo, su voz profunda un bienvenido respiro de sus amigos que solo le recordaban más su desastrosa noche con su marido. No quería pensar en el duque. Ni esta noche ni nunca más. Él no pensaba en ella, y ella se negaba a pensar en él.

—Qué afortunados somos de tenerla aquí esta noche. Se ve muy hermosa —dijo con voz arrastrada, su mirada bajando hacia el escote de su vestido.

Millie levantó la barbilla, disfrutando ser objeto del deseo de otro. No es que fuera a actuar sobre tales percepciones, pero era un impulso para la confianza, y ella necesitaba tanto ser apreciada y un poco cortejada en este momento.

Le lanzó su mejor sonrisa coqueta. —Vaya, gracias, Lord Fox. Es muy amable de su parte decirlo —dijo.

Paris se disculpó, acercándose a los anfitriones para hablar con ellos, dejando a Millie con su señoría.

—No es amabilidad en absoluto, Su Gracia. Simplemente estoy señalando un hecho. —Se colocó a su lado, haciendo señas a un lacayo para que trajera una copa de vino. Le entregó una copa, chocando la suya contra la de ella—. Admitiré que me complace que esté sola esta noche, aparte de su querida amiga. Significa que podré monopolizar su tiempo.

Millie se rio, evaluando a Lord Fox. Era alto, musculoso y tenía una mandíbula que habría

causado envidia a Adonis. El tipo de caballero que habría acogido con agrado para que la cortejara si le hubieran dado la opción de tener una temporada como deseaba.

En este momento, podría haber sido cortejada por este hombre durante varias semanas. Tal vez se habría enamorado de ella. No es que lo fuera a hacer ahora. No es que nadie lo fuera a hacer, al parecer. Estaba condenada a vivir una vida sin amor donde anhelaría algo que nunca conseguiría.

Millie dio un largo sorbo a su vino, amortiguando el dolor que tal pensamiento le causaba. — Solo podrá hacerlo si se sienta a mi lado durante la cena, milord.

—Oh, no se preocupe por eso, Su Gracia. He hablado con Lady Hirsch, y me ha colocado a su lado como deseaba.

Millie encontró sus ojos azules y leyó la picardía que ardía en ellos. —¿En serio? —Se rio—. ¿Está tan ansioso por sentarse a mi lado? Me pregunto por qué —dijo, disfrutando de su compañía y sus bromas.

—¿No puede adivinar mi plan final, Duquesa? —Sonrió, mordiéndose el labio de una manera que le cortó la respiración.

—No —respondió, aclarándose la garganta y tomando ella misma un respiro para calmarse.

—Eres una mujer inteligente y hermosa. Te dejaré que medites esa respuesta y te volveré a preguntar dentro de una o dos semanas si has comprendido mejor mi objetivo —dijo él. El gong de la cena sonó con fuerza en algún lugar de la casa, y él le ofreció su brazo—. ¿Vamos? —le preguntó.

Millie deslizó su brazo por el de él, dejando que la guiara fuera de la habitación. No esperaba disfrutar de la cena o el baile de esta noche, pero con Lord Fox más que dispuesto a mantener su mente alejada de pensamientos sobre su marido, bueno, ¿qué había de malo en ello?

Tatum buscó por el baile de los Maddigon y no pudo ver a Millie o a la señorita Smith en ninguna parte. Revisó el comedor, la terraza, e incluso merodeó por el tocador durante un tiempo, pero sin éxito.

Ella no estaba allí.

Divisó a la hermana de Millie, Lady Leigh, y se dirigió hacia ella, haciendo una reverencia y besando sus mejillas en señal de bienvenida.

—Su Excelencia —dijo ella, sonriéndole. La sonrisa de Lady Leigh le recordó a Tatum a su esposa y aumentó su necesidad de encontrarla—. ¿Cómo está esta noche? ¿Está la duquesa con usted? —le preguntó, mirando más allá de él como si buscara a su esposa.

Él negó con la cabeza, continuando su búsqueda mientras permanecía junto a Lady Leigh. — No lo está. Pensé que iba a asistir a este baile y que me reuniría con ella aquí. Pero puede que me haya equivocado —dijo, frunciendo el ceño.

Lady Leigh arrugó la frente, y su preocupación se duplicó. Luchó por no preguntar directamente dónde podría estar Millie, pero no pudo evitarlo. La gente ya hablaba lo suficiente de su matrimonio. No necesitaba que se le adjuntaran más rumores.

—Estoy segura de que llegará pronto —dijo Lady Leigh, poniendo una mano consoladora en su brazo.

Se le tensó el estómago, y por mucho que quisiera pensar que Millie llegaría pronto, algo le decía que no sería así. Ella estaba enfadada con él, le había cerrado la puerta de su habitación la noche anterior y había salido con la señorita Smith antes de que él bajara a desayunar.

Su enfado con él era culpa suya. Le había causado dolor, y ahora ella lo estaba evitando.

¿Dónde estaba?

Tatum permaneció en el baile durante varias horas más, y aun así, su esposa no llegó. Recorrió el salón de baile con la mirada, sorbiendo su brandy, habiendo perdido la cuenta de cuántos había tomado. La gente miraba en su dirección, observándolo, volviéndose hacia sus amigos y susurrando palabras que no podía oír.

¿Se estaban riendo de él? ¿Hablaban de su presencia aquí y de la ausencia de su esposa? Por supuesto que sí. La alta sociedad adoraba un buen escándalo, y no sería una sorpresa para ninguno de ellos que él les proporcionara otra joya.

Apuró su bebida y salió a grandes zancadas del salón de baile. Tal vez Millie había vuelto a casa y había cambiado de opinión sobre el baile de los Maddigon. Recordó la declaración de su mayordomo sobre los planes de su esposa para la noche. Quizás su mayordomo, ya entrado en años, se había confundido y enredado con sus planes.

Llegó a casa y se dirigió a su suite de habitaciones. Sin molestarse en llamar a la puerta de ella, entró en su espacio y sintió que la sangre se le iba del rostro.

Su doncella estaba sentada frente a un pequeño fuego, remendando lo que parecía ser una enagua de Millie, pero en cuanto a su esposa, no había ni rastro.

La doncella se levantó e hizo una reverencia. —Su Excelencia, buenas noches —dijo.

Él asintió, reemplazando un poco de su preocupación por molestia. —Avíseme cuando la duquesa regrese a casa. Gracias —espetó y se fue, dirigiéndose a grandes pasos hacia la biblioteca.

Se sirvió un brandy y varios más y contempló el fuego mientras se consumía lentamente hasta convertirse en brasas.

La doncella de su esposa nunca le notificó el regreso de su esposa, y ella tampoco llegó a casa.

CAPÍTULO VEINTIUNO

DURANTE LA SEMANA SIGUIENTE, Millie evitó a su marido en los numerosos eventos a los que asistió. En casa era otra cuestión, y le resultaba cada vez más difícil mantenerse alejada de él. Especialmente cuando él la buscaba a menudo. No es que no estuviera preparada para tales situaciones. Había hablado del asunto con Paris, y aunque su amiga pensaba que lo mejor era que hablara con el duque, Millie se negaba a ceder. Había planeado marcharse en el momento en que él intentara hablarle, lo cual había funcionado, al menos hasta hoy.

Él no había correspondido a sus sentimientos y la había dejado como una tonta enamorada. Por lo tanto, ella haría lo que le viniera en gana durante el resto de la temporada y no le importaba en absoluto lo que el duque tuviera que decir al respecto.

Afortunadamente, sin embargo, varios días después de que ella empezara a ignorar al duque, él aparentemente había dejado de intentar hablarle o asistir a eventos a los que ella iba. Demostrando una vez más que no le importaba en absoluto. Ella no era nada para él más que una esposa que calentaba su cama, y hasta eso había cesado.

Probablemente ya había comprado y reservado a su amante, ya que dejó de rondar la puerta de su dormitorio. La semana pasada en la ópera, seguramente había discutido el arreglo con Lady Sinclair justo delante de sus narices.

El pensamiento le revolvió el estómago, y tomó un respiro calmante, decidida a disfrutar de una noche en los Jardines de Placer de Vauxhall. Había llegado con su hermana Hailey y varias de las amigas de la duquesa. Sus amigas también ahora, supuso.

Paris se enganchó a su brazo mientras se dirigían a sus palcos privados para la cena. La música y el baile ya habían comenzado. La gente se agolpaba por todas partes, faroles y flores decoraban el baile al aire libre.

—Qué lástima que el duque no vaya a asistir esta noche —dijo Paris, lanzándole una mirada penetrante—. Necesitas hablar con él, Millie. Él no parece feliz, y tú tampoco.

Millie resopló, sin tener la menor intención de ceder ante él. Si quería hacer las paces, disculparse y ofrecerle su amor, entonces y solo entonces valdría la pena escucharlo. Si no, no estaría en mejor situación que en la que se encontraba ahora. No es que su amiga pareciera escuchar sus razonamientos, y estaba harta de intentar hacerle entender su punto de vista.

—No hablemos del duque. Hay momentos más agradables que pensar y hablar de un hombre al que no le importa lo que yo haga.

—Lo dudo mucho —dijo Paris—. ¿No has visto cómo te mira? Parece absolutamente abatido.

—Estoy segura de que Lady Sinclair lo sacará de su melancolía —respondió con aspereza, sonriendo a Lord Fox, que las esperaba en su palco. Él le hizo señas para que se uniera a él donde estaba sentado.

Paris agarró el brazo de Millie, deteniendo sus pasos. —No hay futuro con Lord Fox. Por favor, recuérdalo antes de hacer algo tonto.

Millie soltó el brazo de su amiga. —Puedo disfrutar de la compañía de otros, pero no romperé mi voto. Te lo prometo —dijo, uniéndose a su señoría. Él se puso de pie a su llegada, tomando su mano y besando sus guantes de seda.

—Buenas noches, Duquesa. Espero que esté preparada para bailar esta noche.

Ella sonrió y tomó asiento. —Estoy más que lista. —Millie observó a la alta sociedad divirtiéndose frente a su palco. Primero iban a cenar y luego asistirían al baile, y ya el aroma de la carne y las verduras flotaba en el aire nocturno.

—El duque la ha dejado sola una vez más. Su ausencia es mi ganancia.

Si las palabras de Lord Fox no eran prueba suficiente de su creciente atracción hacia ella, la mirada que le dirigió ciertamente dejó a Millie con pocas dudas sobre sus intenciones.

Ella no quería hacer nada con el conde, pero tampoco quería que su coqueteo terminara. Era agradable sentirse deseada, ser cortejada y no forzada a algo que no quería. Romney no había intentado nada parecido. El pensamiento la dejó abatida, y luchó por mantener la sonrisa en su rostro.

—Me halaga, milord —dijo.

—Y está equivocado —afirmó un tono profundo y irritado desde atrás.

Millie se quedó inmóvil al oír las palabras de Romney que contenían una advertencia silenciosa. ¿Cuánto tiempo llevaba de pie detrás de ellos? ¿Escuchando todo lo que se decía?

Lord Fox se puso de pie, su reverencia corta y rápida. —Romney, qué bueno que te unas a nosotros. Por favor, toma asiento.

Romney se acercó a la mesa y, sin pedir permiso, se sentó en el asiento de Lord Fox.

Millie no pudo encontrarse con sus ojos, aunque la ardiente mirada sobre su mejilla dejó calor besando su piel.

—Duquesa —dijo él, su tono poniéndola en alerta.

—Duque —respondió ella, bebiendo su vino—. No pensé que asistiría esta noche.

Él se rio, pero el sonido no contenía diversión. —Más bien pensaste que no sabía a dónde ibas y que no lo averiguaría. Pero, por desgracia, verás, el baile al aire libre de Vauxhall es un evento que pocos se perderían, y tu hermana me invitó al palco para la cena.

Millie se volvió y encontró a Hailey observándola atentamente. Su hermana le dedicó una

pequeña sonrisa antes de volver a hablar con sus invitados.

Qué traidora era su hermana. Tendría unas palabras con ella la próxima vez que estuvieran a solas.

Millie vio a Lady Sinclair pasar frente a su palco, y el diablo se sentó en su hombro, deseando herir al hombre a su lado tanto como él la había herido a ella. —Oh, mira allí —le dijo a Romney—. Lady Sinclair está presente. Tu asistencia aquí ahora se vuelve totalmente transparente.

—Ven conmigo. Ahora —exigió Romney, poniéndose de pie y tirando de ella para que lo acompañara.

Sin querer hacer una escena, Millie lo siguió hacia los jardines, donde Romney la condujo por un sendero oscuro hasta detenerse al pie de los Arcos del Triunfo. Ella caminó delante de él, con el fuego lamiendo su corazón herido.

—¿Qué estás tramando, Millie? Asistiendo a eventos de los que no tengo conocimiento. Estando aquí, sentada junto a Lord Fox como si fuera él con quien te casaste y no yo. ¿Qué estás haciendo?

Millie se quedó boquiabierta y cerró la boca de golpe. ¿Qué estaba haciendo? ¿Acaso el hombre había perdido el juicio? —Estoy asistiendo a bailes y cenas como es mi derecho como duquesa. He sido invitada y, por lo tanto, asistiré. Que usted no conozca mi agenda social no es mi problema, Excelencia.

Él puso las manos en las caderas, mirándola como si hubiera perdido la cabeza. Ella no había hecho nada semejante. Quizás lo había hecho una vez cuando le dijo que lo amaba, pero una vez más, estaba en pleno control de sus facultades.

—Sé dónde se supone que debes asistir, pero cuando voy a encontrarte allí, nunca estás presente. Sé que me estás evitando. Cierras la puerta entre nuestras habitaciones y rara vez nos cruzamos en la casa. ¿Qué está pasando, Millie? ¿Qué estás haciendo que no quieres que yo sepa?

Sus palabras añadieron leña al fuego de su enojo, y entendió perfectamente lo que estaba insinuando. —Me acusas de actuar inapropiadamente cuando te sorprende, no cinco minutos después de declararme, observando a tu encantadora Lady Sinclair. Suspirando por ella como un papagayo enamorado.

—¿Qué? —jadeó él—. No estoy suspirando por nadie —declaró.

—¿Crees que estoy ciega? Pues bien, Excelencia, no lo estoy. Sé que aún te importa su señoría. Que nunca superaste su elección.

Él se estremeció, negando con la cabeza. —El día de la boda, envié una nota a través de su doncella a la iglesia informándome que se había casado con Lord Sinclair y que nuestro entendimiento había terminado. Pero eso fue hace ocho años. Te aseguro que no albergo ningún afecto hacia una mujer que pudiera hacerme tal cosa a mí o a cualquiera.

—¿Y aun así hablas con ella? ¿Bailas con ella, quizás? ¿No eres tú el que está loco y

tramando algo que no debería? —dijo, acercándose a él, necesitando verlo más claramente en los oscuros jardines—. Es obvio para mí y para cualquiera que te vea con ella que aún estás enamorado de su señoría.

—Ya no estoy enamorado de ella.

Sus palabras no aliviaron el dolor de Millie. Si acaso, escucharlo declarar que una vez estuvo enamorado de su señoría dolió aún más. Nunca se lo había dicho a ella. Se había negado rotundamente a decir algo cuando ella estuvo frente a él diciéndole su verdad.

—No me mientas, Tatum, y ciertamente no te mientas a ti mismo. Cometimos un error, y nuestro matrimonio nunca debió haber ocurrido. Estás enamorado de una mujer que no es tu esposa, y por mucho que quiera culparte por eso, no puedo. Los afectos que desarrollaste con Lady Sinclair surgieron mucho antes que yo. Nuestro matrimonio fue una tontería y un error. Mi declaración de amor también fue equivocada. No debí haber dicho lo que dije, y me disculpo por añadir más cargas a tu vida.

—Millie —dijo él, extendiendo la mano e intentando atraerla hacia sí.

Ella se apartó de su alcance, sin querer que la tocara. —No sientas que tienes que decirme nada. Estamos casados, nada puede cambiar ese hecho, pero yo estaba confundida. Mi deseo nubló mi juicio, y dije cosas que no debía.

—¿Qué estás tratando de decir? ¿Quieres que vivamos vidas separadas? —La confusión nubló su hermoso rostro. Millie se contuvo de alcanzarlo, de abrazarlo, de obligarlo a que se preocupara por ella. No suplicaría como una mujer miserable sin moral. No se degradaría más. Si él la tocaba de nuevo, estaría perdida, y no le daría ese poder.

—Creo que es lo mejor que podemos hacer. Puedes tener tu amante, quien quiera que sea, y yo viviré bajo la protección de tu nombre.

Un músculo se tensó en su mandíbula ante sus palabras, y la miró con furia a través del oscuro sendero.

—¿Tomarás un amante?

Las palabras fueron como un golpe a su corazón. —No, no lo haré. Pero no te impediré que lo hagas. Puedes hacer lo que te dé la gana. —Millie pasó junto a él, dejándolo boquiabierto.

No regresó al palco, sino que caminó hacia donde estaban su cochero y su lacayo y pidió que la llevaran a casa. Enviaría una nota a Paris para que regresara a casa sin ella más tarde. Su amiga lo entendería.

Si tan solo el corazón de Millie también lo hiciera.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

TATUM OBSERVÓ a Millie regresar hacia el baile de Vauxhall, con la espalda desafiantemente erguida y la cabeza en alto, aunque sabía que estaba herida. Que estaba mintiendo.

Tenía que ser así. Nadie dejaba de amar a alguien en una semana. Él lo sabía mejor que nadie. Pero ella estaba equivocada. Ya no amaba a Lady Sinclair. De hecho, dudaba si le agradaba en absoluto, lo cual, reflexionando sobre el asunto, no era así.

Regresó al palco de la cena y encontró a Millie ausente, y su corazón se hundió. ¿Había vuelto a casa? ¿Estaba tan molesta que ya no quería asistir a este baile que era uno de los eventos más destacados de la temporada?

—¿No está la duquesa con usted, Su Gracia? —le preguntó la señorita Smith, mirando entre los invitados, tratando de ubicar a Millie.

Tatum se aclaró la garganta, negando con la cabeza. —Ah, no, no lo está. Creo que ha regresado a casa —dijo.

—¿Y no debería usted hacer lo mismo? —preguntó la señorita Smith, con una advertencia fácil de escuchar en sus palabras.

—No creo que ella me quiera en casa ni cerca de ella en este momento —dijo con sinceridad, frotándose la mandíbula con la mano.

La señorita Smith bufó, bebiendo su vino. —¿Acaso todos los hombres son ciegos? Pensé que usted tenía más sentido común que otros, pero quizás le estaba dando más crédito del que merece.

—¿Cómo dice? —respondió ofendido. Nunca en su vida una señorita de ningún lugar le había hablado así. Bueno, eso no era del todo cierto. Millie ciertamente le había dado sus opiniones antes de que se casaran, y ella también era de Grafton.

¿Qué clase de damas criaban en ese pueblo?

—Creo que debería volver a casa y asegurarse de que la duquesa esté a salvo. Haré que la Duquesa de Derby me acompañe esta noche —dijo, con una mirada inquietante que lo hizo cuestionarse a sí mismo.

Tatum miró alrededor del palco y notó que Lord Fox no estaba por ningún lado. Un nudo incómodo se alojó en su estómago, y asintió. —Muy bien. Me iré —dijo, marchándose sin

molestarse en dirigirse a nadie más en su camino de salida.

Tatum llamó a un coche de alquiler y regresó a casa a toda prisa, deseando hablar más con Millie y reparar el daño que su silencio había causado. Entró a grandes zancadas en el vestíbulo, decidido a arreglar las cosas, y sus pasos vacilaron al ver a Lord Fox de pie frente a su esposa, limpiando lágrimas de sus mejillas.

La ira lo invadió al ver a su esposa prácticamente en brazos de otro hombre. En su casa, frente a su personal. Reminiscente de otra ocasión cuando su entonces prometida lo dejó plantado frente a todo el ton, solo para enviar una nota diciendo que no llegaría.

—Quita tus manos de mi esposa. —Su tono no admitía discusión, y Lord Fox retrocedió, percibiendo su enojo, y con razón.

—Escolté a la duquesa a casa. Nada más, Romney —declaró Lord Fox, levantando las manos, tratando de apaciguarlo.

Tatum no quería escuchar ni una palabra. Todo lo que podía ver era a su esposa en brazos de otro hombre. O al menos casi envuelta en su abrazo. ¿Acaso el bastardo pensaba hacer de Millie su amante? Sobre su cadáver permitiría que alguien tocara a su esposa.

Se abalanzó y derribó a Lord Fox sobre el suelo de mármol. Su señoría intentó quitárselo de encima, pero Tatum no cedió. Logró dar dos buenos golpes con los nudillos en la mandíbula y la nariz del bastardo antes de recibir uno a cambio.

La sangre llenó su boca, y dio la bienvenida al sabor metálico, aunque solo fuera para tener más razones para moler a golpes al bastardo.

El sonido de Millie gritándole que se detuviera, que ambos se detuvieran, resonó detrás de él. Pero no lo haría. El bastardo pagaría por tratar de hacer de su esposa su amante. Tal vez ya lo era.

El pensamiento trajo otro puñetazo a la cara del bastardo, abriéndole un corte sobre el ojo.

—Basta, Su Gracia —gritó su mayordomo.

Unas manos se envolvieron alrededor de sus brazos, levantándolo y apartándolo de Lord Fox, que yacía en el suelo, ensangrentado y desaliñado.

Tatum intentó alcanzar al bastardo de nuevo, pero fue en vano. Sus lacayos lo sujetaban con firmeza.

—Váyase, Lord Fox. Gracias por escoltarme a casa, y lamento terriblemente el arrebato de mi esposo —dijo Millie, lanzándole una mirada de reproche.

Intentó ayudar a su señoría a levantarse, y la ira lo atravesó por segunda vez. Nunca había deseado tanto arrancarle los miembros a otro hombre.

—No lo toques, Millie. —Odiaba que su más mínima asistencia lo dejara vulnerable.

Lord Fox se puso de pie con dificultad y salió de la habitación sin decir una palabra más, dejándolos. Tatum se liberó del agarre de sus sirvientes, despidiéndolos. —A la biblioteca, ahora, Duquesa —ordenó, sin esperar a que ella lo siguiera a la habitación.

Ella hizo lo que le pidió, cerrando la puerta y encarándolo. —¿Qué crees que estás haciendo?

La gente hablará de lo que acaba de suceder, haciéndome parecer culpable de algo que no soy.

—¿No eres culpable de ello? —la acusó. Apretó los puños a los costados para detener su temblor. —Parecías más que cómoda en su abrazo hace un momento.

—Y tú parecías más que cómodo mirando con nostalgia a Lady Sinclair. —Se acercó a él, mirándolo desde arriba. Algo que él no creía posible debido a su estatura, pero ahí estaba. —Eres incapaz de amar y nunca deseaste casarte conmigo. Lo sé más que nadie, ya que no pudiste corresponder los sentimientos que te confesé. Pero no me tomes por tonta como para no saber por qué es así. Sigues enamorado de Lady Sinclair, y no hay nada que pueda hacer para cambiar ese hecho —dijo, llevándose la mano a la frente pensativa. —Pero no creas que no me permitiré disfrutar de la poca felicidad que este matrimonio me brindará. Los hombres pueden decirme cosas bonitas, bailar y querer más de mí, pero no soy como tú, Duque. No romperé mis votos, aunque sé que tú tenías toda la intención de hacérmelo a mí cuando nos casamos.

Tatum se pasó una mano por el cabello, con el estómago hecho un nudo. Ella estaba tan distante de él. Era como si se hubiera dado por vencida con él, con lo que sentía por él. Lo veía como alguien sin valor.

—No estoy enamorado de Lady Sinclair, y me importas. Más de lo que pensé que me importaría alguien jamás. No quiero que nuestro matrimonio sea así, Millie.

—Te preocupas por mí, pero no me amas. No puedo deshacer lo que te sucedió, Tatum. No puedo cambiar el pasado. Solo tú puedes cambiar cómo seguimos adelante en el futuro.

Él extendió la mano, tomando las de ella. Millie se apartó de su agarre y caminó hacia la chimenea para contemplar el pequeño fuego.

—¿Puedo confiar en ti, Millie? Tus acciones de esta noche me dicen que no.

Se estremeció al ver el dolor que cruzó las facciones de ella. No quería lastimarla. Maldita sea. Quería confiar en ella, amarla como se merecía. Pero tampoco podía sobrevivir a otro corazón roto. Perder a Millie como había perdido a Lady Sinclair le dolería mucho más y sería algo de lo que nunca se recuperaría.

—La verdadera pregunta es, ¿puedo confiar en ti, Tatum? —Ella encontró su mirada, y él tragó saliva con dificultad al ver las lágrimas a punto de caer—. Creo que no puedo —dijo, dejándolo solo una vez más.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

MILLIE SE ACURRUCÓ en la cama a la mañana siguiente, con el corazón adolorido y el estómago retorciéndose, lo que la mareaba. Miró por las ventanas, observando unas cuantas nubes dispersas en el cielo, y escuchó a su doncella trajinar por la habitación, preparándola para el día.

No es que tuviera ganas de hacer nada en absoluto. Si nunca volvía a ir a ningún lado, sería demasiado pronto. No era tan ingenua como para no saber que sus sirvientes probablemente ya habían hablado de la pelea a puñetazos de su marido la noche anterior con Lord Fox con otros sirvientes de la ciudad. Quizás ya circulaba el rumor de que ella mantenía una relación ilícita de algún tipo, haciendo quedar a su marido como un tonto de nuevo, pero esta vez con su esposa. No con su prometida.

El pensamiento le provocó náuseas, y se abalanzó de la cama, buscando su palangana antes de vaciar el contenido de su estómago en ella.

—¡Oh, Su Gracia! —exclamó su doncella, acudiendo en su ayuda, apartándole el cabello y dándole palmaditas en la frente con un paño húmedo—. ¿Qué le ocurre? ¿Cree que fue el té de esta mañana? —preguntó.

Millie negó con la cabeza.

—No, estoy segura de que estaba perfectamente bien. Es solo que me siento mal de repente —Tomó una respiración profunda, que hizo poco para calmar su estómago revuelto—. Un vaso de agua, por favor, Eve —dijo, permitiendo que su doncella la ayudara a ponerse de pie y la acompañara de vuelta a la cama.

Se acurrucó bajo las mantas, solo se incorporó un poco para dar un pequeño sorbo de agua antes de volver a recostarse.

—Esperemos que sea solo de corta duración, Su Gracia —dijo Eve, observándola atentamente.

Millie asintió.

—Estoy segura de que así será.

La enfermedad no disminuyó. De hecho, varios días después, Millie no pudo evitar preguntarse si su malestar estomacal no era simplemente nervios, sino algo precioso y deseado. Al menos por su parte.

La mayoría de las tardes, se sentía bien de nuevo y podía asistir a la mayoría de los bailes y fiestas, aunque sus vestidos, especialmente en la zona del corpiño, se habían vuelto un poco incómodos de llevar.

No es que disfrutara mucho de la sociedad últimamente. Parecía que los rumores se habían instalado respecto a lo sucedido entre el duque y Lord Fox. Que ambos caballeros lucieran rostros cortados y mejillas magulladas no ayudaba en el asunto.

Lo peor era que ahora tenía que decirle a Tatum que estaba embarazada. ¿Creería que el niño era suyo? La idea de que él o la alta sociedad pensaran que era de Lord Fox simplemente porque la había acompañado a casa era una humillación que no podía soportar.

Ella no era el tipo de mujer que se burlaba de los hombres. A diferencia de Lady Sinclair, que parecía hacerlo con facilidad y poca vergüenza, o al menos lo había hecho antes de casarse con el marqués en lugar del duque.

—Un baño, por favor, Eve —solicitó, sorbiendo su té frente al fuego mientras esperaba que los sirvientes llenaran su bañera. Si iba a tener un bebé, una futura dama o un duque, entonces necesitaba descansar. Tendría que dejar de preocuparse por lo que la alta sociedad creía o lo que Romney estaba tramando. Si venía un bebé, esa era su prioridad ahora.

Millie se sumergió bajo el agua en la bañera, enjuagándose el cabello. Salió a la superficie y oyó a su doncella en la puerta, hablando con alguien antes de que se cerrara de nuevo, y el silencio se instaló.

—Eve, ¿me pasarías el jabón, por favor? —dijo.

En lugar de su doncella, Tatum entró en su cuarto de baño, deteniéndose en el umbral para apoyarse contra la pared.

—Me han informado que no te encuentras bien. ¿Qué ocurre? —preguntó, observándola.

—Por favor, pásame el jabón —pidió ella, ganando tiempo.

Él se adentró más en la habitación, tomando la pastilla que olía a jazmín y entregándosela.

Ella la tomó sin decir palabra y jugueteó con el jabón en sus manos, sin molestarse en cubrirse de su mirada. Después de todo, era su marido y debería saber lo que había perdido debido a su continua infatuación con Lady Sinclair.

Sus ojos se posaron en su pecho, y se le erizó la piel. Sabiendo que no tenía sentido mentirle, ya que lo descubriría eventualmente, decidió decirle la verdad.

—Si debes saberlo, creo que estoy esperando un bebé. El médico vendrá hoy para confirmarlo —dijo, de manera pragmática. En algún momento había esperado que tales palabras fueran una bendición, un momento de celebración y alegría para ambos. Y aunque ella sentía todas esas cosas, no creía que Tatum las sintiera. Ella no era su amor. ¿Por qué querría algo de ella, incluyendo un hijo?

Sus ojos se agrandaron antes de soltar:

—¿Estás embarazada? ¿Es...?

Millie se puso de pie, plenamente consciente de lo que estaba a punto de decir. Le arrojó el

jabón, complacida cuando le golpeó en la frente.

—No te atrevas a terminar esa pregunta, Tatum, o te dejaré y al diablo con el escándalo que se produzca. Y al diablo contigo también —dijo, saliendo de la bañera.

Su pie resbaló en el suelo, y extendió la mano para agarrarse a la bañera, pero falló el borde. Las manos de Tatum se envolvieron alrededor de su cintura, deteniendo su caída, y ella tomó un respiro calmante, con el corazón latiendo fuerte en sus oídos.

Él la puso de pie, pasándole una toalla de lino.

—Gracias —dijo ella, envolviéndose con ella.

Él la miró fijamente, y ella tragó el nudo en su garganta. Algo que no podía entender brilló en sus ojos azul oscuro antes de que parpadeara y desapareciera.

—Millie, por favor, perdóname. Lo siento. Siento todo lo que te he hecho sentir y lo que has visto. Nunca tuve la intención de herirte —dijo—. Debes saber que eso es cierto.

Ella pasó junto a él, dirigiéndose a donde su doncella había dejado su camisola y medias.

—No quiero hablar más de nosotros. Ese tema está zanjado hace tiempo. Ahora tengo un hijo en qué pensar. El bebé recibirá todo el amor que tengo para dar, y eso será suficiente.

Tatum se maldijo a sí mismo como el idiota más grande y estúpido que vivía en Inglaterra. ¿Cómo pudo haber permitido que su esposa creyera que lo que dijo era cierto? Estaba tan lejos de la verdad como era posible.

—Millie, eso no es suficiente para mí. No quiero que vivas solo para tus hijos. Quiero que vivas también para nosotros.

—Eso es poco probable —se burló ella, deslizando el camisón sobre su cabeza y eliminando la deliciosa vista de su trasero.

Respiró hondo, luchando contra el impulso de seducirla a su voluntad. Eso no funcionaría hoy. Hoy necesitaba mantener sus sentidos intactos para que ella le creyera cuando le dijera todo lo que sentía por ella.

—Estoy enamorado de ti —dijo, alcanzando sus manos y obligándola a permitirle sostenerlas, incluso cuando ella intentó apartarse.

Ella lo miró fijamente, sus ojos recelosos. —No te creo.

No debería creerle. Demonios, después de todo lo que la había hecho pasar, sería difícil pensar que alguna vez decía la verdad. Pero sí la amaba y necesitaba que ella le creyera.

—Sé que he enredado las cosas entre nosotros. Te alejé y huí asustado cuando me dijiste cómo te sentías. No debería haber hecho eso, y lo siento, Millie.

Ella lo observaba, y él deseaba poder saber lo que estaba pensando. Cómo se sentía ella sobre él ahora. ¿Podría recuperar su corazón después de haberla hecho creer que no merecía esa emoción de su parte?

—¿Qué ha cambiado? —le preguntó ella—. ¿El bebé? ¿Es por eso que me estás profesando tu amor ahora? Porque si esa es la única razón, no lo quiero. —Se alejó y se dirigió a su habitación, recogiendo su chal y envolviéndolo alrededor de sus hombros.

Se sentó en el borde de su cama, su mano reconfortando su estómago y la vida que crecía allí.

Él se arrodilló ante ella, dispuesto a suplicar si era necesario. —Estaba tan cegado por mi orgullo que juré hace mucho tiempo, mucho antes de conocerte, que nunca me haría tan vulnerable como lo había sido con Lady Sinclair. —Tomó las manos de Millie, necesitando tocarla—. Fuimos íntimos, Millie, y ella dijo que estaba embarazada como una forma de adelantar nuestro matrimonio. Creí estar enamorado de ella y estaba más que complacido de seguir su ejemplo. Pero lo que no sabía era que Lord Sinclair, un caballero mucho mayor que yo o Eleanor, era también mucho más rico. Era un marqués y yo apenas un lord en ese momento, pero él no había ofrecido matrimonio, incluso cuando Eleanor le dijo que estaba encinta. Supongo que ella entró en pánico —dijo, incapaz de culpar totalmente a Eleanor por su duplicidad.

—Estaba desesperada por salvarse y dar legitimidad al bebé, así que se lanzó sobre mí una noche en un baile y luego me informó no un mes después que iba a ser padre. Estaba extasiado, por supuesto, pero era ingenuo. Cuando Lord Sinclair se enteró de nuestro compromiso, tomó medidas para asegurarse de que ella volviera a su lado y eventualmente hizo lo correcto por ella, y se casaron. Pero yo quedé con el corazón roto, un joven de dieciocho años que fue introducido al amor y las mentiras de la peor manera imaginable, y castigué a cualquiera que quisiera acercarse a mí desde ese día en adelante. Incluyéndote a ti.

Millie no dijo nada, simplemente lo observaba, sopesando sus palabras. ¿Creería su verdad, tan triste y honesta como era?

—¿Y ahora estás listo para amar de nuevo? ¿Para amarme a mí, dices? —afirmó, su tono cínico haciendo que su estómago se revolviera.

—Lo estoy —dijo él—. Por favor, créeme que lo estoy.

CAPÍTULO

VEINTICUATRO

LAS PALABRAS que brotaban de los labios de Tatum eran aquellas que ella había soñado oír durante mucho tiempo. Palabras por las que había llorado y desesperado, pero aun así se preguntaba si estaba siendo sincero.

—Jamás te he sido infiel. Es cierto que nuestro matrimonio no tuvo un comienzo convencional, pero cuanto más tiempo pasaba en tu compañía, cuanto más aprendía de ti y tu vida, tu familia, cuando éramos íntimos, no pude evitar amarte por todo lo que eres. Que mi declaración fuera ignorada no es algo que uno pueda superar y olvidar fácilmente.

—Lo entiendo —dijo él, sentándose a su lado—. No quería creer que me amaras, porque entonces tendría que enfrentarme a lo que he sabido durante varias semanas. Que a pesar de mis esfuerzos por ignorar lo que estaba ocurriendo entre nosotros, ya no podía continuar así. Te amaba mucho antes de que me dijeras cómo te sentías, pero fui demasiado estúpido y testarudo, demasiado obstinado para admitírmelo a mí mismo.

La esperanza comenzó a filtrarse en su corazón ante sus palabras. —Me acusaste de ser infiel. Has estado terriblemente celoso en bailes y fiestas. Si me amas como dices, eso debe cambiar. No participaré en bailes y fiestas si vas a estar enfurruñado y luego reprochándome mi conducta después. Yo quería un matrimonio de amor y afecto, de confianza, como el que mis hermanas han tenido la fortuna de conseguir. Cuando nos casamos, pensé que toda esperanza de tal futuro se había esfumado, pero estaba equivocada. Tampoco permitiré que se me acuse de romper mis votos. No soy yo quien tenía una amante o una prometida anterior en este matrimonio. Si alguien entre nosotros —dijo, señalándolos a ambos— debería tener complicaciones para confiar, debería ser yo.

Él se estremeció ante sus palabras, y ella se alegró de ello. Necesitaba escuchar todos sus pensamientos, fueran dulces o no.

—Estaba celoso, Millie. Tan celoso de cualquiera que te mirara que no podía contenerme. Observaba a los hombres admirarte, querer bailar y coquetear contigo, y eso nublaba mi juicio. Sabía que habías querido una temporada. Le suplicaste a tus padres el día que nos descubrieron que te creyeran para que pudieras hacer tu reverencia ante la reina y encontrar un gran partido por amor, pero ¿no lo ves? —dijo, sosteniendo sus mejillas entre sus manos—. ¿No te das cuenta

de que has encontrado lo que buscabas? Yo soy tu gran partido por amor. Tengo mis defectos, no lo niego, pero lucharé por mantenerte a mi lado porque eres la mujer más maravillosa que he conocido.

—Mirando hacia atrás, ahora sé que nunca amé a Lady Sinclair. Eso fue una tontería juvenil. Lo que siento por ti, Millie, es mucho más. Mi corazón se detiene con solo verte. Sonrío cada vez que oigo tu voz en algún lugar de la casa. Tu risa me hace reír, incluso si no sé qué es lo que te ha parecido divertido. Eres maliciosamente divertida y coqueta, sin mencionar apasionada. No quiero perderte, y ciertamente no porque estuviera demasiado asustado para darle a mi corazón una segunda oportunidad. Sé que mantendrás mi corazón a salvo, como yo mantendré el tuyo. Por favor, no te alejes de mí. Cometí un error. No cometeré otro. Te lo prometo.

Millie tragó el nudo en su garganta ante las palabras de Tatum. Sorbió, parpadeando ante las lágrimas que nublaban su visión. —El bebé es tuyo, Tatum. Nunca te sería infiel, incluso si estuviera enojada contigo —dijo.

Él la atrajo hacia sus brazos, abrazándola con fuerza. —Lo sé, amor. Soy un tonto y nunca debí cuestionarte.

Ella tomó un respiro calmante, el aroma a sándalo tentando sus sentidos. Oh, cómo lo había extrañado mientras estuvieron separados. Envolvió sus brazos alrededor de él, abrazándolo con fuerza. —Nunca debí empujarte a pensar que buscaría consuelo en otra parte. Eso estuvo mal, y nunca actuaría sobre nada de lo que pudieras haber imaginado. Quería ponerte celoso y que vieras lo que perderías si no te admitías la verdad a ti mismo.

Él se rió, retrocediendo para mirarla a los ojos. —¿Sospechaste que estaba enamorado de ti todo el tiempo y simplemente no podía admitírmelo?

Ella asintió. —Sí, eso era lo que esperaba, y parece que mis deseos se han hecho realidad —sonrió, agarrando su mandíbula antes de deslizar sus manos en su cabello. Sus mechones se deslizaron entre sus dedos, y ella entrelazó sus manos en su nuca.

—Verte bailar con cualquiera, especialmente con Lord Fox, me hacía olvidar quién era y lo que se esperaba de mí. No debí arremeter contra su señoría, y me disculparé con él por mis acciones. Pero pensar que buscaras amor en otra parte cuando yo era demasiado tonto para admitir mis sentimientos fue una tortura más dolorosa que cualquier cosa que haya soportado jamás. Tú, Millie Woodville, ahora Duquesa de Romney, eres mi verdadero amor. Mi primer y último amor en esta tierra, y te adoro. Por favor, di que me perdonas —dijo.

Millie ya estaba asintiendo antes de que terminara su súplica. —Te perdono, hombre exasperante, y yo también te amo —dijo, con el corazón lleno de esperanza y amor. Tanto amor.

Entonces la besó, la subió a su regazo y devoró su boca. Toda la alegría, la expectativa de lo que estaban a punto de emprender estaba en ese beso.

Pasión, amor, adoración. Todo lo que ella había deseado en un matrimonio, en un esposo, lo había conseguido. Todo lo que había soñado. Su pareja en todos los sentidos.

Tatum se puso de pie y la recostó en la cama, acostándose a su lado. Movié las cejas

sugestivamente antes de quitarle el chal de los hombros y retirar el camisón que llevaba puesto.

La piel se le erizó cuando los ojos de él se oscurecieron de deseo. Una necesidad que ella también sentía y había anhelado desde su distanciamiento.

—Tan hermosa y mía —susurró, su dedo trazando su clavícula con exquisito cuidado antes de deslizarse entre sus pechos, rindiendo homenaje a ambos pezones y dejándolos erguidos y duros.

Millie se retorció bajo su toque, y un dolor palpitó entre sus piernas. —Te deseo tanto, Tatum —admitió, rezando para que su mano se deslizara más abajo y la tocara donde anhelaba.

Sus labios jugaron debajo de su oreja, enviando escalofríos por su columna. Ella lo alcanzó, necesítándolo, y él no se lo negó. Se movió sobre ella, acomodándose entre sus piernas. Millie enganchó sus piernas sobre sus caderas, su cuerpo vivo de anticipación y necesidad.

—Por favor, deja de provocarme —suplicó, alcanzando para desatar los cordones de sus pantalones.

Su virilidad se apretó contra su mano, y ella lo acarició. Tan suave y a la vez duro. Tatum gimíó, y ella se deleitó en su deseo.

—Se siente tan bien, Millie —susurró contra sus labios, besándola suavemente—. Voy a hacerte sentir bien también —le prometió.

Ella le bajó los calzones, incapaz de esperar un minuto más. Tatum la penetró de una sola estocada suave, llenándola e inflamándola más de lo que jamás creyó posible.

—Sí —jadeó ella, meciéndose contra él—. He extrañado esto. Te he extrañado —dijo, sus miradas entrelazándose.

La besó profunda y largamente, su lengua enredándose con la de ella mientras la tomaba con embestidas implacables. —Yo también te he extrañado —dijo él—. Nunca te alejes de mí otra vez. No podría soportarlo.

Ella deslizó sus brazos alrededor de sus hombros, los músculos tensos de su espalda flexionándose con cada embestida. —Prometo que nunca lo haré de nuevo.

Millie se perdió en él, permitiéndose disfrutar y deleitarse en todo lo que le hacía. En lo que le hacía sentir. Él llenaba y provocaba ese punto especial en lo profundo de su vientre. Temblores y un placer exquisito la sacudieron, y ella se deshizo en sus brazos. Espasmo tras delicioso espasmo recorrió cada parte de su cuerpo.

—Me encanta hacerte llegar —admitió él, su liberación siguiendo a la de ella.

Millie también lo atesoraba. Nunca se cansaría de tenerlo, de amarlo como lo hacía. —Nunca te lastimaré de nuevo, mi amor. Te amaré hasta el día de mi muerte.

Tatum se dejó caer a su lado, y Millie se estiró sobre él, sin estar lista para terminar este exquisito interludio. Jugaba distraídamente con su pecho cincelado, ambos recuperando el aliento. —¿Sabes? Creo que ese es un punto en nuestro matrimonio en el que estamos completamente de acuerdo.

Él se inclinó y besó su nariz, sonriendo. —Era inevitable que en algún momento no te

exasperara tanto como para que discutiéramos.

Ella se rió. —Eso es cierto. —Se inclinó para robarle otro beso. Un beso que fue apenas el comienzo de muchos más por venir.

EPÍLOGO

Denver House, Somerset 1810

MILLIE ESTABA segura de que si crecía un poco más, no podría pasar por las puertas de su casa. Yacía en la biblioteca, escuchando a su marido discutir asuntos de la finca con su administrador, el señor East, en algún lugar de la habitación, mientras intentaba elevar sus pies, ya que había perdido de vista sus tobillos hacía varias semanas.

Se frotó el vientre, no inmune al continuo dolor que se repetía cada pocos minutos pero que nunca empeoraba. Tatum había mandado llamar a su médico de Londres hacía un mes, y este sería huésped en la finca hasta después del parto.

Millie sonrió. Su marido era un preocupón y un experto planificador, pero no podía quejarse. La había cuidado estos últimos meses mejor que en cualquier otro momento de su vida, y era una esposa muy feliz.

Un dedo recorrió su mejilla antes de que su asiento se hundiera.

—¿Cómo te sientes, mi amor? Has estado callada hoy —dijo él.

Millie abrió los ojos, deleitándose con la visión de su apuesto duque. Suspiró, contenta más allá de las palabras de que su matrimonio fuera feliz.

—Estoy bien, querido. Un poco incómoda, pero nada que deba alarmarte —dijo, ofreciéndole la mano—. Por favor, ayúdame a ponerme de pie. Creo que volveré a mi habitación y pediré un baño. Siempre me hacen sentir un poco mejor.

Tatum tomó su mano e hizo lo que le pidió. Le levantó las piernas, las balanceó sobre el borde del sofá y la puso de pie.

Apenas lo había hecho cuando un torrente de agua se liberó entre sus piernas. Millie jadeó, mirando fijamente el charco de agua en la alfombra Aubusson. El rostro atónito de Tatum se encontró con el suyo un instante después.

—¿Qué fue eso? —La agarró—. Cariño, ¿estás bien? —preguntó.

Un dolor la atravesó y se dobló, agarrándose el estómago.

—Creo... creo que el bebé viene —jadeó, la habitación dando vueltas, su respiración entrecortándose mientras el dolor se contraía en su estómago y se apretaba hasta un grado

insoportable.

—Señor East, llame a un sirviente —ladró su marido—. Ahora, hombre.

El dolor disminuyó un minuto o así después, y ella se enderezó, sintiéndose bien de nuevo.

—No te preocupes, Tatum. Me siento como yo misma otra vez —dijo antes de que el dolor aumentara por segunda vez.

Dejó escapar un pequeño grito cuando el mayordomo entró en la habitación.

—¿Sus Gracias? —preguntó—. Han llamado.

—¡El doctor, Thomas. Ahora!

Millie vislumbró el rostro sobresaltado del mayordomo en el espejo sobre la chimenea antes de que saliera corriendo de la habitación, la puerta golpeando la pared con prisa.

—¿Crees que puedes caminar hasta tu habitación, Millie? —le preguntó Tatum.

Ella negó con la cabeza, respirando profundamente y luchando contra el impulso de empujar.

—No, no, no, no, no, no, no, no puedo. Por favor, dame un momento —jadeó, haciendo una mueca de dolor.

Millie oyó al doctor dar órdenes antes de entrar en la habitación, acercándose a ellos.

—Bien, Su Gracia, creo que es el momento —dijo, extendiendo la mano para palpar su estómago—. Ah, muy bien. Puedo sentir que está contrayéndose adecuadamente. —Se echó hacia atrás, mirando al duque a los ojos—. Cuando esta contracción disminuya, subiremos a la duquesa. Estará más cómoda allí.

Millie asintió y luchó por respirar y no entrar en pánico. El dolor era atroz. ¿Cómo sobrevivió Hailey a semejante trauma? ¿Cómo lo hacía cualquier mujer?

—Me siento un poco mejor otra vez —dijo cuando su estómago dejó de sentir como si quisiera partirse en dos.

Tatum ni siquiera se molestó en ayudarla. En su lugar, la alzó en sus brazos, lo cual no era poca hazaña considerando que pesaba lo mismo que un elefante joven en ese momento.

—Tatum, bájame. Me vas a dejar caer y lastimarás al bebé —exigió ella.

Él la ignoró, cargándola como si no pesara más que una hoja.

—Nunca te haré daño, mi amor. Pero tampoco permitiré que sufras en el camino a nuestra habitación —dijo.

Ella le permitió salirse con la suya, principalmente porque una tercera contracción la asaltó con tal ferocidad que se alegró de estar en sus brazos. Hizo una mueca, luchó por respirar e intentó respirar a través del dolor. Nada funcionaba, ni su respiración, ni apretar su estómago.

Nada.

Oh, Dios mío, esto era horrible.

Las mujeres debían estar locas para querer hijos, especialmente si era tan doloroso empujarlos hacia afuera.

Ni siquiera quería pensar en eso.

Tatum logró llevar a Millie a su habitación. No era un pequeño esfuerzo. Estaba embarazada

de nueve meses, después de todo. No es que no la adorara tal como estaba, pero cargar a una mujer con un gran bulto hacia adelante no era lo más fácil de intentar.

La colocó en la cama, tomando un respiro calmante cuando ella se hundió en los cojines y la ropa de cama, suspirando de alivio.

—La contracción está calmándose de nuevo —dijo ella, pasando una mano sobre su estómago. Sus ojos se encontraron con los de él, y él captó el momento en que se ensancharon de nuevo con un dolor renovado.

—Ha vuelto. No estoy lista —declaró, extendiéndose hacia él—. Duele, Tatum. —Las lágrimas se acumularon en sus ojos antes de que hiciera una mueca y luchara a través de esta nueva ola de dolor.

—Doctor, ¿qué está pasando? —preguntó Tatum.

El doctor daba órdenes al personal que se afanaba por la habitación con agua hirviendo y paños de lino limpios.

—La duquesa está teniendo un bebé, Su Gracia, ahora —declaró el hombre mayor—. Voy a moverla un poco, Duquesa, para ayudarla a dar a luz. También tendré que examinarla.

Millie asintió, incorporándose cuando dos doncellas colocaron varios cojines detrás de su espalda para apoyarla. Tatum no quiso saber nada de eso. Apartó las almohadas y se arrodilló detrás de ella, sosteniéndola mientras se hundía contra su pecho.

—Te tengo, cariño —susurró contra su oído.

Ella asintió pero no respondió. El doctor se acercó para examinar a Millie, y una pequeña sonrisa se extendió por su boca. —La duquesa está lista para pujar, Vuestra Gracia —declaró, arrodillándose al pie de la cama.

—¿Pujar? —dijeron Tatum y Millie al unísono.

—Sí, puede pujar en la próxima contracción, Vuestra Gracia. Yo le indicaré cuándo debe hacer una pausa.

Millie murmuró algo ininteligible entre dientes pero no discrepó. Tatum tomó un paño fresco de una criada y lo pasó por su frente, eliminando el ligero brillo de sudor. —Viene otra —jadeó ella.

Y entonces sintió a su esposa tensarse en sus brazos. A través de su cuerpo, percibió la fuerza que ella ejercía para expulsar a su hijo. El doctor asintió. Le habló con una voz suave y calmada, indicándole cuándo pujar y cuándo respirar.

Tatum la sostuvo con fuerza, instándola a continuar. A pujar más fuerte. —Lo estás haciendo maravillosamente, mi amor —dijo, presionando hacia adelante cuando ella presionaba hacia atrás.

—Así es, Vuestra Gracia. Puedo ver la cabeza —les informó el doctor.

Escuchó a Millie soltar un medio jadeo, medio sollozo ante las palabras del doctor y el poderoso empujón que dio cuando se le indicó.

Los siguientes minutos fueron un borrón, pero observar a su esposa, ver cómo nacía la vida,

fue un momento en el tiempo que nunca olvidaría.

Tatum tragó el nudo en su garganta cuando el doctor alzó a su hijo en el aire y lo colocó sobre el vientre de Millie.

—Tienen un hijo, Vuestras Gracias —dijo el doctor.

Tatum pudo escuchar la alegría en la voz del doctor. Se inclinó sobre Millie, tocando la pequeña mejilla de su hijo. —Es hermoso, Millie —dijo.

Millie asintió, sus manos demasiado ocupadas inspeccionando a su bebé.

—Doctor, algo no está bien —jadeó Millie, haciendo una mueca de dolor nuevamente.

Una criada tomó al bebé, y el doctor volvió a su lugar al pie de la cama, extendiendo la mano para inspeccionar a Millie por segunda vez. Sus ojos se encontraron con los de Tatum sobre el vientre de Millie, y leyó la conmoción en ellos.

—Hay otro bebé, Vuestras Gracias —declaró.

—Dos —dijeron Millie y Tatum al unísono.

Millie agarró la mano de Tatum, apretando sus dedos hasta el punto en que él luchó por no gritar.

—No puedo hacerlo de nuevo. Duele mucho —dijo ella.

Pero no tuvieron que esperar mucho. Un minuto después de su primer hijo, nació un segundo, una niña tan bonita y de labios carnosos como su madre.

—Una hija, Vuestras Gracias —declaró el doctor, revisando primero a Millie antes de alejarse de la cama para darles privacidad—. Creo que no hay más —dijo.

Tatum sintió a Millie relajarse en sus brazos, y ella miró por encima de su hombro, encontrándose con su mirada. —Dos. Tenemos dos bebés —dijo, con asombro en su voz y risa en sus ojos.

Él asintió, mirando con incredulidad cómo colocaban a su hijo en los brazos de Millie. Dos bultos, un futuro duque y una dama. Realmente estaban bendecidos.

—Estoy tan aliviado de que estés bien, mi querida. Qué maravillosa eres —dijo, incapaz de creer lo que ella había logrado o lo que había ocurrido.

¡Dos!

Ella se rió. —Mi madre no sabrá qué hacer consigo misma cuando nos visite. Debemos sorprender a todos, que sea un shock para ellos tanto como para nosotros —dijo.

Él sonrió. —No podría estar más de acuerdo.

Más tarde esa noche, Tatum caminaba por la habitación, meciendo a su hija en sus brazos mientras su hijo se alimentaba de Millie. Duquesa o no, su esposa había rechazado una nodriza y quería proveer para sus hijos tanto tiempo como pudiera.

Por supuesto, la nodriza nunca estaba lejos, ni las niñeras que habían contratado, y él se aseguraría de que Millie descansara y se recuperara después de haberle regalado dos preciosos hijos.

—¿Cómo deberíamos llamarlos, mi amor? —preguntó, sentándose junto a ella en la cama.

Ella observó a los niños, con una pequeña sonrisa nostálgica en los labios. Nunca le había parecido tan hermosa. Cuánto la adoraba. —Hmm, no lo sé. ¿Queremos nombres que combinen? —preguntó.

Tatum frunció el ceño, inseguro. —Te dejaré elegir, mi amor. Después de verte hoy, nunca volveré a negarte nada —declaró, queriendo decir cada palabra.

Ella se rió. —Me encanta Alexander, y podríamos llamar a nuestra hija Alexandria. ¿Qué te parecen esos nombres? —le preguntó.

Él observó a sus hijos, sus pequeñas narices de botón y largas pestañas oscuras. —Creo que les quedan muy bien —estuvo de acuerdo.

Su hijo se quedó dormido durante la alimentación y yacía en el regazo de Millie, un pequeño compañero contento si alguna vez había visto uno. —Son hermosos, Millie. Gracias por ser mi esposa, por formar una familia conmigo.

Millie se acercó a él, agarrando su mandíbula. —Creo que estos pequeños tesoros fueron un esfuerzo conjunto. Yo también adoro a nuestra pequeña familia —dijo, besándolo suavemente.

—Te aprecio —añadió él, encontrándose con su mirada.

—Cuando nos conocimos, me atrevo a decir que no pensabas que algún día dirías tales cosas sobre mí y ciertamente no pensabas que un día sería tu esposa.

Él recordó la fiesta en la casa de Surrey y su primera discusión sobre la carrera de caballos más antigua de Inglaterra. —No, nunca pensé que tendría la fortuna de tenerte a mi lado en la vida, pero estoy tan contento de que no sepas contar. Nada de esto podría haber sucedido si hubieras aprendido mejor tus números.

Ella jadeó y lo empujó con el hombro. —¿Quién dice que no conté mal a propósito? —bromeó, moviendo las cejas.

Tatum echó la cabeza hacia atrás y se rió, sobresaltando a ambos bebés. —No dudaría de tal artimaña, Duquesa. Después de hoy sé que eres capaz de grandes cosas.

—Sí —suspiró ella con nostalgia, mirando de reojo a sus hijos—. Lo soy, ¿verdad?

Sí, lo era.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

